

A woman is shown from the waist up, wearing a black patterned jacket over a white top and a blue skirt. She is surrounded by numerous colorful hearts in shades of pink, orange, yellow, and green. The background is white with a subtle diagonal line pattern. The text is written in a red, cursive font.

*Nada
me importa
más que tú*

Sophie Saint Rose

Nada me importa más que tú

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Gruñó llevándose la mano a la cabeza apartando su cabello castaño de la frente. Joder, menudo dolor de cabeza tenía. Gimió sentándose y se pasó las manos por los ojos antes de abrirlos y parpadeó al ver ante él una pierna desnuda que obviamente era de mujer. Juró por lo bajo girando la cabeza y gruñó al ver una tía rubia durmiendo boca abajo a su lado. —Mierda, tengo que dejar de beber.

Salió de la cama y suspiró del alivio al ver un condón usado en el suelo. Al menos se había protegido. Joder, no se acordaba de nada después de salir del local. Era lo que tenía estar seis meses infiltrado, que cuando cerraba el caso necesitaba desconectar. Se rascó el pecho entrando en el baño y parpadeó al ver unas braguitas de encaje rosa fosforito en el suelo. Al parecer se lo había pasado estupendamente. Abrió el armario y al ver que estaba vacío lo cerró de golpe. Ni aspirinas tenía. Se apoyó en el lavabo suspirando. Estaba claro que tenía que cambiar de vida.

—Buenos días, cariño.

Giró la cabeza encontrándose con el bellezón que al parecer se había tirado la noche anterior y ésta desnuda bamboleó las caderas hasta él guiñándole el ojo, antes de pasar por detrás y darle un azote en su trasero desnudo. Sin cortarse levantó la tapa del inodoro y se sentó cogiendo un pedazo de papel higiénico. —Lo pasamos bien anoche, ¿verdad?

—Si tú lo dices.

Ella soltó una risita estúpida. —Si quieres podemos repetir. Si vienes esta noche...

—¿Ir a dónde?

—A la discoteca, tonto. Hoy trabajo.

Así que era la camarera de la discoteca. —Tengo trabajo. —Abrió el grifo del agua fría para despejarse un poco y se mojó la cara.

—¿Trabajas en algún caso importante esta noche?

Asombrado volvió la cabeza, parpadeando para apartar las gotas de agua. —¿Qué has dicho?

—Como eres del FBI... —dijo impresionada.

Se enderezó de golpe. —¿Te he dicho yo eso?

—Claro. ¿Quién iba a decírmelo si no? —Se echó a reír de nuevo. Se levantó saliendo del baño después de recoger las bragas sin molestarse en tirar de la cadena. —Te pregunté si eras un delincuente y me dijiste que eras del FBI. Incluso me enseñaste la placa.

No se lo podía creer. Llevaba años de infiltrado y jamás había metido la pata de esa manera. Estaba claro que tenía que dejar de beber.

—Y vaya paliza que le metiste a ese gilipollas.

Salió del baño mirándola con asombro. —¿Qué gilipollas?

—El que me metió mano cuando nos presentamos. —Desnuda miró a su alrededor cogiendo el vestido entallado que hacía juego con sus bragas. —Creía que ya lo tenía hecho conmigo porque había estado toda la noche en la barra intentando ligarme. —Se puso el vestido y cuando sacó la cabeza por el cuello sonrió seductora. —Pero llegaste tú y me gustaste más. Me tocó el culo para recordarme que estaba allí esperando y cuando me cabreé, él se cabreó contigo. Intentó pegarte y se llevó un par de hostias bien dadas.

Juró por lo bajo viendo como recogía unos zapatos de plataforma tan absurdos que puso los ojos en blanco. Se acercó a él y le dio un rápido beso en los labios. —Me largo, llego tarde a la uni.

¿A la uni? Asombrado la vio correr hacia la puerta con los zapatos en la mano. De repente se detuvo y preguntó —¿Me das cincuenta pavos para el taxi? Me dejé el bolso en la discoteca.

Se agachó para coger sus vaqueros y sacó la cartera del bolsillo trasero. Al abrirla vio que solo tenía cincuenta pavos. Gruñó tendiéndoselos y ella soltó una risita. —Gracias, chato. Por cierto, si quieres repetir... —Le guiñó un ojo sin darse cuenta de que parecía un mapache porque ni se había duchado. —Pásate cuando quieras.

Fue un alivio que saliera por la puerta y suspiró dejando caer los vaqueros. —Soy demasiado viejo para esto. Y eso que solo tienes treinta y cuatro. Ni me quiero imaginar cómo estarás con cincuenta. —Fue hasta el baño de nuevo cuando escuchó el sonido de su móvil. Se volvió y al girarse tan rápidamente se mareó un poco. Se sujetó al marco de la puerta antes de agacharse con cuidado para coger sus vaqueros. Al ver el número sonrió descolgando. — Enseguida voy.

—¡Más te vale! —gritó su jefe al otro lado.

Frunció el ceño por su tono. —¿Qué ocurre?

—¿Qué ocurre? ¿Se te ha pasado la borrachera?

Se sentó en la cama. —¿Cómo sabes...?

—¡Lo sé yo y todo el FBI! —gritó furioso haciendo que tuviera que apartar el móvil—. ¡Stanton, esta vez sí que has metido la pata! ¡Te quiero aquí en veinte minutos si no quieres buscar otro trabajo! ¡Aunque creo que vas a tener que buscarlo igual por mucho que dé la cara por ti!

Carl entrecerró los ojos porque sí que estaba cabreado para llamarle por el apellido. — Enseguida voy.

—¡Más te vale!

Salió del ascensor en el tercer piso de las oficinas del Federal Plaza en Nueva York y fue directamente al despacho del agente especial al mando. Varios de sus compañeros se volvieron para verle pasar y estaban de lo más serios, lo que le indicó que había pasado algo gordo. Abrió

sin llamar para encontrarse a Mathew gritando al teléfono —¡Ni hablar! ¡Es decisión mía! ¡Es mi mejor agente, joder! ¡No pienso renunciar a él por un niño bien!

Carl entrecerró los ojos y recordando las palabras de la chica de la que ni sabía el nombre, juró por lo bajo acercándose a su escritorio. Su jefe le fulminó con sus ojos azules. —¿Cómo que suspensión? Ni hablar, ¿me oye? ¡Tiene que empezar en un caso muy importante en unos días! Ya lo tengo todo preparado. Es una banda orga... —Apretó los labios mirando sus ojos grises. —Muy bien. Pero volverá en cuanto pase la tormenta. No puedo prescindir de él. Lo he entendido, señor. Desaparecerá un tiempo.

Joder, al parecer su juerga iba a pasarle factura. Mathew colgó el teléfono. —¿Eres idiota?

—Tío, no me des la chapa.

—¡A mí háblame con respeto! —gritó su amigo desde que habían salido de la academia—. ¿Sabes quién era? ¡El director general! ¡Me he partido la cara por ti porque tú ayer decidiste partírtela la cara al hijo del senador Pimbut!

—Hostia. —Suspiró sentándose en la silla ante la mesa. —Me lo han contado, pero no me acuerdo, la verdad —dijo con indiferencia.

—Está claro. ¡Eres idiota!

—Debió ser una juerga de la leche. Te la perdiste.

—¡Es que yo ahora tengo familia!

—Lo siento, tío.

Mathew gruñó rodeando el escritorio y se sentó en la esquina. —De verdad, Carl. Tienes que parar. Cuando estás infiltrado tienes la adrenalina a tope y cuando sales se te va la cabeza. Es hora de parar un poco antes de que metas la pata del todo.

—Tú dame otra misión y déjate de monsergas.

—Te vas a casa.

Le miró asombrado. —¿Qué has dicho?

—Unos tres meses. Para que el senador se quede a gusto y se olvide de que quiere tu cabeza por partirle la nariz a su niño bonito.

—¡No me jodas, Mathew! ¿Tres meses? ¡Me voy a volver loco sin hacer nada! ¡Además, si estoy trabajando el senador no va a enterarse! ¿O ahora visita clubes de moteros y se codea con traficantes?

—No puedo. Estás suspendido de empleo y sueldo tres meses. Quieren dar ejemplo. —Le señaló con el dedo. —Y has tenido mucha suerte. A otro ya le hubieran quitado la placa y la pistola, así que date con un canto en los dientes.

—Me cago en la...

—¡Carl, es una orden! ¡Vete a casa!

Él chasqueó la lengua. —No me muevo de aquí hasta dentro de tres meses. O hasta que me des trabajo. Tú verás.

—¡Déjate de hostias! ¡Esto es serio!

—He visto como le reventaban la cabeza a un tío hace dos días. No me digas que esto es serio.

Su amigo apretó los labios. —Sé que es una mierda y que ese gilipollas seguro que se lo merecía para que le partieras la napia.

—Pues no lo sé muy bien, la verdad. Me lo contaron por encima, pero mi ligue sí que dijo algo de que era gilipollas. —Le miró como si fuera un desastre. —¿Qué? ¿Te recuerdo que una vez tuve que llevarte a rastras hasta tu casa? ¡No me des sermones que te sujeté la cabeza mientras echabas la pota!

—¡Eso fue después de la academia!

—Claro, es que ahora eres muy maduro.

—¡Pues sí!

—Es que si yo madurara, al FBI le vendría fatal porque me pensaría esta mierda de trabajo.

Se retaron con la mirada y su amigo suspiró. —Si quieres, hago que te cambien de departamento.

—No sé hacer otra cosa. Y no me jodas que me duele la cabeza. —Se levantó furioso caminando de un lado a otro como un animal enjaulado. —Arréglalo.

—Esto no puedo arreglarlo. Tres meses de suspensión. Y has durado más que ninguno de nosotros, Carl. Si quieres dejarlo y tener otra vida...

—¿Qué vida? —preguntó con desprecio.

Mathew apretó los puños porque tenía razón. Toda su vida la había dejado relegada por entregarse a su trabajo. No tenía familia ni pareja y era lógico, porque ninguna novia soportaba estar meses sin saber de él. Y no podía llamarla si estaba infiltrado. Así que había pasado los años sin tomarse a ninguna en serio porque sabía que no funcionaría. Y ahora estaba solo. Solo y a punto de quemarse. —Tres meses, Carl. Búscate un hobby porque no quiero que se te pasen ideas raras por la cabeza.

Muy cabreado fue hasta la puerta. —Muy bien.

Salió del despacho dando un portazo y Mathew se pasó la mano por su cabello rubio sintiéndose fatal por no poder ayudarle. —Joder, menuda mierda.

—¿Y vosotros qué coño miráis? —escuchó que gritaba.

—Estupendo. Esto es estupendo.

Sentado ante la tele viendo un partido de los Yankees, tiró el pedazo de pizza en la caja sintiéndose mortalmente aburrido. Y eso que los Yankees iban ganando. Normalmente si estaba en casa veía los partidos con Mathew, pero su hija tenía fiebre y su mujer estaba algo nerviosa porque el bebé solo tenía tres meses. Estaba claro que alguien le había echado mal de ojo.

Su teléfono sonó y sonrió al ver que era Mathew. Descolgó de inmediato. —Tío, ¿la niña está mejor? Todavía queda cerveza.

—Necesito que vengas a mi casa. Es importante.

Se enderezó por su tono. —¿Qué ocurre?

—Me han llamado de arriba. Te diría que fueras a la oficina, pero no pienso ir cuando puedes venir aquí. Me han enviado los detalles por mail. Mueve el culo.

—¿Y la suspensión? Quedan dos meses.

—Se te han terminado las vacaciones. Prioridad máxima.

—¡Joder, ya era hora!

Parpadeó viendo como su amigo acunaba a su hija que no dejaba de llorar mientras éste intentaba reprimir la risa.

—Será coña.

—Shuss —chistó Mary desde la cocina—. ¡Carl, la niña!

—¡Pero si tiene tres meses! Se mira los dedos como si ni los reconociera. ¡No sabe lo que digo!

La esposa de su amigo sacó la cabeza de la cocina mirándole como si fuera a sacar la pistola de Mathew en cualquier momento. —Vuelve a soltar un taco y te capo.

Miró a Mathew levantando las cejas.

—Capo no es un taco.

—¡Déjate de historias! ¡Tiene que ser una broma!

—Lo siento, pero no. Al parecer es tu penitencia. No han pasado por alto tu expediente. Quieren al mejor. —Hizo una mueca. —Al mejor que esté libre, claro. Y ese eres tú.

Se pasó las manos por la cara de arriba abajo antes de apoyar los codos sobre las rodillas para mirarle. —No seré capaz de hacerlo.

—Claro que sí. Está chupado para ti —dijo indignado—. Solo tienes que descubrir al cabrón que ha entrado en su casa y le ha robado algo tan personal. Nada de joyas, ni dinero. Se masturbó sobre la ropa interior y robó su diario, es de manual.

—Un acosador —dijo con desprecio—. ¡Soy un agente especial! ¡Ser su guardaespaldas no es lo que yo tenía en mente!

—Tendrás que dejar el crimen organizado de momento. O regresar al sofá para siempre. —Le advirtió con la mirada. —Tú decides.

La verdad es que no tenía muchas opciones. —¿Cuándo empiezo?

—Empieza ya yendo a la peluquería y al barbero, porque la princesita no querrá ni verte con esa pinta de ratero que tienes.

Escucharon la risita de Mary desde la cocina y Carl gruñó —¡Pues para que lo sepas, esta pinta como la llama tu marido, las vuelve locas!

—Sí, algo locas deben estar.

—¿Tienes traje?

Miró a Mathew como si estuviera loco. —¿Para qué? Y no voy a estar allí por mi aspecto. Que se joda.

—¿Ni para los funerales? —preguntó como si no hubiera oído nada.

—Yo paso de esas cosas. Cuando se mueren no saben si vas al funeral o no.

—Lo tendré en cuenta para cuando me toque.

—Me tomaré un whisky a tu salud.

—Será por mi falta de salud.

—Lo que sea.

Mary rió de nuevo. —Cielo, le va a despachar en dos minutos.

Ambos se miraron sin comprender. —¿Quién? ¿La pija? —preguntó Carl a la puerta de la cocina.

Mary salió con una bandeja de sándwiches en la mano e hizo una mueca cuando vio que su niña no dejaba de llorar. —Cariño, muévete.

—Lo intento. —Se balanceó de un lado a otro, pero la niña no paraba. De hecho empezó a llorar más fuerte.

—¿Por qué piensas que me despachará? Soy un infiltrado de primera, ¿sabes? Puedo pasar por un guardaespaldas. No es para tanto. —Cogió un sándwich y le dio un buen mordisco poniendo cara de asco. —¿Qué es esto?

—Tofu.

—Mary quiere llevar una alimentación más sana y al parecer todos tenemos que acompañarla en ese suplicio.

Su mujer gruñó apartando su melena rubia y mirándoles con rencor con sus preciosos ojos verdes. —Es muy sano. ¡Come, que cosas peores te habrás comido! —Ambos se miraron antes de echarse a reír y Mary se sonrojó con fuerza. —¡Seréis guarros! Ven mi niña, que eres demasiado inocente para escuchar estas cosas. —En cuanto la cogió en brazos dejó de llorar y Mathew chasqueó la lengua.

Mary sonrió a su niña acariciándole la cabecita. —Volviendo al tema... No durarás ni cinco minutos porque es una niña rica. Se codea con lo mejor de Nueva York y tiene unas amigas

de lo más pijas. Lo más granado. En cuanto sueltes un taco, sale despavorida.

—Pues la princesita se ha corrido varias juergas sonadas. —Su marido puso una foto sobre la mesa donde varias chicas bailaban desatadas. En el centro estaba una pelirroja preciosa que levantaba los brazos dándolo todo con un vestido plateado que dejaba poco a la imaginación de lo ajustado que lo llevaba. Carl hizo una mueca. Estaba buena la princesita.

—Bah, la prensa la sigue a todas horas. Sí que ha salido varias veces y han insinuado también que estaba borracha, pero no lo creo.

—¿Cómo sabes tanto de ella? —preguntó su marido.

—Porque leo las revistas en la peluquería y ella es noticia desde su nacimiento. —La miraron sin comprender. —Es increíble que no sepáis nada de esa mujer aparte de lo que dice ahí. ¡La conoce todo Nueva York! Su madre murió en el parto por una negligencia médica. Y ella también estuvo a punto de morir. Su padre se casó cinco veces más y no ha tenido más hijos. Es la heredera de un billón de dólares. Pero no solo es eso. Es inteligente y preciosa. Una vez vi una foto suya dando el discurso de clausura en Stanford. Número uno de su promoción. Ah, y nunca ha tenido novio, que se sepa, claro.

—¿Pero esta tía no tiene veinticuatro años?

—Cumplió veinticinco hace tres días —contestó Mathew.

—Ya te puedes espabilar. Roslyn Carrington es la flor y nata. Quiere lo mejor y... —Miró a su amigo de arriba abajo, desde su barba de tres días pasando por su camiseta con un agujero en la manga hasta llegar a sus botas de motero. —Y tú no te pareces a un guardaespaldas de la jet ni de broma.

—Vaya, gracias. Pero no soy guardaespaldas. Soy agente del FBI y cerraré esta mierda de caso en cinco minutos, así que no tendrá que ver mi pinta demasiado tiempo. —Se levantó cogiendo el informe y miró a Mary que le observaban como si fuera un desastre. —Tú sí que sabes dar ánimos.

Mathew se echó a reír. —Yo sé que puedes. Esto está chupado para ti. Después de detener al cartel más peligroso del país puedes hacer cualquier cosa. Además, no te queda más remedio que espabilarte porque si la cagas con la princesita estás en la calle. Su padre tiene mucho poder y buenos contactos. Pero trabajas mejor bajo presión, así que es pan comido.

—Esta pija no va a poder conmigo.

Capítulo 2

Roslyn estaba leyendo la biografía de Eva Perón sentada en su sofá de piel blanca mientras escuchaba a la Callas en Tosca, cuando se oyó el timbre de la puerta. A punto de levantarse miró de reojo el hall de entrada, pero una de las doncellas salió del comedor a toda prisa para ir a abrir. Qué ganas tenía de regresar a su apartamento donde estaba prácticamente a solas.

Segundos después la doncella se acercó a ella rápidamente y con cara de susto le dijo en voz baja —Señorita Carrington...

Pasó la hoja. —¿Sí?

—Un hombre con aspecto... desaliñado está en la puerta y quiere verla, señorita.

Levantó la vista mirándola fijamente con sus preciosos ojos verdes color esmeralda. —
¿Con aspecto desaliñado?

—¿Roslyn Carrington?

Ambas miraron hacia la puerta del hall y Roslyn sintió que su estómago daba un vuelco al ver a un tipo moreno con pinta de motero mirándola fijamente con unos fríos ojos grises. Dio un paso hacia ellas y la doncella chilló —¡No puede pasar!

—Ya he pasado —dijo sin quitarle ojo—. ¿Tú eres Roslyn?

Le miró de arriba abajo, desde su cazadora de piel que mostraba una camiseta gris pasando por sus vaqueros gastados pero limpios hasta sus botas. Unas botas muy caras por lo que ella sabía. Como la cazadora. Al levantar la vista de nuevo hasta sus ojos vio como los entrecerraba y sonrió porque le había incomodado. —Sí, soy Roslyn Carrington. Supongo que no

es un delincuente si mi seguridad le ha dejado llegar hasta mi puerta. —Se levantó mostrando el traje pantalón en seda verde.

—Supone bien. Carl Stanton. FBI

—Vaya, y yo que creía que todos los agentes del FBI llevaban traje negro. —Alargó la mano. —Gracias por venir.

Él estrechó su mano y Roslyn por el roce de su piel sintió que se le erizaba el vello de su nuca. Perdió la sonrisa sin poder evitarlo de la sorpresa y apretó sus manos mirando a la doncella. —Traiga un té para nuestro invitado.

—Sí, señorita.

—No se moleste. —Con descaro se sentó en el sillón. —Vayamos al grano, que tengo algo de prisa.

—Puedes dejarnos solos.

—Sí, señorita. —Laura le miró con desconfianza yendo hacia la cocina.

Cuando se quedaron a solas Roslyn incómoda se sentó en el sofá.

—¿Puede apagar esos chillidos? —preguntó él sacando el móvil.

¿Chillidos? ¡Era la mejor cantante de la historia! Levantó sus cejas pelirrojas. Estaba muy bueno, pero era un gañán de primera. Cogió el mando del equipo de alta fidelidad y lo apagó.

—Bien... —Levantó la vista del teléfono metiéndoselo en el bolsillo interno de la cazadora. —Tengo entendido que éste no es tu domicilio habitual.

—Vivo en el edificio de enfrente. —Señaló el enorme ventanal. —¿Ve la planta en la terraza? Es la mía —dijo con ironía.

—Vaya, no se ha ido muy lejos.

Agachó la mirada. —No, por supuesto que no. Mi padre no quiere perderme de vista...

Como si le hubiera invocado un hombre de unos sesenta años prácticamente calvo entró en

el salón deteniéndose en seco al verles. Roslyn se levantó de inmediato. —Papá, ¿no estabas en la oficina?

—Me han avisado de que el agente Stanton estaba al llegar y veo que ya ha llegado. —Una doncella apareció de la nada cogiendo el maletín de su jefe y éste se acercó a Carl que se levantaba en ese momento observándole fríamente. —Porque usted es Carl Stanton, ¿no es cierto?

—Totalmente cierto.

—Gracias por venir —dijo su padre dándole la mano, pero ella le conocía muy bien y sabía que no le gustaba lo que veía—. Pero sus servicios no serán necesarios.

—Puede que no, pero lo voy a investigar. Órdenes de arriba y nunca rechazo las órdenes, aunque tenga peligrosas organizaciones del crimen esperando a que les meta en chirona. Si hay que buscar a un capullo que toca las braguitas de su princesita, yo le cogeré con gusto.

Robert Carrington se tensó y le miró fríamente con sus ojos castaños. —Veo que no se lo toma en serio.

—Claro que sí —respondió con ironía—. Ya que ha tocado tantas teclas para tocarme los huevos y que así investigue esto, me lo tomo muy en serio. Así que haga el favor de sentarse y contarme todos los detalles de lo que le pregunte, como iba a hacer su hija antes de que nos interrumpiera.

Roslyn no pudo menos que sentir admiración porque nadie había hablado así a su padre jamás. Al ver que estaba rojo de furia y a punto de soltar cuatro gritos, dijo a toda prisa —¿Nos sentamos?

—Eso, que cuanto antes empecemos antes puedo terminar con esto —dijo el agente sin ningún tacto sentándose mientras su padre parecía que iba a tener una apoplejía.

—Al parecer es muy bueno en su trabajo —dijo ella forzando una sonrisa—. Mi padre me ha dicho que es el mejor que le ha proporcionado la agencia.

Chasqueó la lengua como si le importara un pito antes de mirarla a los ojos. —Mira guapa,

si quieres una conversación banal no soy el interlocutor más adecuado.

Roslyn separó los labios fascinada. ¡Era un hombre culto, aunque intentaba disimularlo! Aunque era evidente que un inculto total no podía ser, porque trabajaba para la agencia y para aceptarles solo querían a los mejores en lo suyo. Él apoyó los codos sobre las rodillas ignorando a su padre. —Cuéntame los precedentes. Normalmente estos pirados hacen algo antes. Llamadas, anónimos...

—Hija no hables con él. Váyase de inmediato.

—Padre, es el mejor y quiero al mejor para acabar con esto. —Rogó a su padre con la mirada. —Tengo miedo.

Su padre relajó el rostro de inmediato y se sentó a su lado acariciando su espalda. —Aquí estás segura.

—Claro que sí —dijo el agente indiferente—. Los seguratas que están por el edificio impedirán que cualquier pirado se acerque.

—Esos ya estaban antes —le informó ella—. Bueno, no todos a la vez, pero ya estaban.

Carl entrecerró los ojos mirando a su padre. —¿Quién se encarga de la seguridad?

—El jefe de seguridad es Pedro Chávez. Antes trabajaba en el ejército —dijo su padre—. Él se encarga de los turnos y de contratar a la gente.

A Roslyn le sorprendió que no apuntara nada.

—¿Cuánto lleva en ese puesto?

—Desde que nació mi hija. Con la publicidad sobre su nacimiento mi cuñado me recomendó a Chávez. Después a medida que fue creciendo tuvimos que aumentar la seguridad. Colegio, actividades... Entre los dos tenemos quince hombres las veinticuatro horas.

El agente le miró fijamente. —¿Amenazas en estos años? Hace un año tuve un caso en el que un hombre muy importante recibía anónimos habitualmente. ¿Le ocurre a usted?

Robert Carrington asintió. —Sí. Cuando era joven no me las tomaba muy en serio, pero cuando nació Roslyn... Ahí ya no lo dudé.

Carl asintió como si estuviera de acuerdo. —Ha hecho bien. No hay que escatimar en eso.

—¡Pero han llegado hasta ella! —exclamó indignado—. ¡Han entrado en su casa! ¡Esto es inaudito!

—¿Qué ha dicho Chávez del asunto?

—¡No se lo explica! Un hombre está en la puerta de su apartamento las veinticuatro horas para evitar que la pillen ya dentro. —Carl asintió fríamente. —¡Además tiene una doncella que va todos los días a limpiar la casa y una cocinera de plena confianza! ¡Ellas no han visto nada raro! ¡Quiero saber quién es el cabrón que se ha atrevido a tocar algo que es mío! ¿Me oye? ¡Le quiero muerto!

Carl la miró y ella respondió rápidamente —Flores, me envía flores. Desde hace unos ocho meses. Pensaba que era un admirador.

—¿Chávez lo ha investigado?

—Se envían por internet desde una cuenta que pertenece a una empresa. Empresa que no existe.

—Pero esa empresa estará a nombre de alguien.

—Es una empresa de Albania que pertenece a otra empresa y a otra que termina en las Caimán con una sociedad anónima. Las leyes allí otorgan confidencialidad. No ha podido llegar más allá.

—¿Qué tipo de flores?

—Rosas blancas. Mis favoritas. Una docena a la semana.

—Está claro que es un tío con pasta. ¿Qué decían las notas?

—¿Cómo sabe que hay notas?

—Porque es la única manera de comunicarse íntimamente contigo. Que lo leas tú directamente.

—Poemas de amor. Los saca de internet. Por curiosidad una vez puse la primera frase en el buscador y salió Lope de Vega. “Yo no nací sino para quereros, mi alma os ha cortado a su medida, por hábito del alma misma os quiero”.

—Así que tiene poca imaginación, es un tío con pasta y un hortera.

Para su sorpresa su padre sonrió y ella le miró asombrada. —¿Es un poema precioso!

—A mi hija le van esos rollos.

—Así que la conoce bien. Las rosas, los poemas...

Roslyn gruñó asintiendo y su padre respondió por ella —Sí.

—¿Dónde recibía las flores? ¿En su apartamento?

—Sí.

—¿Chávez ha investigado a los vecinos?

—Les di el visto bueno yo mismo antes de venderles el piso. El edificio es mío. Una de mis empresas lo rehabilitó. El noveno piso es para la niña y el resto, familias adineradas con niños pequeños.

Carl no disimuló su sorpresa. —¿Compró el edificio para controlar a quien metía viviendo con su hija?

Robert Carrington asintió. —Y solo lleva viviendo sola dos años. Antes estudiaba.

—No quería que me enamorara de nadie. No fuera ser que estropeará sus planes —dijo con ironía.

Su padre entrecerró los ojos advirtiéndola.

—¿Planes?

—Me comprometió con dieciséis años —respondió rápidamente.

—Hija...

—Tenemos que ser sinceros, papá. Está investigando —dijo con mala leche.

Carl sonrió cortándole el aliento. —Si os explicarais...

—No tiene importancia —dijo Carrington molesto.

—En este momento cualquier detalle puede ser importante.

—Me comprometió con dieciséis años con el presidente de una empresa de la competencia. Muy atractivo, muy rico y muy aprobado por mi padre porque consumaría una fusión con una gran empresa del petróleo, que formaría un gran holding de empresas. ¿Lo pillas, Carl? Pero le salió el tiro por la culata. —Su padre gruñó y ella rió por lo bajo. —Está algo cabreado porque no consiguió exactamente lo que quería. Se casó con otra.

—Ese cabrito... Y encima se ha casado con una sanguijuela que se tira al cuello en cuanto ve una debilidad. ¡Ellos sí que forman una buena pareja!

Hizo una mueca. —Ahora es una de mis mejores amigas. —Hizo un gesto con la mano mostrando el anillo de brillantes que había sido de su madre. —Es un hacha en los negocios y tú también conseguiste algo, papá. No te quejes tanto. —Al ver que no entendía nada le explicó a Carl —Intentaron compensarle económicamente.

—¡Compensarme, ja! Esa hiena también me traicionó...

—No le quería, papá. ¿Quieres dejarlo de una vez? —Robert gruñó. —Quiero a Steven.

—Por encima de mi cadáver —siseó su padre.

Carl se tensó. —¿Steven?

—Estudió con ella. Un niño rico que no tiene dos dedos de frente. Un play boy que huele el dinero. ¡No sería capaz de llevar mi empresa!

—¿Y para qué he estudiado todos estos años? —preguntó indignada—. ¡Me he dejado las pestañas en los libros para que ahora me tengas encerrada en casa!

—¡Sí, como para dejarte salir está la cosa!

Exasperada miró a Carl que parecía divertido. —¿Es incómoda la jaula de oro?

Levantó la barbilla porque sabía lo que pensaba, que era una quejica que lo tenía todo. —
¡Pues sí!

—Roslyn...

Ella gruñó cruzándose de brazos. —¡Muy bien! ¡Seguiré comportándome como un florero!

Su padre exasperado miró a Carl. —¿Por dónde íbamos?

—Steven...

—Steven Plimbut. Es hijo del Senador Plimbut. Un gilipollas que nunca ha dado un palo al agua.

Carl levantó las cejas. —¿No me digas?

—¡Y ella se ha empeñado! ¡Le conoce desde el colegio! ¡Dichosos colegios de pago! ¡Un día me llega con quince años diciendo que ese mamón le ha pedido una cita! —gritó indignado—. ¡A mi hija! —Se levantó hecho una furia. —Por supuesto puse medidas para impedir el desastre, ¡pero no pude conseguir que echaran a ese imbécil del colegio y eso que estudiaba muy mal! ¡Eso por decir algo, porque en realidad no estudiaba nada!

—Tiene otros encantos —dijo ella ofendida.

—Oh, sí... Es divertido y la comprende muy bien. La ama —añadió su padre con burla.

—¡No tiene gracia, papá!

—¡Ese solo huele tu dinero! ¡Por Dios, si permitiera que te casaras con él, te aburrirías en cuatro días! ¡Lo que pasa es que te has empecinado y no se te va de la cabeza!

Ofendida por la poca inteligencia que le otorgaba se levantó. —¡Pues voy a casarme con él! ¡Ponte como quieras!

Dejando a su padre con la boca abierta fue hasta la escalera hecha una furia y subió los

escalones a toda prisa. —¡Y no vas a poder impedirlo!

Entró en su antigua habitación y cerró de un portazo. Gimió cerrando los ojos. Estupendo, habían discutido ante el agente del FBI. Iba a pensar que era idiota. Decepcionada dejó caer los hombros. Es que su padre siempre conseguía que todo el mundo terminara viéndola como una estúpida sin cerebro que no tenía la capacidad de dirigir su vida. ¡Ahora se sentía ridícula! Decir que Steven era gilipollas. Si era... Parpadeó antes de entrecerrar los ojos. Con Steven nunca había sentido lo que había sentido con su agente del FBI. Abrió los ojos como platos. ¿Su agente del FBI? Por Dios, si no le conocía de nada y tenía pinta de traficante motero. Pero tenía unos ojos... ¿Qué ojos ni que ojos? ¡Tenía un cuerpo de infarto! Ni se quería imaginar lo que había debajo de esa camiseta. ¿Y de esos vaqueros? Madre mía. Tenía pinta de ser de esos que cuando te llevaban a la cama te dejaban en coma. Se llevó la mano al pecho jadeando sorprendida. ¿Pero qué se le pasaba por la cabeza? Steven era más como ella. Les gustaban las mismas cosas. Disfrutaban de su tiempo juntos. Se querían, que era mucho más de lo que su padre había conseguido con ninguna de sus esposas. Le ayudaría en su carrera política y tendrían un matrimonio muy feliz. Eran perfectos el uno para el otro.

Preocupada porque en todos esos años no había tenido dudas respecto a lo que sentía por Steven, se sentó en la cama y se pasó una mano por la nuca. Y es que por Steven sentía un amor platónico que hasta ese momento le bastaba, pero ese agente del FBI... Dios, con unas palabras le había hecho hervir la sangre. Eso no era normal. ¡Claro que era normal! Era deseo, nada más. Había escuchado a sus amigas hablar sobre ello miles de veces. Hasta ese momento no le había preocupado no sentir lo mismo por Steven, la verdad. Pero ese deseo abrasador que había experimentado por ese hombre... Le daba que era importante en una pareja. ¿Cómo importante? ¡Era esencial! Ahora que sabía lo que era, necesitaría sentirlo el resto de su vida. Todo lo demás era simple amistad y se sintió horrorizada porque empezaba a pensar que su padre tenía razón y que todo aquello había sido una ilusión que había inventado, simplemente para no plegarse a los deseos de su padre y casarse con el hombre que había elegido para ella. Gimió dejándose caer

sobre la cama tapándose la cara. Ahora sí que estaba hecha un lío.

Capítulo 3

Carl levantó una de sus cejas castañas y Robert Carrington carraspeó. —Es temperamental. Es por su pelo rojo. Su madre era igualita.

—Pues para ser tan temperamental, bien controlada que la tiene. —Se levantó y fue hasta la ventana para observar el piso de enfrente. Una enorme cristalera mostraba todo el salón y parte de la habitación, pero desde allí no se veía la cama.

Sintió a Carrington tras él. —Es la única hija que tengo. Siempre he querido lo mejor para ella. Su bienestar es lo más importante para mí.

Carl apretó los labios asintiendo. —Como debe ser. ¿Este edificio es suyo?

Robert entrecerró los ojos. —No, solo este piso.

—¿Quién vive encima?

—En el ático vive una anciana de setenta años. La señora Priestley.

—¿Vive sola?

—Sí. Y no tiene hijos si es lo siguiente que iba a preguntar.

—Tutéame, Robert. Dejémonos de monsergas sociales.

—Me gusta mantener las distancias con mis empleados. Llevan a equívocos.

Carl no pudo menos que reírse por lo estirado que era y él gruñó antes de preguntar — ¿Qué opinas?

Miró hacia la ventana. —Es alguien muy cercano. Por lo poco que he visto en unos minutos me he dado cuenta de que vive en una burbuja que tú has creado para ella. —Robert asintió. —Así que tiene que ser alguien conocido. Y no es ese gilipollas con el que quiere casarse,

no tiene las pelotas para hacer algo así. Su papá le molería a palos.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No le gusta dar la cara y enfrentarse al problema. Deja que su padre los resuelva por él.

—Le miró divertido. —¿Le has visto últimamente?

—Sí, tuve la desgracia de encontrármelo en el club hace dos semanas. No hizo más que quejarse sobre lo que le dolía la nariz. Al parecer tuvo un problema en el gimnasio. —Carl le miró divertido. —¿Qué?

—No solo es un gilipollas si no también un mentiroso de primera. La nariz se la rompí yo hace un mes en una discoteca cuando le levanté el ligue.

Robert sonrió de oreja a oreja. —¿No me digas?

—Sí, esa es la razón por la que estoy aquí. Si no estaría en una misión importante. —Abrió la puerta de la terraza para salir al exterior y Robert le siguió.

—Puede que para ti esto sea un juego de niños, Carl. Pero ni mis hombres ni los detectives que he contratado han encontrado nada. Necesitaba ayuda y te han enviado. Dime que pondrás todo de tu parte porque si no puedes irte.

—Te he dicho que llegaría al final y es lo que pienso hacer. —Miró hacia arriba y vio el cabello rojo de Roslyn a la ventana. Estaba sentada con un libro en la mano.

—Lee mucho. Desde niña. Es su pasatiempo favorito —dijo Robert preocupado—. Por eso no me entra en la cabeza que quiera casarse con ese descerebrado.

Carl asintió levantando la vista al ático que solo era de una planta. —Voy a ir al apartamento de Roslyn. Dile que baje. Quiero que me cuente cómo se dio cuenta de que habían invadido su espacio.

Robert asintió. —Iré con vos... —Carl negó con la cabeza. —¿No?

—Iremos solos. —Miró sus ojos castaños. —Voy a ser franco porque veo que eres un tipo

al que le gusta la sinceridad. Tu hija es una persona tremendamente inteligente y sabe manipularte. Lo he visto hace unos minutos cuando con solo un ruego de su mirada has dado un paso atrás sobre echarme de tu casa, cuando estoy seguro de que no hay quien te tosa. —Robert apretó los labios enderezando la espalda. —No te ofendas. No eres blando por eso. No te gusta que sufra, por eso te niegas a que se case con ese mamón. Pero precisamente porque está enfadada, pues la has dejado en evidencia ante mí tratándola como si fuera una niña, no va a abrirse como yo quiero. Y lo que quiero es sinceridad absoluta para resolver el caso.

—Muy bien, la llamaré.

Roslyn estaba sin aliento por las palabras del agente. Sí que era bueno en su trabajo. Increíblemente perspicaz. Así que si quería recuperar la poca independencia que tenía en su apartamento, tenía que colaborar. La boda estaba prevista para el mes siguiente y si seguía allí encerrada el novio iba a quedarse plantado en una playa de México. Sonrió satisfecha y empujó la ventana suavemente cerrando la rendija que había abierto en cuanto les había visto salir a la terraza. Pasó la hoja del libro esperando la llegada de su padre.

No se dio cuenta de cómo Carl levantaba la vista mirando su perfil iluminado por el sol. Era realmente hermosa con una belleza natural que dejaba sin aliento y a la que las fotos no hacían justicia. Esa pelirroja le iba a dar problemas.

Levantó la barbilla cuando su padre entró en su habitación sin llamar. —El agente Stanton te espera para visitar tu piso.

—Bien. —Se levantó dejando el libro a un lado y su padre separó los labios sorprendido. Roslyn se detuvo en seco. —¿Qué pasa?

Robert sonrió con tristeza. —Por un momento me pareció ver a tu madre ahí mismo.

Se quedó sin aliento porque nunca le hablaba de ella. —Lo dices como si la echaras de

menos.

—Y la echo de menos —dijo sorprendido.

—¿De veras?

La incredulidad de su pregunta no le pasó desapercibida. —¡Claro que sí! ¿Por qué lo dudas?

—Porque nunca hablas de ella. Lo que sé de mi madre es por los conocidos. Por la tía Clare.

—Era complicada. —Le guiñó un ojo. —Pero irresistible.

—¿La quisiste?

Robert suspiró dando un paso hacia ella. —Creía que sí. Cuando me casé con ella, era la mujer con la que quería compartir mi vida. Y lo fue un tiempo.

—Pero te cansaste —susurró porque había visto la relación que había tenido con las demás.

—Ya me conoces. No me gusta que me lleven la contraria. —Rió por lo bajo. —De hecho no se lo permito a casi nadie.

—Entonces es cierto lo que me comentó la tía. Os ibais a divorciar. Se había separado de ti.

—Ya estábamos con los trámites del divorcio, sí.

Roslyn agachó la mirada sintiéndose decepcionada. —No entiendo como con el desastre que son tus relaciones sentimentales, tienes el descaro de criticar las mías.

—Porque soy tu padre —dijo muy tenso—. Y sé lo que es mejor para ti.

—¿Como con Calvert?

—¡Exacto! ¡Hubiera sido un matrimonio muy ventajoso!

—¡Para tu empresa!

—¡Para ti! Un hombre cabal que sabe lo que se hace.

—¡Si le odias!

—Eso es ahora. Antes me caía bastante bien.

Chilló exasperada con ganas de tirarse de los pelos, pero era casi tan cabezota como él. Y llevaba empeñada en eso demasiado tiempo como para dejar la idea de lado porque hubiera aparecido ese motero con pinta de traficante que le hacía temblar solo con echarle una mirada, así que exclamó —¡Voy a casarme con él!

—¡Ja! —le gritó a la cara.

—Papá...

—Roslyn Camila Carrington, ni se te ocurra retarme.

Llamaron dos veces a la puerta y ambos furiosos miraron a Carl que parecía aburrido. —
¿Nos vamos? Me gustaría resolver esto antes de que la novia se dé a la fuga.

Robert miró con desconfianza a su hija que dejó caer la mandíbula sorprendida. —Ni se te ocurriría una cosa así. —Tuvo la desgracia de sonrojarse. —¡Roslyn!

—¡No sé de qué habla! ¡No sabe lo que dice!

Carl se cruzó de brazos divertido. —¿Ah, no? Esta mañana has llamado al gilipollas y has hablado con él cuarenta minutos. Inmediatamente después has llamado a una agencia de viajes para reservar una cabaña en un hotel de lujo con boda incluida. Acabo de llamar. Es lo que tiene pedir a un agente del FBI, que los registros de llamadas los tenemos a mano. Eso y que tengo un amigo informático en la agencia.

—¡Eso es invasión a mi privacidad! —gritó fuera de sí.

—¿No me digas? —preguntó como si le importara un pito.

Robert la miró asombrado. —¡Esto se acabó!

Le miró angustiada porque sabía que haberle retado tendría consecuencias. —Papá...

—¡Nada de papá! Me voy a cargar a ese... a ese... ¡Si cree que puede pasar por encima de mí para conseguir tu fortuna está muy equivocado! ¡Voy a llamar a su padre ahora mismo!

—¡Es mi vida!

—¡Tú eres mi vida! —A Roslyn se le cortó el aliento. —¡No pienso dejar que tires tu vida por la borda! —La señaló con el dedo. —¡Puede que creas que estoy siendo injusto con el desastre que ha sido mi vida amorosa, pero precisamente por eso no voy a dejar que te cases con él! ¡No te preocupes, en cuanto su padre vea peligrar su cargo, te aseguro que se alejará tanto de ti que no verás ni su estela!

—Él no es así. ¡No me abandonará! ¡Me quiere!

—Pues ese que te quiere tanto, intentó tirarse a una tía hace un mes en una discoteca —dijo Carl divertido.

Le miró furiosa. —¡Mientes!

—No, no miento. Y seguro que si rasco un poco encuentro mucho más. —Miró a Robert levantando una ceja y su padre sonrió malicioso.

—Sí, agente. Hasta ahora no le había investigado porque creía que era una tontería suya que se le pasaría con el tiempo porque siempre han sido amigos, pero ya es hora de abrirle los ojos.

—Roslyn estoy esperando.

Le fulminó con la mirada. —¡Pues espera!

Carl entró en la habitación y la cogió por el brazo tirando de ella, que jadeó indignada. —
¿Quién te crees que eres para tratarme así? ¡Papá!

—Hija, ahora no pidas mi ayuda porque no te la voy a dar.

Furiosa le dio una patada y se desequilibró cayendo de culo sobre la alfombra persa, pero él ni se inmutó tirando de ella con alfombra y todo como si nada mientras chillaba como una

descosida. Su padre reprimió la risa. —¡No tiene gracia!

Al llegar a las escaleras se revolvió y él se detuvo. —¿Vas a venir?

—¡Qué te den, imbécil chivato de mierda!

Carl suspiró mientras su padre decía —Hija, con los colegios tan caros que te he pagado. Van a creer que he tirado el dinero.

—Sois unos... —Carl se agachó cogiéndola de la cintura para cargársela sobre el hombro mientras ella gritaba de la sorpresa.

—¿Las llaves? —preguntó a Robert como si nada.

—Te abriré uno de mis hombres.

Asintió bajando las escaleras mientras ella se agarraba a su chupa de cuero. Entrecerró los ojos al ver la navaja que tenía en el cinto a la espalda y a toda prisa abrió la funda. Iba a cogerla por el mango cuando recibió un azote en el trasero que la hizo jadear de la indignación. Y al mirar de nuevo la navaja había desaparecido. Chilló histérica de la rabia pegándole con los puños en el trasero y su padre puso los ojos en blanco. —Menuda rabieta. Cariño, si te ven así los vecinos pensarán que has perdido un tornillo. —Roslyn levantó la cabeza mirándole con rabia. —Sí, igualita que tu madre. Pero al final siempre me das la razón.

—¡Eso se acabó! —gritó saliendo por la puerta principal—. ¡En cuanto este cromañón me deje en el suelo, me largo!

—Sí, ya, ya. —Robert se puso su móvil al oído. —¡Voy a llamar a seguridad para que no os detengan pensando que es un secuestro! —gritó a la puerta.

—¡Es un secuestro! —replicó su hija.

—Nena, relájate.

—¡Qué te den, imbécil!

Carl perdió la paciencia y la dejó en el suelo antes de cogerla por la nuca para que le

mirara a la cara. —Escúchame bien. Mientras esté aquí por culpa de ese chiflado, harás todo y digo todo lo que yo te diga cuando te lo diga, ¿me has entendido?

Sin aliento se quedó mirando esos ojos grises que ahora parecían más oscuros. —¿Me has entendido, Roslyn? No voy a decírtelo de nuevo —dijo con voz ronca antes de mirar sus labios haciendo que su corazón saltara en su pecho.

—Púdrete, siervo.

Carl se tensó apretando sus rizos en su mano y la acercó aún más a él. —Nena, no sé a qué hombres estás acostumbrada, pero vuelve a hablarme así y te voy a dejar el trasero rojo como un tomate. —Se le erizó la piel y sus pezones se endurecieron con fuerza bajo la camisa de seda. Carl sonrió irónico. —Menuda sorpresa.

Se abrió la puerta del ascensor y la empujó hacia dentro de malas maneras. Roslyn con la respiración agitada se volvió apoyándose en el espejo. —Al parecer te gusta duro, preciosa. Justo como a mí. —Caminó dentro del ascensor y pulsó el bajo sin quitarle la vista de encima. Mientras las puertas se cerraban se acercó a ella haciéndola levantar la cabeza. Le miró como si quisiera matarle y él cogió su barbilla con una mano, elevando más su rostro. —Puede que tu padre te tenga como una princesita, pero ahora estás bajo mi mando y te aseguro que vas a hacer lo que te diga. Por las buenas o por las malas.

—No soy una consentida —dijo con rabia—. He hecho toda la vida lo que él ha querido.

—Pues por las decisiones que tomas, lo mejor es que sigas haciendo lo que él dice. —Apretó sus mofletes. —Y ahora lo que digo yo. —Se abrió la puerta. —Vamos. —La cogió del brazo tirando de ella y pasaron entre sus hombres y el portero que no perdía ojo. No se resistió porque no iba a conseguir nada y solo quedaría en ridículo. Al salir a la calle soltó su brazo con rabia y Carl entrecerró los ojos viendo como cruzaba la calzada casi sin mirar.

—Estupendo, Carl. Ahora se va a abrir mucho contigo —dijo por lo bajo siguiéndola.

Muerta de rabia porque ese imbécil había reventado sus planes, caminó hacia el ascensor

y sin esperarle pulsó el botón del último piso. Carl corrió hacia el ascensor mientras sonreía maliciosa y juró por lo bajo cuando se cerraron las puertas justo antes de poder llegar. Él señaló al portero. —¿Otro ascensor?

—No, señor. Las escaleras. —Señaló una puerta y Carl corrió hacia allí golpeando la puerta contra la pared al abrirla con fuerza. Corrió escaleras arriba diciéndose a sí mismo que cuando la pillara la iba a estrangular con sus propias manos cuando escuchó un grito. Carl sintiendo que se le helaba la sangre miró hacia arriba antes de correr como alma que lleva el diablo. Al llegar al último piso sacó la pistola de su funda y abrió la puerta apuntando al pasillo para ver a uno de los de seguridad tirado en el suelo con el cuello rajado. La puerta del piso estaba abierta de par en par y se acercó lentamente.

—¿Roslyn? —gritó. Pasó sobre las piernas del de seguridad cuando algo le llamó la atención y se giró a toda prisa para ver un mechón de pelo pelirrojo en la pared del fondo. Corrió hacia allí y vio la abertura de la trampilla por donde se tiraba la basura. Jurando por lo bajo guardó su pistola antes de abrirla del todo y mirar dentro. —¿Roslyn! —Sin pensárselo se agarró al interior de la trampilla y levantó las piernas a pulso metiéndolas en el hueco antes de dejarse caer. Se golpeó con los laterales varias veces y gritó cuando ganó velocidad, antes de golpearse en el hombro con fuerza desgarrando la cazadora para caer sobre un montón de bolsas haciendo que varias explotaran. Se sentó de golpe llevándose la mano a la pistola y vio Roslyn tirada a su lado sin sentido. Se acercó a ella y le tocó el pulso ignorando que sangraba por la cabeza mientras miraba a su alrededor con la pistola en alto. —Vamos, nena... —Suspiró del alivio al sentir su latido y se puso de pie sobre la basura al escuchar pasos corriendo que se acercaban. —Venga, hijo de puta. Te estoy esperando —dijo por lo bajo apuntando hacia allí. Entonces vio los relucientes depósitos de gasoil para la calefacción donde se veía su imagen y fue cuando escuchó que el tipo se detenía antes de empezar a correr en dirección contraria. Se sujetó en el depósito de basura saltando al suelo para correr tras él ignorando el dolor del hombro. Vio su espalda saliendo por la puerta. —¡Alto al FBI! —Corrió hacia allí y abrió la puerta. Se detuvo apuntando

a un lado y a otro del pasillo. Con la respiración agitada escuchó atentamente pero no oía por qué lado había escapado y él no conocía el edificio. No estaba tan loco como para alejarse de Roslyn por seguirle y equivocarse poniéndola en riesgo. —¡Joder! —gritó furioso cerrando la puerta de golpe. Apretando los labios miró hacia atrás—. Voy a matar a ese cabrón.

Capítulo 4

Roslyn se despertó en la ambulancia al lado de su padre y la sorprendió al verle llorar. Confundida sin saber lo que había ocurrido cogió su mano. —¿Por qué lloras, papá? ¿Quién se ha muerto?

Su padre besó su mano antes de gritar que se dieran prisa. Mareada cerró los ojos y alguien palmeó su mejilla. Abrió los ojos para ver la mirada de su agente del FBI. Sonrió sintiéndose sin fuerzas. —Te has escapado. No vuelvas a hacerlo —dijo enfadado.

Sin entender de lo que le hablaba, vio que tenía el pecho desnudo y gruñía mirando a alguien que tenía al lado al que ella no podía ver porque tenía algo en el cuello que se lo impedía. Sin poder evitarlo miró su pecho y su corazón saltó. No se había equivocado nada. Era puro músculo y un vello oscuro cubría sus pectorales. No podía ver sus abdominales, pero se moría por verlos mientras sentía la boca seca. Escuchó como Carl preguntaba indignado —¿Qué hace?

—Hay que desinfectarlo.

Él apartó a quien le habló y se agachó sobre ella. —¿Quién era?

—¿Qué?

—Carl, está confusa —dijo su padre.

Puso sus brazos a ambos lados de su cuerpo. —Nena, subiste en el ascensor y al salir gritaste.

Recordando se quedó sin aliento viendo la imagen ante ella. —Estaba muerto. Bob estaba muerto.

—¿Qué pasó después?

—Corrí hacia el ascensor de nuevo, pero me cogió por detrás. —Se llevó la mano a su cuello. —Dijo que me quería.

—¿No le viste la cara?

Negó con la cabeza. —Me cogió por detrás.

—Nena, llevaba un traje gris claro. —Se acercó más a ella. —Piensa en su voz. Recuerda su tono, su volumen. Cierra los ojos. Es alguien que conoces. Alguien que te conoce muy bien...

Sus ojos se llenaron de lágrimas y los cerró recordando el cuerpo desmadejado de Bob y toda aquella sangre. Sintió el terror que la recorrió. Ni escuchó su grito queriendo huir. Volvió a experimentar el miedo cuando sintió que la ahogaba y como la pegó a su pecho. —Está en forma. No tiene barriga.

—Muy bien, nena. ¿Qué más?

Sintió su olor. —Usa el after-shave de papá.

—Céntrate en su voz.

Su aliento rozó su oreja antes de susurrar —Te quiero, Ros. —Abrió los ojos sorprendida sujetando el brazo de Carl. —Me llamó Ros.

Su padre la miró asombrado. —Hija, no puede ser.

—No la interrumpas.

—Es Kevin —dijo sin aliento.

Carl miró a Robert que había perdido el color. —¿Quién es Kevin?

—Mi ayudante. Lleva conmigo más de quince años. La conoce desde que era una cría. La trata como a una hermana pequeña.

—Solo él me llama Ros —dijo Roslyn echándose a llorar.

—¿Dónde vive?

—En el edificio al lado del mío. En el ático.

—Desde donde podía verla y controlarla. —Se sentó al lado de Roslyn. —¿Él sabía que te ibas? —Sorbió por la nariz asintiendo y Robert se llevó las manos a la cabeza. —Creía que te perdía. Es lo que ha provocado esto.

—Se alegró muchísimo cuando su prometido se casó —dijo Robert—. Lo vi en su rostro.

—Fue cuando empecé a recibir las flores.

—Y te envía los poemas porque sabe que te gustan.

—¡Pues vete a detenerle! —dijo su padre indignado.

—¡Hasta que no hagan la autopsia al cadáver y comprobemos que hay pruebas físicas no podemos hacer nada! ¡Es su palabra contra la nuestra!

—Las cámaras de seguridad.

—¿Y sabe que están allí? —preguntó con ironía.

Robert juró por lo bajo.

—Por eso entró sin forzar la cerradura, porque tiene llave. Tiene acceso a todo —susurró Roslyn mirando asustada a su padre—. Corre, padre. Ve a quitarle la clave de acceso en la empresa.

—No pienso dejarte sola.

—Yo me quedo con ella, Robert. Si quiere huir, y seguro que lo hace porque ha cometido un asesinato, debe estar convencido de que aún dispone de unas horas. Igual quiere irse bien forrado y si tiene acceso a las cuentas, es algo que no se pensará después de matar a un hombre.

La ambulancia se detuvo y Robert miró angustiado a su hija que dijo —No te separes de tus guardaespaldas, papá.

—Hija...

—¡Vete! ¡Protege la empresa! ¡Yo estoy bien!

Robert Carrington apretó los labios antes de que se abrieran las puertas de la ambulancia y

su padre fue hasta allí. Uno de los sanitarios le ayudó a bajar y Roslyn miró a Carl a los ojos. — Vendrá a por mí, ¿verdad? Ya lo ha perdido todo.

Sonrió y le acarició la sien con el pulgar. —No te separes de mí y no habrá problema. Nena, no vuelvas a hacerlo.

Deslizaron su camilla y Roslyn no pudo evitar mirarle a los ojos mientras lo hacían. Cuando entraba por la puerta intentó mirar hacia atrás asustada para verle a su lado con la pistolera y la camiseta manchada de sangre en la mano. —¿Y tu cazadora?

Hizo una mueca. —Gajes del oficio.

Vio que su hombro sangraba e iba a decir algo cuando un enfermero intentó detenerle cortándole el paso. —Es mi protegida. FBI. No puedo separarme de ella bajo ningún concepto — le dijo al enfermero.

—¿Carl? —preguntó asustada mientras la metían en un box.

—¡Estoy aquí, Roslyn!

—No puede pasar —dijo el enfermero—. Aquí está bien atendida.

—¡Me importa una mierda que seas el mismísimo premio nobel de medicina! ¡No voy a separarme de ella! ¡Vuelve a tocarme y te meto un paquete por obstrucción a la justicia que te cagas!

Dos segundos después entró en el box y Roslyn suspiró del alivio, aunque cambió su expresión cuando vio que una enfermera cogía unas tijeras. —¿Qué hace?

—Cortarle la ropa. No debemos moverla por si tiene una lesión en la espalda.

—¿Sabe lo que cuesta este conjunto? —preguntó escandalizada.

—Nena, seguro que tu padre te compra otro.

—Oye, que yo también tengo mi dinero, ¿sabes?

—Como no.

—¡Y tengo que administrarme! ¡Está todo carísimo!

Se sentó divertido en una silla. —¿Carl?

—Estoy aquí.

—No te veo.

—Nena, estoy algo cansado. Déjame descansar un poco.

—¡El sujetador no! ¡Es de la Perla!

Carl pasándose la mano por la nuca levantó la vista sin poder evitarlo para ver la blanca piel de su turgente pecho. Se tensó con fuerza viendo el endurecido pezón de color melocotón.

—¡Eso ha sido un sacrilegio!

—Lo sé —dijo la enfermera—. Igual se puede coser.

Roslyn gruñó demostrando que no había cosido en la vida. —¿Carl?

Él apartó la vista de su camilla. —Nena, creo que debería salir.

—¿Por qué? ¿No estás bien?

En su tono notó que se asustaba por él y Carl sonrió sin poder evitarlo porque era más inocente de lo que parecía. —Estás casi desnuda y...

Se sonrojó con fuerza por lo que pensaría de su cuerpo. ¿Le gustaría? —Ah... —Eso fue lo único que fue capaz de decir. Es que de verdad parecía tonta.

La enfermera sonrió cortándole las braguitas. —Enseguida la cubro con una sábana.

—Gracias. Él sí que está herido. Necesita asistencia. —Carl sintió algo en la boca del estómago que le incomodó, pero algo le impidió salir de allí cagando leches.

—Ahora mismo le revisan.

—Yo estoy bien. No me duele nada —dijo nerviosa.

—Te van a revisar, así que cierra la boca —dijo él muy tenso.

Se quedó en silencio mirando el techo sin entender por qué se había enfadado, pero era evidente que lo estaba. Pero claro, debía dolerle el hombro y encima todo era culpa suya. Mirando el techo pensó en Kevin. Dios, le conocía desde niña. Había asistido a sus cumpleaños, la había llevado al colegio, había sido el primero al que le había contado su primer beso. Fue él quien convenció a su padre para ir a Stanford y siempre había sido su aliado. Se le heló el corazón. —¿Carl?

—¿Qué! ¿No puedes estar callada?

—¿Carl ven!

Carl apareció a su lado a toda prisa y vio en sus ojos que estaba asustada. —Tienes que encontrarle.

—Le encontraré, no te preocupes.

—No, tienes que ir ahora a por él. Tiene el diario y él sabe descifrarlo —susurró muerta de miedo.

La miró sin comprender acercándose más y ella le cogió por el hombro para acercar el oído a su boca. —Nena, no te entiendo.

—No es un diario, diario. Es donde también apunto lo que... —Se mordió el labio inferior y él se incorporó un poco para mirar sus ojos. —En ese diario hay información muy delicada de mis enemigos.

Carl frunció el ceño. —¿De tus enemigos?

—De mi antiguo prometido, de una antigua compañera del colegio... Información que he ido recopilando para...

—¿Sobornarles? —preguntó muy tenso.

Le miró angustiada. —Tienes que encontrarle. Él puede descifrar de quien es cada cosa porque me conoce de toda la vida. Cuando lea los detalles... Papá...

Carl se acercó a su oído. —¿En ese diario tienes detalles de tu padre?

—Lo hice por la boda —respondió angustiada—. Pero me eché atrás.

—¿Puede dejarme explorar a la paciente? —preguntó exasperado un doctor que ni había visto.

—¡Cierra el pico! —Carl la miró a los ojos. —¿Por qué volvió al piso? ¿Qué quería encontrar cuando sabía que estabas en la casa de tu padre? —Negó con la cabeza sin saber a qué se refería. —Nena, piensa. No fue por ti y si le mató es porque estaba desesperado por entrar. Aproveché que fuimos hasta tu casa para intentar secuestrarte, pero no buscaba eso cuando fue. ¿Qué buscaba?

Intentó pensar en ello. —No lo sé.

—Hay que coserle en el hombro —dijo el doctor exasperado—. ¡Y ella necesita atención! Con un golpe en la cabeza puede estar confusa.

Carl apretó los labios. —Piensa, nena. Piensa qué necesitaba de tu piso como para arriesgarlo todo.

Ella palideció aferrándose a su brazo. —La memoria de USB con todo lo que encontró mi detective en estos años y... Las pruebas.

—¿Dónde está ese pen?

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No puedo decírtelo.

—Nena...

—Pondría en riesgo a mucha gente. Gente inocente que ya ha sufrido mucho.

—¡Tengo que saber si ya lo tiene!

Una lágrima cayó por su mejilla sintiendo que traicionaba a Melissa, a su padre. —¿No lo mirarás? Prométemelo.

—No voy a prometerte eso.

Él era agente de la ley. No podía decirle donde estaba, porque si lo encontraba y lo veía, algunas personas sufrirían las consecuencias. Nunca había usado realmente lo que había en esa memoria, pero sí que había ayudado a gente que había conocido a lo largo de los años. Pero algunas pruebas indicaban delitos que habían cometido otras personas y no iba a arriesgarse. Sobre todo con su padre.

Le miró fríamente. —No hace falta que me ayudes más. —Carl se tensó enderezándose. —Creo que es mejor que te vayas.

—Roslyn...

—Por favor, vete. —Cerró los ojos. —Me duele la cabeza.

—¿Quiere dejar que atienda a la paciente de una vez? —preguntó el médico mosqueado.

Dio un paso atrás observando como el médico abría uno de sus ojos y vio como una lágrima caía por su sien. —¡Salga de aquí! ¡Si es su guardián espere al otro lado de la puerta!

Carl se tensó porque Roslyn se negaba a mirarle como si estuviera asustada de él. De lo que podía descubrir. Apretó los labios frustrado. —Nena, no voy a detenerme ahora.

Le miró de reojo y vio en sus preciosos ojos verdes el temor. —Por favor...

—No pienso dejarlo. —Con rabia salió del box topándose con dos tipos de seguridad que eran fácil de reconocer porque iban de negro. —Como este tipo vuelva a acercarse a ella, os juro que voy a destriparos —siseó furioso.

—Sí, agente —dijeron los dos a la vez tensándose.

—¿Vais armados?

—Sí.

—¡Pues usarlas, joder!

Pasó ante ellos en dirección a la salida con ganas de matar a alguien y una enfermera le miró. —¿No quiere atención? —Carl salió por la puerta abatible y la enfermera suspiró. —Qué

hombre.

Capítulo 5

La puerta de la habitación privada donde esperaba los resultados de las pruebas se abrió y ella esperanzada rezó porque fuera el médico, pero entró su padre que sonrió al verla sentada en la cama ya sin el collarín. —¿Cómo estás, hija?

Al ver en sus ojos la preocupación por ella se echó a llorar sin poder evitarlo y Robert inquieto cerró la puerta acercándose a toda prisa—Eh, ¿qué ocurre, mi niña?

—Papá... —¿Cómo iba a decirle que le había traicionado? La decepción sería enorme.

Se sentó a su lado cogiendo su mano. —Esto no es culpa tuya. Está loco. No debes preocuparte por la empresa. Está blindada al exterior. Su clave de acceso ha sido revocada y han revisado todas sus acciones del día de hoy. Todo va bien. —Se mordió el labio inferior asintiendo y se pasó la mano libre por los ojos. —¿Te duele la cabeza?

Roslyn sollozó negando antes de levantar la vista de nuevo hacia él. —Papá, te juro que lo siento.

Robert suspiró. —Ya te he dicho...

—Te he espiado. —La miró sin comprender y gimió. —Lo siento. Te juro que ahora lo siento muchísimo —dijo atropelladamente—. Pero como te negabas a mi relación con Steven...

—¿Qué relación? —preguntó entrecerrando los ojos—. ¿Te has acostado con ese idiota?

Se sonrojó. —Papá, eso es algo íntimo.

—¡Me prometiste que esperarías hasta la boda!

—¡Tenía dieciséis años!

Su padre perdió todo el color de la cara. —¡Hija, no me digas que estás esperando un hijo

de ese descerebrado porque entonces sí que está muerto!

—¡Qué no! —respondió con horror—. ¿Por qué has llegado a esa conclusión? ¿Te estaba diciendo que te he espiado y llegas a eso?

Parpadeó sorprendido. —¿Espiado? Yo no tengo secretos para ti, cielo.

—Ja.

—¡Roslyn!

Le miró de reojo. —Me he enterado de lo que hiciste con la plataforma en Méjico el año pasado.

Su padre se tensó. —Nena, esa fue una decisión de negocios. ¿Y cómo te has enterado de eso?

Levantó la barbilla. —Por el reloj.

Robert no comprendía lo que le decía —Nena, ¿te duele mucho la cabeza?

—Por el reloj, papá. —Cogió su muñeca y se la levantó para mostrarle el Rolex que le había regalado por su cumpleaños el año anterior. —¡Tiene un micro!

—¡La madre que me parió! —exclamó horrorizado levantándose de golpe—. ¿Escuchas todo lo que digo?

Como un tomate asintió. —No sé qué pasa, pero he cogido un vicio...

Su padre puso los brazos en jarras. —¿Cómo has dicho?

—¡Fue culpa tuya!

—¿Cómo has dicho? —preguntó más alto.

—Si no me hubieras comprometido...

Robert se pasó una mano por la nuca nervioso. —¡Vamos a ver que no me entero de lo que está pasando y sabes que eso me saca de mis casillas, Roslyn!

Le miró arrepentida. —Cuando me comprometiste contraté un detective para encontrar los

trapos sucios de ese novio tan perfecto. Para librarme de él.

Su padre entrecerró los ojos. —Es que siempre has sido muy lista. ¿Y encontraste algo?

—¡Papá!

Gruñó acercándose. —Bueno, ¿y?

—Y a lo largo de estos años se ha convertido en una costumbre... Muy fea lo reconozco, pero muy interesante. —Abrió los ojos como platos. —No tienes ni idea de lo que oculta la gente.

—¿Si? Cuenta, cuenta. —Se sentó a su lado.

—¡Papá!

Robert se sonrojó ligeramente. —¡Es por entender la situación!

—¡Eres tan cotilla como yo! —Le miró con desconfianza. —Me has puesto un detective, ¿verdad? ¡Por eso la pregunta de si me había acostado con Steven!

Su padre se miró las uñas. —Necesito una manicura.

—¡Increíble!

—¡Lo dice la que espía a su propio padre!

—¡Y yo soy tu hija!

—No es lo mismo. ¡Yo tengo que protegerte!

Gruñó cruzándose de brazos. —Bueno, el hecho es que lo contaba todo en el diario. Con siglas por si lo leía la doncella. Ya sabes que son muy cotillas.

—¿Has dejado información tan delicada a manos de cualquiera? —preguntó a los cuatro vientos—. ¿Para qué te puse una caja fuerte en tu piso?

—¿Para las joyas?

Robert se pasó una mano por el poco pelo que tenía. —Vamos a ver, estamos hablando del diario que se llevó Kevin, ¿no es cierto?

—Sí.

—Él sabe lo de México. No hay problema. Si quisiera joderme ya lo habría hecho.

—Ya, ¿pero si le detienen no puede delatarte?

—No tiene pruebas.

—No, las pruebas las tengo yo. Tiene el diario y entró en mi casa de nuevo. Buscando el USB seguramente. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —La doncella y la cocinera no estaban allí, ¿verdad? Tenían los días libres porque estaba en tu casa, ¿no es cierto?

Sonrió para tranquilizarla. —Sí, cielo. No les ha pasado nada. —Suspiró del alivio y se miró las manos. Robert negó con la cabeza. —No es culpa tuya.

—Si no hubiera escrito ese diario...

—Y si yo no hubiera contratado a Kevin nada de esto habría pasado, ¿pero quién iba a decir que perdería un tornillo? Ahora hay que solucionar esto.

Ella le miró resolutiva. —Tienes que ir a mi piso y averiguar si ha encontrado el pen drive. ¡Y no lo mires!

—No, claro que no. ¿Dónde está? —preguntó como si nada.

—¡Papá!

—Vamos, hija... no perdamos el tiempo. Dime dónde está que yo me encargo de todo. ¿Has regalado muchos relojes?

Increíble. No podía fiarse de que él tampoco mirara el pen y con la manía que le tenía a su exprometido no dudaba que lo utilizara contra él. Se cruzó de brazos. —No te preocupes, ya me encargaré yo.

—¡Roslyn! ¿No te fías de tu padre?

—¡Papá, qué pregunta más tonta!

—¡Hija! —exclamó ofendido.

—Y deja de fastidiarme con Steven o me chivo al señor Rossemberg de que te beneficias a su mujer. —Su padre se puso como un tomate. —¡Y no es la única! ¿Con la doncella, papá? ¡Mary lleva con nosotros muchos años!

Rojo como un tomate farfulló —Es que ya hay confianza.

—¡Muy bonito!

—No lo harías. No te chivarías a Rossemberg porque sería un escándalo. ¡Y soy tu padre!

Gruñó de nuevo antes de mirarle con rencor. —Tú no dudarías en usarlo para que me plegara a tus deseos. ¡Voy a casarme con Steven!

—¡Sí, ya! ¿Dónde está el pen drive?

—¿Crees que no le conozco? ¡Mejor que a ti!

La miró asombrado. —¿Le has regalado un reloj?

Se sonrojó ligeramente levantando la barbilla. —Pues...

—¿Y todavía quieres casarte con él?

—Es inofensivo, papá. Y me comprende. Me ha demostrado que es un amigo.

—¡No te casas con un amigo!

—¡Tú querías casarme con un desconocido!

—¡Un desconocido de categoría! ¡Mírale, en la cima!

Sonrió por su indignación. —Nosotros ya estamos en la cima, papá. No necesitamos a nadie.

A Robert se le cortó el aliento. —Eso no es cierto, cielo. Todo el mundo necesita a alguien en su vida. —Se sentó a su lado y cogió su mano. —¿Crees que no necesito a nadie?

—Bueno, a mí —respondió avergonzada.

—¿Por qué crees que me he casado seis veces?

—¿Por hastío? —preguntó dudosa—. ¡Porque es obvio que sexo no te falta!

Robert volvió a sonrojarse. —¿Quieres dejar ese tema a un lado?

—Pues tú no te cortas al preguntarme si me he acostado con Steven. —Se quedaron en silencio unos minutos y ella le miró de reojo. —¿Por qué te casaste seis veces? No las amabas, a ninguna, por mucho que te mientas a ti mismo.

Robert suspiró. —A veces esta vida puede ser muy solitaria. No sabes en quien confiar —dijo irónico—. Y Kevin es prueba de ello.

—Y que tu hija te espíe tampoco es un buen indicativo —dijo arrepentida.

—No es extraño que hayas salido así con el padre que tienes. —Acarició su mano. —Me he casado seis veces porque buscaba una compañera, alguien que me comprendiera, que me quisiera. Tenía la esperanza de conseguirlo en esas seis ocasiones. Pero demostraron que no me conocían en absoluto. Al principio había pasión, pero luego todo eso fue desapareciendo por las discusiones a causa de mi trabajo, hasta no quedar nada más que el desprecio.

—Lo siento, papá. Siento que no la hayas encontrado.

—Ahora dime la verdad, ¿por qué quieres casarte con él? ¿Por qué te has empeñado en esto?

Le miró a los ojos. —Porque no quiero pasar por lo mismo que tú. Tus decepciones para empezar de nuevo sin ninguna esperanza de que funcione. Realmente no las conocías. Lo vi con las dos últimas. Te dejaste llevar, pero parecías rendido ya desde el principio.

Robert hizo una mueca. —Es que las dos últimas mostraron sus garras mucho antes. Bendito contrato prematrimonial. Quien lo inventó fue un genio.

Roslyn hizo una mueca. —No quiero que me pase eso. Conozco a Steven, le conozco muy bien, te lo aseguro. Puede que le veas como un estúpido, pero tiene buen fondo.

—Pues ese que tiene tan buen fondo intentó que echaran a Carl después de que éste le rompiera la nariz. —Lo miró sorprendida. —Nuestro agente me lo contó por encima y tuve

curiosidad. Llamé a mi contacto del FBI y me lo relató todo. Estaban en una discoteca y Kevin se pasó. Carl estaba borracho y no midió sus fuerzas.

Le miró asombrada. —¿Fue Carl? Escuche a Steven diciendo que había sido un agente, pero creía que era de policía.

—Fue Carl. Estaba suspendido cuando le llamaron para encargarse de nuestro caso. Y todo por culpa de Steven.

Apretó sus labios. —Puede ser algo caprichoso.

—Hija, no le soportarías ni tres meses.

—¡Es que tú quieres que me case con un empresario como si yo fuera un florero! ¡No necesito que mi marido dirija mi empresa!

La miró asombrado. —Pero hija...

—¡Reconócelo! ¡No quieres que trabaje contigo! ¡Me has dado largas desde que salí de la universidad!

Robert apretó los labios. —No quería que te enfrentaras a esto tú sola.

—Siempre intentas protegerme y no podrás hacerlo siempre. Cuando tú faltes, ¿cómo voy a enfrentarme a todo si no estoy preparada, papá? ¿Cómo voy a llevar mi empresa? No me respetarán. Pensarán lo que piensan todos, que soy una niña rica que no tiene ni idea de lo que tiene en sus manos.

—¡Fuiste número uno de tu promoción! ¡Eres mil veces más inteligente que yo!

—Pero tú te has ganado el respeto, papá. Yo aún no he demostrado nada.

Robert apretó los labios antes de sonreír con tristeza. —Soy un padre horrible, ¿verdad?

—¿Qué dices? —preguntó indignada—. ¡Eres el mejor padre del mundo! ¡Y el mejor empresario!

Robert sonrió acariciándole la mejilla. —Me diste el reloj cuando te graduaste. ¿Has

aprendido mucho?

Sonrió maliciosa. —Estuviste brillante en la junta de accionistas de hace tres meses.

—Sí, pero perdí las plataformas de Indonesia.

Rió por lo bajo. —Es que Calvert y Melissa te la tenían guardada por tu empeño con ese compromiso absurdo.

—Qué pena que no trabajen para mí —dijo molesto—. Son un tándem increíble.

—¿Eso buscabas, papá? ¿Que mi marido y yo fuéramos así?

Él asintió. —Pero no hay problema. Le he echado el ojo a un hombre que es perfecto para ti.

—Papá...

—¡Steven está descartado! ¡Porque no me has dicho que le amas ni una sola vez! —Roslyn le miró sorprendida porque tenía razón. —¿Me oyes? ¡Y quiero que tu marido te quiera por encima de todo! ¡Y que tú le ames a él! ¡Ya que no voy a tener un yerno que dirija mi empresa, quiero alguien que te apoye cuando lo hagas tú!

Le miró sorprendida antes de chillar de la alegría y le abrazó encantada. —Gracias, gracias.

Robert la abrazó acariciando su espalda. —Ahora tenemos que convencerle a él que eso sí que va a ser difícil.

Se apartó para mirar sus ojos castaños. —¿A él? Papá...

—Déjame a mí, que te va a gustar mucho.

Bueno, ya se lo quitaría de la cabeza. De momento iba a disfrutar de su triunfo que era todo un hito. Estaba deseando empezar porque tenía mil ideas. Pero antes tenían que solucionar lo de Kevin. —¿La policía sabe lo que está ocurriendo, papá? Por aquí no se ha pasado nadie todavía.

—Carl se encarga de la investigación. No tienen que interrogarte. Él sabe lo del diario, eso puede ser un problema.

Asintió preocupada. —Pero no le he dicho dónde está el pen.

—Has hecho bien. —Hizo una mueca. —Aunque no es un agente del FBI al uso, pero eso es comprensible por el trabajo que realiza habitualmente. De todas maneras debemos ser prudentes.

—¿El trabajo que realiza? ¿De qué se encarga?

—Es un infiltrado, hija. Traficantes de droga. Ese es su trabajo habitual y es el mejor.

Ella perdió parte del color de la cara. —Pero eso es muy peligroso, ¿no?

Robert asintió. —Mucho. Yo diría que es el trabajo más peligroso, porque está entre delincuentes a todas horas amoldándose a su manera de vivir para descubrir sus delitos.

Miró a su padre con miedo. —¿Y si encuentra el pen?

—Dime dónde está, cielo. Lo necesitamos.

—¿Lo destruirás sin mirarlo? Si no me lo prometes no te lo digo. No quiero que te tomes la revancha con mis amigos.

Gruñó levantándose. —Muy bien, te lo prometo.

—¿Le estás metiendo una bola a tu propia hija? ¿Sangre de tu sangre?

—¡Suéltalo de una vez!

—¿Cómo me defraudes no te lo perdonaré nunca! ¿Me has entendido?

—¡Amenazas a mí no, Roslyn! ¡Además nunca las cumples! ¿Dónde está?

Igual tenía que empezar a ser más dura. Se cruzó de brazos mirándole fijamente. —Carl no dará con él. Está muy bien guardado.

La puerta se abrió de golpe y allí estaba su agente del FBI que parecía que le había pasado un camión por encima. Ni se había cambiado la camiseta que seguía destrozada y manchada de

sangre. Lo que sí la sorprendió es que no iba armado. —¿Y tu pistola?

La señaló con el dedo antes de señalar a su padre. Tenía un cabreo de primera. —Vosotros dos... —Parecía que no le salían las palabras antes de dar un paso hacia ella como si quisiera estrangularla. —Nena...

—¿Si?

—¿Se puede saber qué coño es esto?

Levantó el pen blanco que tenía escondido en el tubo de las píldoras para su dolor menstrual y ella abrió los ojos con admiración. —Eres buenísimo.

—¡Corta el rollo! ¡Sois unos delincuentes! —Señaló a Robert. —Has sobornado a varios del sindicato de tu plataforma en México.

Robert bufó. —Eso lo hace todo el mundo.

—¿No me digas, Al Capone? —Dio un paso hacia él que se sonrojó ligeramente. —Ya te pillaré. —Se volvió de golpe hacia ella que se sobresaltó por su mirada que prometía sangre. —Y a ti, chantajista de medio pelo...

—¡No he chantajado a nadie! —Lo pensó mejor porque igual se enteraba. —Bueno, la matrícula de honor en estadística no fue exactamente la nota que me habían puesto al principio, pero había estudiado muchísimo.

Robert la miró sorprendido. —¿Y qué utilizaste?

—Se tiraba a una alumna, papá. Fue pan comido.

Los Carrington se chocaron las manos dejándole atónito. —¡Eso es ilegal!

—Lo dice el que pega puñetazos en la discoteca —dijo ella con sorna—. Vamos, ¿siempre has sido un intachable agente del FBI? Lo que pasa es que tú tienes una placa y por lo visto lo haces en nombre de la ley. —Levantó la barbilla molesta. —Yo lo hago por proteger mi vida. ¡Y nunca me he pasado demasiado! ¡Yo controlo!

—¿Controlas? —siseó—. ¡Si hasta has investigado a tu padre!

Hizo una mueca. —Papá me comprende.

—Porque seguro que es igual que tú.

Los Carrington se miraron orgullosos como si hubiera dicho el mejor piropo del mundo.
—Te quiero, hija.

—Y yo a ti, papá.

—¡Estáis mal de la cabeza!

Roslyn alargó la mano. —¿Me lo devuelves, por favor?

—¡Más quisieras! ¡Son pruebas!

Ella entrecerró los ojos. —Pruebas, ¿eh? —Se tiró sobre él agarrándole de su cabello y Carl gritando de la sorpresa dio dos pasos hacia atrás sujetándola del trasero desnudo dejando caer el pen al suelo. —¡Cógelo, papá!

Carl gruñó furioso. —¡Nena, me has cabreado! —La tiró sobre la cama mientras Robert se agachaba para coger el pen ante sus pies, pero antes de tocarlo el cañón de una pistola estaba ante su rostro. —Tócalo y te detendré en el acto añadiendo el delito de agresión a un agente de la ley.

Roslyn se arrodilló sobre la cama. —¡No le apuntes! ¿Y si se te dispara? ¡Aparta!

La apuntó a ella que jadeó indignada. —Estate quieta. Robert, en pie y aléjate.

—¡No le detengas!

Su padre se incorporó lentamente. —No le hagas daño a mi hija.

—No le va a pasar nada, de momento. Antes tengo que pillar a ese cabrón. Después hablaremos. —Sin dejar de apuntarla se agachó cogiendo el pen del suelo y se lo metió en el bolsillo del vaquero mientras los Carrington no perdían detalle antes de mirarse a los ojos con decisión. Carl dejó caer la mano con el arma y se pasó la otra mano por su cabello despeinándose aún más. —Joder... Esto me pasa por codearme con pijos.

—Sí, como si los traficantes tuvieran muchos escrúpulos —replicó ella.

—Bien dicho, hija. —Su padre sonrió orgulloso—. Fue a un grupo de debate y ganó un concurso nacional, ¿sabes? —Carl le miró como si le hubieran salido dos cabezas. —Era solo para informarte.

Su padre no era dado a contar sus triunfos y si lo hacía era porque quería impresionar a alguien. ¿Y por qué iba a querer impresionar a Carl? Abrió los ojos como platos viendo su sonrisa de satisfacción.

—¡No necesito que me informes de nada! —gritó Carl furioso—. Mirad, esto va a ir así a partir de ahora. ¡Haréis todo lo que os ordene y cuando coja a ese cabrón hablaremos de esto!

—Ah, que no vas a entregarnos —dijo su padre acercándose y dándole una palmada en el hombro—. Sabía que serías comprensivo.

—¡Hablaremos de la reducción de pena por colaborar con la justicia! —le gritó a la cara antes de ir hacia la puerta—. Voy a buscar a ese cabrón. —Se volvió de golpe y la señaló con el dedo. —Te quiero en casa de tu padre. He hablado con Chávez y va a doblar la seguridad. Dos hombres fuera de casa y dos en el salón.

Roslyn le miró a los ojos. —¿Y tú? Dijiste que no me separara de ti. Lo dijiste.

—Nena, voy a buscarle no vaya a ser que se escape. Te llamaré en una hora. Van a darte el alta. Robert, no la pierdas de vista. Ya les he dicho a los chicos que os protejan de la prensa. No hagáis comentarios

—¿La prensa?

—Se han puesto como locos. Era lo que te faltaba, un acosador —dijo antes de irse.

Su padre sonrió satisfecho tirando de la cinturilla de su pantalón y ella le miró con asombro porque sabía lo que estaba pensando. Tenía la misma mirada que cuando la comprometió la última vez. —¡Papá!

—Es perfecto, hija. No me discutas. —Fue hasta la puerta. —Además tienes que recuperar

el pen. Sé que tú puedes. El buen nombre de los Carrington está en juego. Voy a hablar con el médico que ya hemos esperado bastante.

Asombrada miró la pared de enfrente. ¿Cómo iba a ser perfecto? Era todo lo contrario a lo que necesitaba en un marido. Era rudo, no tenía tacto, su ropa y su aspecto eran un desastre, la trataba como una cría... Su corazón saltó en su pecho. Pero le hacía sentir cosas emocionantes. A su lado se sentía como una mujer y cuando la miró en el ascensor su deseo fue arrollador. ¡Pero era un agente del FBI! Un infiltrado, además. Entrecerró los ojos. Bueno, si podía infiltrarse entre lo más bajo de la sociedad no le costaría hacer lo contrario con lo listo que era. Sonrió maliciosa. Su padre sí que era inteligente. Puede que esta vez le hiciera caso.

Capítulo 6

Escuchó a gente hablar en el piso de abajo y se puso su bata de seda color melocotón a toda prisa, sacando sus rizos pelirrojos para ir inmediatamente hacia la puerta. Corrió hacia la escalera para mirar por la barandilla y respiró del alivio al ver a Carl tomándose una cerveza con su padre, mientras sus guardaespaldas estaban de pie al lado de la escalera. Carl miró hacia arriba y apretó los labios. —Chicos, podéis iros. Que revisen el edificio. Los sótanos también.

Los de seguridad asintieron antes de salir del piso. Roslyn bajó las escaleras. Sus rizos pelirrojos sueltos hasta sus caderas enmarcaban su precioso rostro y su padre sonrió diciendo —Igualita que su madre. —Suspiró levantándose. —Yo me retiro. Ha sido un día de muchas emociones. Me voy a la cama.

—Que descanses, papá.

Robert besó su mejilla cuando pasó a su lado, pero ella solo miraba a Carl. Dio un paso hacia él. —¿Se sabe algo?

—No estaba en su apartamento. Están buscando su coche y no se ha subido a ningún avión. Están revisando los vuelos privados, pero no creo que le haya dado tiempo a irse por ese medio.

—Eso si se ha ido. Tú crees que no.

—Joder, nena.... Tenía que intentarlo.

Sonrió acercándose a él y con cuidado subió la manga de su camiseta mostrando la herida sin curar. —Se te va a infectar.

—Estoy bien. Deberías irte a la cama.

—¿Has comido algo?

Carl entrecerró los ojos sin contestar antes de beber de la boca de la botella y Roslyn como si nada fue hasta la cocina porque el servicio ya se había ido a casa. Fue hasta la enorme nevera y abrió una de las puertas. Cogió el sándwich que le había dicho a la cocinera que preparara y se volvió sorprendiéndose al verle justo tras ella. Carl miró hacia abajo levantando una ceja. —Pedí que te lo prepararan —susurró incómoda—. Creía que tendrías hambre. —La miró a los ojos de tal manera que su estómago dio un vuelco. —Yo no sé cocinar.

Cogió su plato poniéndolo sobre la encimera antes de dar un paso hacia ella pegándola a la puerta del frigorífico. Sin aliento levantó su rostro hacia él sintiendo como sus pezones se endurecían contra su pecho. Carl apoyó sus manos a cada lado de su rostro y bajó la vista hacia sus labios haciendo que su corazón saltara de felicidad. —¿Has cambiado de opinión, nena?

—¿Sobre qué?

—Sobre casarte con ese niño. —Se acercó a su oído haciendo que cerrara los ojos por el deseo que la recorrió. —Que bien hueles, preciosa. —Su nariz rozó el lóbulo de su oreja. —¿Tiemblas? Eso es que has cambiado de opinión. —Suspiró alejándose para mirarla a los ojos. —Es una pena que no folle con delincuentes, porque tienes pinta de ser exactamente lo que me gusta. —Sintió que todo su cuerpo se derretía en ese momento y miró sus labios. —¿Un beso? ¿Eso quieres? —preguntó con voz ronca pegando su cuerpo al suyo. Él agachó su cabeza lentamente y sintiendo que su corazón se aceleraba separó sus gruesos labios de anticipación. Cuando rozó su labio inferior todo su ser tembló por el placer que la recorrió y sintió como su corazón lloraba por él necesitando más, mucho más. Carl sin dejar de mirarla se alejó de ella cogiendo el plato del sándwich y saliendo de la cocina.

Se sujetó a la barra de la nevera jadeando de la indignación. ¡Eso no era un beso! ¡Ella quería mucho más! ¡No podía dejarla así! Sin darse cuenta se tocó los pechos y se los miró impresionada. ¡Los tenía más duros! Entrecerró los ojos. ¿Sería su reloj biológico gritando que ya era hora de usar una parte de su cuerpo que estaba como cuando su madre la trajo al mundo? Nunca había sentido esa necesidad. Era casi arrolladora. Ahora no le extrañaban nada las locuras

que llegaban a hacer sus amigas por sus parejas. ¡Si la tocaba y no le importaba nada más! ¡Aquello era maravilloso! Pero él no quería acostarse con ella. ¿Delincuente? Ella no era una delincuente. Es que de verdad... Frunció el entrecejo. Igual es que no sabía seducirle. En realidad ella no había hecho nada. A lo mejor si se soltaba un poco... Pero de manera sutil. Que no pensara que estaba desesperada por sus huesitos. ¡Dios, y esa mañana ni sabía que existía! La vida daba unas sorpresas...

Tomando aire caminó por el suelo de mármol empujando la puerta y allí estaba terminándose el sándwich mientras veía los deportes en la televisión.

—Nena, ¿me traes otra cerveza?

Parpadeó asombrada. ¡Él no parecía afectado en absoluto! De hecho apoyó los pies sobre la mesa de diseño de seis mil pavos como si nada soltando un eructo antes de beber del botellín lo que quedaba de su cerveza. Carl giró la cabeza tragando. —Nena, la cerveza.

—¡Cógela tú! —chilló sin poder evitarlo antes de caminar furiosa hasta las escaleras.

La miró como si estuviera mal de la cabeza. —¿Qué ocurre?

—¿Qué te den!

Siguió subiendo los escalones cuando le escuchó susurrar —Mujeres, todas están locas.

Jadeó indignada volviéndose. —¡Capullo! —Sorprendida vio que intentaba parecer cabreado, pero en realidad estaba a punto de reírse. ¿Quería cabrearla a propósito? Roslyn enderezó la espalda. —¿Carl?

—¿Sí, nena?

—¿Sabes una cosa?

—¿Es del caso? —preguntó como si estuviera aburrido.

—Sí.

Ahí tuvo toda su atención y ella disimuló su triunfo poniendo cara de niña buena. —¿Esto

que está ocurriendo es culpa mía?

—No, preciosa. Está chiflado, eso es todo. Le dio por ti como podía haberle dado por su vecina del cuarto.

—¿Entonces que hablara de sexo con él no tiene nada que ver? ¿No le provoqué ni nada por el estilo?

Carl enderezó la espalda bajando las piernas de la mesa. —¿De sexo?

—Hace tres años vino a casa en Navidades. Yo estaba de vacaciones en la universidad y...

—Continúa.

Ella bajó un escalón haciendo que no se daba cuenta que su bata se deslizaba por su hombro dejándolo al descubierto. —Yo estaba leyendo un libro hindú sobre técnicas de sexo y me preguntó si ya lo había puesto en práctica. —Se sonrojó ligeramente mientras Carl se tensaba aún más levantándose. —Le respondí que no, que solo lo leía por curiosidad.

—¿Y qué te dijo él?

—Que hacía bien en esperar a la pareja adecuada. —La miró incrédulo y ella se sonrojó aún más. —Aunque por supuesto yo tenía que respetar el compromiso. Creía que se refería a mi prometido, pero ahora creo que no. ¿Tú qué opinas?

Él carraspeó dando un paso hacia ella. —Nena, ¿me estás diciendo que eres virgen?

—Sí, pero ya que me has dicho que no es culpa mía, dormiré mucho más tranquila. — Sonrió radiante haciéndole bizquear. —Buenas noches. —Se volvió subiendo los escalones que quedaban y cuando llegó arriba le miró. —Puedes dormir en la habitación de al lado a la mía. Es la de invitados. Que duermas bien —dijo como buena anfitriona antes de desaparecer de su vista. Sonrió maliciosa entrando en su habitación. Al parecer los libros de psicología que había leído le iban a servir de algo.

Apenas veinte minutos después tumbada boca abajo abrazando su almohada, fingía dormir mientras se abría la puerta. Sin moverse le sintió a su lado, observándola, y a punto estuvo de abrir los ojos, pero él se movió y su corazón casi se le sale del pecho cuando cogió uno de sus rizos y lo acarició entre sus dedos rozándole el hombro con el dorso del dedo. Le escuchó jurar por lo bajo antes de alejarse de ella yendo hacia la puerta.

—¿Carl?

Él se volvió muy tenso y simuló despertarse. —Sí nena, soy yo. Duérmete. Quería comprobar que estabas bien. —Abrió la puerta.

—Estoy bien gracias a ti —susurró antes de cerrar los ojos de nuevo.

Carl sorprendido la vio girarse para volverse hacia el otro lado, destapándose y mostrando la espalda que su camiseta dejaba al descubierto, que era casi toda. Dejó caer la mandíbula al ver un tatuaje de una rosa blanca dentro de un círculo de espinas. Pero no era el tatuaje marcado que se hacía todo el mundo. Era una unión de tonalidades muy suaves que parecían que salían de la misma piel. Quien se lo había hecho era un artista de primera. Recorrió el dibujo viendo como las espinas descendían ocultándose bajo el camiseta. Tragó saliva saliendo de la habitación. Esa noche no iba a pegar ojo pensando en las puñeteras espinas.

En cuanto cerró la puerta ella se sentó en la cama entrecerrando los ojos. Era duro de pelar. De repente sonrió. Qué mono. La había acariciado cuando creía que no se enteraba. Ese estaba en el bote. Sonriendo encantada abrazó la almohada de nuevo. Solo tenía que convencerle de que no era una delincuente. Igual lo que había visto en el pen le echaba para atrás, pero delincuente lo que se dice delincuente, no era. Bah, superaría sus dudas porque ahora estaba segura de que le gustaba. Serían muy felices juntos. De repente frunció el ceño. Tendría que llamar a Steven en algún momento para cancelar la boda. Estaba descartado totalmente porque ahora sus planes habían cambiado. Carl los había cambiado, así que era culpa suya que tuviera que cargar

con ella. Porque con su vida sería una carga para él. Pero era fuerte y muy inteligente, lo superaría. Que era una delincuente, ¿de dónde habría sacado esa ridícula idea?

Sentada a la mesa del desayuno leyendo el periódico se metió un pedazo de croissant en la boca y masticó revisando las acciones. —Uy, papá... las Looks han bajado. ¿Te dio tiempo a vender con todo esto que ha pasado?

—Sí, cielo.

Sonrió satisfecha. —Bien. —Pasó la hoja y escuchó como se abría la puerta de arriba.

—Cielo, sobre el pen...

—Estoy en ello, papá. No me apures. —Miró hacia allí para ver como su Carl les observaba desde la barandilla con la misma ropa del día anterior y cara de no haber pegado ojo.

—Buenos días. ¿No tenías ropa en tu habitación? La encargué para ti. Estará en el armario.

Parpadeó sorprendido. —¿Ropa para mí?

—No ibas a ir siempre así vestido y como no puedes separarte de mí... ¿Por qué no te cambias? —Sonrió radiante. —Espero haber acertado con la talla. Estarás más cómodo que con esa camiseta llena de sangre, ya verás.

La miró con desconfianza antes de regresar a la habitación y su padre sonrió satisfecho. —Tú sabrás llevarle por el camino correcto.

—Por supuesto, papá. Ya me conoces. ¿Te has quitado el reloj? ¿No tienes junta hoy?

—Hija, ya no tienes que espiar. A partir de ahora estarás en primera línea.

Levantó la vista del periódico sorprendida. —¿Hoy? —Chilló de la alegría levantándose y se tiró a su padre cubriéndole de besos.

Robert se echó a reír y en ese momento salió Carl en calzoncillos con la pistola en la

mano. —¿Qué? ¿Qué pasa?

Los dos miraron hacia arriba y Roslyn dejó caer la mandíbula comiéndoselo con los ojos. Nunca había visto unos abdominales iguales. Ni los de las revistas y mucho menos en directo. Sus preciosos ojos verde esmeralda brillaron recorriendo aquellos músculos hasta el ombligo que quedó oculto por la barandilla. Se le secó la boca al notar su sexo tras los calzoncillos de Calvin Klein que le había comprado. Su padre carraspeó a su lado. —No pasa nada, hijo. Estamos de celebración.

Qué muslos tenía, pensó ella viendo el vello oscuro que los recorría. Así sin depilar, todo un hombre.

—¿Nena?

Le miró a los ojos y él se tensó bajando la pistola. —¿Estás bien?

Asintió sin ser capaz de decir una palabra que no fuera llévame a la cama más cercana. Hasta el sofá le valía.

Su padre volvió a carraspear y ahí fue consciente de su presencia haciendo que se sonrojara con fuerza. —Mejor me visto.

—Sí, cielo. No puedes ir a la junta en camisón.

—¿Junta? ¿Qué junta? —ladró Carl desde arriba mosqueado—. Ella no va a salir de este piso.

—Hijo, solo serán un par de horas. Es una junta de administración importante y debe asistir para ponerse en rodaje. ¡Mi hija va a dirigir mi empresa! —exclamó orgulloso.

Carl miró a Roslyn que subía las escaleras a toda prisa queriendo echar un vistazo a su retaguardia. —Al parecer están cambiando mucho las cosas por aquí, ¿no preciosa?

—Y más que van a cambiar. —Pasó tras él echándole una buena mirada a su trasero y gimió por dentro porque tenía pinta de estar tan duro como todo lo demás. Carl se volvió pillándola y Roslyn sonrió. —Te quedan bien los calzoncillos. ¿Son de tu talla?

—Me quedan pequeños —gruñó siguiéndola.

—Tomo nota —dijo para sí antes de entrar en su habitación cerrándole la puerta en las narices para ir hasta el vestidor a toda prisa.

Salió con un traje blanco de chaqueta casi chocándose con él. —¡Nena, no vas a ir a ningún sitio! —Cogió el traje de su mano tirándolo dentro.

Jadeó indignada. —¡Es un Stella McCartney!

—¿Un qué? —preguntó sin tener ni idea de lo que hablaba.

Gruñó entrando de nuevo y recogiendo del suelo. —Claro que voy a ir.

—¡De eso nada! ¡Ese pirado conoce la empresa muy bien y no pienso darle el gusto de poder llegar a ti!

—¡Mira, llevo esperando este momento un año y medio! ¡Voy a ir! —Le señaló con el dedo. —¡He trabajado muchísimo para conseguir esta oportunidad, así que no va a fastidiármela ni Kevin ni nadie! ¿Me has entendido? —gritó a los cuatro vientos.

Carl dijo algo por lo bajo desapareciendo de su vista y ella sacó la cabeza del vestidor estirando el cuello. —Pero no te enfades —dijo más suavemente.

Él se volvió con la puerta abierta y gruñó antes de salir dando un portazo. Roslyn sonrió. —He ganado... Este es fácil de convencer. Creía que tendría que soltar más gritos para imponerme. —Sonrió de oreja a oreja. —Que bien me comprende.

—¡Será una broma! —gritó indignada viendo el chaleco antibalas que había puesto ante su rostro.

—Tú decides. O sales con esto o no sales.

—¡No me entra dentro del traje! —dijo asombrada viendo su grosor—. ¡Y ni muerta me lo

pondré encima!

Él acercó su rostro quedándose a dos centímetros de su nariz. —¡Yo me he puesto esto, así que te pondrás el chaleco!

Ella miró su camisa y sus pantalones de pinzas negros. Sonrió al ver sus zapatos italianos. Estaba tan guapo que quitaba el aliento. —Te queda muy bien. —Miró sus ojos. —¿No te gusta?

—Nena, te lo vas a poner.

Su padre pasó a su lado con el maletín en la mano. —El coche espera.

—Papá, no puedo ir a la junta con eso.

—Él se encarga de tu seguridad. No pienso inmismirme después de salvarte la vida.

Gruñó desabrochándose el botón de la chaqueta y quitándosela de malos modos. Se desabrochó la camisa de seda sin cortarse por quedarse en sujetador ante su padre. No parecía demasiado avergonzada mientras él no dejaba de mirar ese encaje casi transparente que mostraba sus pezones. —¿Me lo pones o no?

—Hija has perdido el poco color que cogiste en vacaciones —dijo su padre asombrado—. Si solo han pasado dos meses.

—Lo sé. Con lo mal que lo cojo sin ponerme como un cangrejo, para que desaparezca enseguida. —Se bajó el tirante del sujetador mostrando medio pecho. —Papá, ¿debería ir al doctor por esta peca que me ha salido aquí?

Robert se acercó de inmediato para verla mientras Carl no salía de su asombro poniéndose como una moto. —No creo que sea importante, cielo. Pero visita al doctor Cristian para asegurarse. Mejor prevenir que lamentar. La próxima vez no saldrás al sol sin protección cincuenta. Tienes la piel muy delicada. —Se volvió hacia Carl haciendo una mueca. —Pero la vuelve loca tirarse desnuda al agua y la consiento en todo.

Ella se echó a reír. —Como si tú no lo hicieras.

—¿Hacéis nudismo?

—Claro —dijeron los dos a la vez—. Pero solo en el yate y en alta mar fuera de las miradas curiosas. Papá me ha enseñado a no avergonzarme de mi cuerpo.

—¿Por qué iba a avergonzarse? —preguntó apretando el chaleco con fuerza.

—Eso digo yo —contestó Robert reprimiendo la risa.

Ella le miró sorprendida. —¿Por qué te enfadas?

—No sé. ¡No tengo ni idea! ¡Será porque vas en pelotas por ahí! ¿Lo has hecho delante de Kevin? —Padre e hija se miraron haciendo una mueca. —¡Estupendo! —Le metió el chaleco por la cabeza de malos modos. —¡Esto es estupendo!

—Ay, me has pillado el pelo.

Se calmó metiendo los velcros por las ranuras y ajustándoselo a la cintura. Ella se acercó por uno de los tirones y le miró a los ojos. —No te separes de mí, nena. Nada de tonterías.

—Ni se me ocurriría.

Asintió ajustando la última tira. Se alejó de ella cogiendo la chaqueta que cubría la pistolera que rodeaba sus hombros. Levantó la pierna apoyando el pie en el sofá mientras ella se vestía y sacó la pistola que tenía en su tobillo. Sacó el cargador comprobando que tuviera balas y se lo volvió a guardar girándose para ver como la chaqueta de su traje le quedaba muy ajustada.

—Parezco idiota.

—Sí, pero con la pasta que tienes nadie dirá nada.

Jadeó mientras su padre se reía. —¡No tiene gracia! ¡Soy un icono de moda!

—Hija, ¿quieres darte prisa? ¡Vamos a llegar tarde!

—Papá, no pueden empezar sin ti. —La fulminó con la mirada antes de salir de casa y ella gimió. —Estupendo. Ya tengo un punto negativo por tu culpa.

—¿Punto negativo?

—Esa mirada es de has hecho algo mal y ya puedes espabilarte porque no perdono los errores.

—¿Y sabes lo que has hecho mal? —preguntó divertido.

—Claro que sí. Creer que porque es el jefe puede hacer esperar a sus empleados. — Salieron del piso y vieron a Robert entrando en el ascensor. Ella corrió hacia él. —Papá, espera.

—¡No espero más! ¡Y si quieres llevar mi empresa, deberás ser puntual!

—Ya empezamos —dijo por lo bajo colocándose a su lado. Carl se puso al otro lado y los tres miraron las luces. Ella estiró el cuello hacia su agente y susurró —Habrás guardado el pen en un sitio seguro, ¿verdad?

—Nena, te aseguro que está mucho más seguro que ayer. —Ella sonrió encantada. —Son pruebas contra ti, ¿sabes? —Roslyn sonrió aún más y él puso los ojos en blanco. —Si crees que no voy a usarlas...

—Cielo, cuando esto acabe ni se te ocurrirá delatarnos. —Le guiñó un ojo seductora y él gruñó.

—No vas a seducirme.

—No, claro que no. Yo quiero mucho más, ¿verdad papá?

—Claro que sí, hija.

Les miró como si les hubieran salido cuernos. —¿De qué coño habláis?

—Ya hablaremos... Seguro que llegamos a un acuerdo satisfactorio para los dos. Estoy deseando llegar a un acuerdo. —Le acarició la barbilla antes de salir del ascensor.

—No vas a sobornarme.

—Uy, que palabra más fea—dijo mientras su padre se reía a carcajadas.

—Nena...

—Cielo, tengo que trabajar. Hablaremos a las cinco. —Su padre carraspeó. —O a las

seis. —Enderezó la espalda yendo hacia el portal y dos hombres salieron de inmediato para cubrir la acera.

Carl caminó hacia ella a toda prisa y con la mano dentro de la chaqueta salió antes que ella para mirar a todos lados. —Despejado. —Alargó la mano. —Vamos, nena.

Se acercó a él caminando sin detenerse para ir hasta la limusina que les esperaba. Robert se sentó ante ella antes de que Carl entrara sentándose a su lado. —Voy a tener que blindarla —dijo su padre como si nada.

—Lo mejor es un coche más pequeño y rápido. Un cuatro por cuatro es más efectivo.

—Como un tanque. —Los ojos de su padre brillaron. —Miraré modelos.

—Pero la limusina es más elegante —dijo ella—. ¡Y ésta es un clásico!

—Eso es cierto.

—Llama mucho la atención. La gente de dinero casi no las usa excepto para actos relevantes —replicó Carl—. Cada vez que alguien ve este vehículo sabe quién va en él.

—Pues eso —dijo ella satisfecha antes de mirar por la ventanilla.

Su protector puso los ojos en blanco antes de mirar fijamente a Robert que asintió imperceptiblemente antes de mirar por la luna trasera. —¿Nos siguen dos coches?

—Quiero que estéis protegidos.

—¡Son muchos hombres, pensarán que ocurre algo! —protestó ella.

—Es que ocurre algo, nena. ¡Un tío intentó raptarte y mató a un guardaespaldas entrenado!

—Quizás deberías haberte quedado en casa —dijo su padre preocupado.

Roslyn fulminó a Carl con la mirada por fastidiarle algo que llevaba tanto tiempo esperando y mostrando su descontento se cruzó de brazos.

—No, lo mejor es exponerla un poco para que ese cabrón dé la cara si todavía está por aquí.

Asombrada giró la cabeza para mirarle. —¡Vaya, gracias!

—De nada —respondió como si le importara un pito.

—¿El chaleco será suficiente?

—No se acercará bastante como para tener la oportunidad de dañarla —respondió con ganas de sangre.

—¿Por qué querría el pen? —preguntó su padre preocupado.

—Para tener algo con que presionarla, seguramente. —La fulminó con la mirada. — Porque tendría con que presionarte.

Roslyn hizo una pedorreta y él gruñó mientras su padre se reía por lo bajo. —¿Chávez le está buscando?

—Hay seis hombres rodeando el edificio donde vive. No ha vuelto a casa. No ha usado las tarjetas y su Porche está en el garaje. No ha usado la tarjeta de acceso a la empresa desde ayer por la mañana. Se fue justo después que tú de la oficina y no ha vuelto. Tengo a diez hombres buscándole por la ciudad. Hoteles, moteles... Pero de momento nada.

—¿Necesitas algo más?

—Necesito que Roslyn haga lo que le pido.

Ambos la miraron y ella les dijo incrédula. —¡Ya colaboro!

—Sí, ya vi ayer como colaborabas en todo lo que te pedía —dijo Carl irónico.

Chasqueó la lengua molesta. Bueno, no había colaborado mucho, pero eso era agua pasada. Leche, qué incómodo era aquel chaleco. Daba un calor de mil demonios. Se revolvió en su asiento incómoda haciendo sonar el velcro. —Ni se te ocurra quitártelo cuando vayas al baño.

Asombrada se preguntó cómo sabía que se le había pasado por la cabeza. —No iba a hacer eso.

—Ya, claro. Y yo me chupo el dedo.

—¡Qué ganas tengo de llegar!

—Pues ya estamos aquí —dijo su padre divertido.

La limusina se detuvo y nadie se movió hasta que uno de los guardaespaldas del coche de atrás abrió la puerta después de revisar el perímetro. Carl salió primero y mirando a su alrededor alargó la mano. Ella se la cogió arrastrando el trasero para sacar sus preciosas piernas. Al salir la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo con ímpetu atrapando sus labios exigente. Abrió la boca de la sorpresa y Carl acarició su lengua apasionado. Su padre carraspeó queriendo salir del coche. —Hijo, ¿eso forma parte de la investigación?

Carl se apartó de golpe dejándola medio mareada y con la respiración agitada. Tanto que tuvo que apoyarse en su pecho para no caer. —Quiero ponerle celoso. Es por si está por aquí. — Cogiéndola de la mano la apartó del coche como si fuera una muñeca antes de caminar hacia la empresa. Ella le sonrió atontada aún por lo que había sentido. Era maravilloso. Su corazón gritaba: ¡Quiero más, quiero más! Pero al parecer iba a tener que esperar un poco porque no tenía pinta de querer repetir. Frunció el ceño. De hecho no parecía afectado en absoluto. Su corazón saltó en su pecho del susto. ¿Y si no lo había hecho bien? Tenía pinta de ser muy sexual. Seguramente había besado a cientos de mujeres. Y ella solo había besado a tres en su vida y tampoco había sido para tirar cohetes. Preocupada se dejó llevar hacia el ascensor. Si desaprovechaba esas ocasiones para conquistarle, ¿cómo iba a fijarse en ella? Tenía que seducirle y si no le había impresionado con su beso se iría a besar a otra. Gruñó a su lado y Carl la miró levantando una ceja. —¿Ocurre algo?

—No, claro que no. —Forzó una sonrisa mientras se ponía como un tomate.

—Está nerviosa por la reunión —dijo su padre satisfecho—. Seguro que es eso.

¿Reunión? Aquello era un juego de niños comparado con lo que ese hombre le hacía sentir.

—No hace falta que entres con nosotros, Carl. Si quieres puedes irte a tomar un café. Varios hombres se quedarán fuera. —Su padre sonrió. —Sé que puede ser muy aburrido y

podemos estar horas.

—No hay problema. Soy capaz de abstraerme cuando algo no me interesa.

La mirada que le echó a Roslyn la dejó en shock. ¿Era una indirecta? Mira que era lista, pero a este tío no le pillaba. Aunque igual no era tan lista porque no tenía ni idea de que a Kevin le faltaba un tornillo.

Al salir en el último piso siguió a su padre dándole vueltas al asunto, pero fue ver al vicepresidente ante la puerta de la sala de juntas y se tensó porque Roy Mitchell no podía ni verla. Tenía treinta y seis años y consideraba que el puesto de presidencia debía ser suyo cuando su padre se jubilara. Era un tiburón con muy mala leche que no dudaba en dejarla en evidencia como si fuera una descerebrada. Roy que estaba hablando con su ayudante, otro trepa como él, se volvió sonriendo. —Robert, pensaba que no vendrías.

—Lo mejor es seguir con nuestra rutina.

—Ah, ¿entonces que haces aquí, Roslyn? ¿No es tu día de sesión de belleza?

Sonrió falsamente alargando la mano a aquel cabrito. —¿Crees que la necesito?

—Estás preciosa como siempre.

Sintió a Carl a su lado y Roy le miró. —¿Tu guardaespaldas?

—No. Él es Carl Stanton, agente del FBI. Es el encargado de la investigación.

—Mucho gusto —dijo extendiendo su mano—. ¿Ha llevado muchos casos de acoso?

—Sí, un montón —respondió como si nada sin que ninguno de los Carrington le replicara.

—Entonces le será fácil. No es un caso complicado.

—Eso espero. —Roslyn rechinó los dientes por su manera de despreciar su trabajo e iba a decir algo cuando Carl puso la mano en su espalda. —Es mejor que entremos.

—Tranquilo, amigo. Aquí está segura.

Carl le fulminó con la mirada. —Eso lo decido yo. Usted a lo suyo y yo a mi trabajo.

¿Roslyn?

Levantando la barbilla sonrió entrando en la sala de juntas, donde casi todos los jefes de departamento les estaban esperando. —Nena, cuidado con ese. Es una serpiente que está deseando hincarte el diente.

—Lo sé. —Le guiñó el ojo antes de ir al sillón a la derecha de su padre con paso firme y se sentó como si estuviera en su derecho. Robert sonrió sentándose a la cabecera y Roy se quedó allí de pie sin saber qué hacer. Su ayudante llegó de inmediato con un sillón para él y lo cogió de mal talante por el brazo para ponerlo a la izquierda de Robert. Pero no había hueco, así que miró como si quisiera cargarse al jefe de administración que alejó su silla de inmediato.

Discretamente ella miró hacia atrás para ver a Carl sentado en una silla sonriendo irónico con el móvil en la mano. Se sintió genial porque sabía que le había gustado. El ayudante de Roy empezó a repartir unos dossiers y a ella se la saltó dándole el dossier a su padre. —Disculpa a Barry, Roslyn, pero no sabíamos que ibas a venir por aquí —dijo Roy abriendo su dossier.

—Tranquilo, Roy. Viene a tomar contacto y ver cómo funciona esto antes de ponerse a trabajar. —Hubo rumores en la sala. —¿Os sorprende?

—No, claro que no —dijo Patricia Hardy que era la directora del departamento legal y llevaba veinte años en la empresa. Sonrió agradablemente—. Con las notas que tuvo en la universidad lo que me sorprende es que no hubiera empezado mucho antes. Supongo que le ha costado un poco convencerte, Robert —dijo demostrando que era una feminista que no tenía pelos en la lengua.

Su padre se echó a reír demostrando la confianza que se tenían y no le extrañaba porque era otra de sus amantes de manera intermitente. Entre divorcios más bien. Mirándola bien se dio cuenta que para sus cincuenta y dos años era una mujer de lo más atractiva con su cabello rubio recogido en un discreto moño a la nuca. Y se preguntó mirando sus inteligentes ojos castaños por qué su padre nunca lo intentó en serio con ella. Porque era demasiado independiente para él,

seguramente. Pero igual era lo que su padre necesitaba.

—Muy bien... empecemos. ¿Roy?

Aquel imbécil se pasó una hora hablando de todos los negocios en curso y la siguiente hora sobre los que estaban a punto de cerrarse. Mientras ellos hablaban no abrió la boca porque su padre había dicho que era una toma de contacto y como le conocía bien sabía que solo quería que observara, pero se estaba mordiendo la lengua y ya empezaba a dolerle. Sin darse cuenta miró hacia atrás. Carl estaba con los codos apoyados en las rodillas y levantó una ceja interrogante. Seguramente se estaba preguntando por qué narices había ido a la reunión si no pensaba abrir la boca. Miró al frente tomando aire. Como su padre se cabreara o le dejara en ridículo, la bronca iba a ser monumental.

—Así que como hablamos, Robert, he buscado varias empresas que puedan interesarnos para reparar nuestros barcos, porque para quien no se haya enterado todavía.... —Pulla para ella. —Tenemos que reparar varios de nuestros cargueros que ya tienen unos años.

—No estoy de acuerdo.

Todos la miraron como si hubiera dicho algo imposible. Su padre giró la cabeza levantando una ceja y gimió por dentro, pero ya se había lanzado y ahora no podía mantenerse callada, así que ahí iba. —Los cargueros del Pacífico tienen más de catorce años. No soy lo suficientemente operativos. Tenemos que invertir en cargueros nuevos que nos duren otros quince o veinte años y sean más eficaces, en lugar de gastar una cantidad indecente de dinero en reparar esos, que apenas durarán cinco años más y no serán tan eficientes. Ahora hay nuevos tonelajes del doble de su capacidad para transportar el crudo y ahorraremos dinero recuperando la inversión en apenas tres años.

—Pero esa es una inversión de cien millones de dólares —dijo Roy divertido.

—¿Y? —Levantó su ceja pelirroja. —¿Acaso Carrington Oil no se lo puede permitir?

—¡Los accionistas se llevarán las manos a la cabeza!

—Puede que este año los beneficios sean menores, pero en apenas dos años cuando se transporte el doble de crudo y aumenten las ventas con los beneficios subsiguientes, estarán muy contentos, te lo aseguro.

—¡Tu padre no quería invertir tanto dinero! ¡Hemos inaugurado la planta de refinado en California y este año ya hemos gastado el presupuesto!

—¿Presupuesto? —preguntó divertida—. ¿Qué presupuesto? ¿El que habéis asignado vosotros? Pues se cambia, mira qué problema.

—Hija, ese tipo de barcos se hacen por encargo. Tardarán al menos dos años en tenerlos y necesitamos arreglar los que tenemos.

—No. Porque hay unos astilleros, en California precisamente, que iba a hacer unos cargueros para el ejército y da la casualidad de que el Congreso ha echado para atrás ese encargo porque a ellos sí que se les ha acabado el presupuesto. Están casi terminados. Nos saldrán a mitad de precio porque el astillero ya ha cobrado el trabajo que han hecho hasta ahora y seguramente querrán deshacerse de ellos o endosárselos a otros. Solo tendrán que ajustarlos a nuestras necesidades. —Varios dejaron caer la mandíbula del asombro. —Hay que leer la prensa.

—Roy date prisa en hablar con ellos antes de que se nos adelanten los Linthwaite.

Su vicepresidente apretó los labios con rabia antes de decir —Como ordenes, Robert.

—¿Siguiente punto?

—A partir de ahora son inversiones privadas Carrington, como la constructora. Los terrenos de Florida y la nueva urbanización. Los empleados que solo se dedican a Carrington Oil pueden irse.

Se levantaron la mitad de ellos y Patricia le guiñó un ojo quedándose en su sitio. Sonrió satisfecha porque su padre había accedido a su propuesta. Era todo un triunfo en su primer día. Su padre se acercó a su oído y susurró —Cielo, si quieres puedes irte. Esto va para largo.

—No, me quedo.

Robert sonrió mirando a Roy. —Cuando quieras.

A partir de ahí no se cortó en decir lo que pensaba y cuando vio el diseño de la nueva urbanización soltó que no le gustaba nada. Empezaron a discutir sobre la forma, la localización e incluso del color de las tejas de un negro que le pareció horrible. —¡Tiene que ser blanca! ¡Casas totalmente blancas y con una piscina que imite a una playa rodeada de plantas! —gritó perdiendo los nervios—. ¡El paraíso en América!

Robert parpadeó. —Buen eslogan, hija. Que lo usen.

—Pero Robert...

—Me gusta la idea del paraíso. Eso atraerá a los compradores. ¿Siguiente?

Roy se quedó en shock y ella levantó las cejas retándole. —¿Patricia? Tu turno.

La abogada reprimió la risa antes de mirarla a los ojos. —Los contratos y otras cosas que tengo pendientes que tu padre tiene que ultimar se los enviaré a su despacho. Iba a hablar con él en cuanto le viera, pero ya que estás aquí es mejor decírtelo a ti directamente. —Miró a los que estaban allí. —Podéis salir. Esto no os concierne.

Todos se levantaron en silencio y Roy se sentó al lado de Robert como si estuviera en todo el derecho. —Roy, también va por ti —dijo sin cortarse—. Es algo familiar que no es de tu incumbencia. Hablo como abogado de la familia.

Roy gruñó levantándose y saliendo de allí con cara de mala leche. —Hija, no está nada contento.

—Ya me he dado cuenta, papá.

—Vaticino problemas.

—Y yo.

Los Carrington miraron a Patricia que estiró el cuello para mirar a Carl que no se había dado por aludido. Los Carrington hicieron un gesto sin darle importancia y Patricia se encogió de

hombros.

—¿Qué ocurre, Patricia? —preguntó su padre recostándose en su sillón—. ¿Algún problema?

—Pues sí. Algo que no había visto venir.

—¿De qué se trata?

—El hecho es que hace diez años cambiaste el testamento para incluir las nuevas propiedades que por supuesto le dejarías a tu hija, pero nadie y es lógico debido a su juventud pensó en que tu hija testamentara.

Roslyn perdió parte del color de la cara. —Quieres que haga mi testamento.

—Cuando naciste tu padre te dio acciones de varias empresas. Nunca las has usado porque legalmente estaban cedidas a tu padre, pero ya no le corresponden. En caso de que fallecieras irían a parar a él, pero no tengo conocimiento de si has hecho testamento a través de otro abogado. Incluso de manera individual.

Negó con la cabeza. —No. No tengo testame... —Se volvió mirando a Carl y perdió todo el color de la cara. Él frunció el ceño levantándose.

—¿Hija?

Preocupada miró a Patricia. —¿Valdrían deseos que escribí en un diario?

—Si el diario es de tu propiedad y se puede demostrar, un juez podría darlo por bueno. Eso si se demuestra que es tuyo, escrito de tu puño y letra. Pero si no tienes un testamento con fecha posterior, claro está.

—Pues tenemos que hacer testamento y de inmediato.

—¡Hija!

—¡Estaba enfadada, papá! Y lo escribí hace dos años cuando te fuiste en Navidades por ese negocio que tenías que atender.

Robert apretó los labios. —¿Quién era el beneficiario?

—¡Solo escribí que ya que Roy iba a pasar las Navidades contigo, esperaba que se quedara él con todo!

Patricia tomó aire por la nariz. —Podrían darlo por bueno. Si llegara a manos de Roy en caso de que te ocurriera algo y se le ocurriera reclamarlo, por supuesto.

—Pero no le va a pasar nada —dijo Carl cogiéndola del brazo—. Vamos, nena. Ya está bien por hoy.

—Prepara los papeles —le pidió a su abogada.

—Me pondré con ello ahora mismo.

Robert se quedó en silencio pensativo. —Te veo en casa, hija.

—Papá...

Su padre forzó una sonrisa. —Habla en casa.

Sabía que estaba decepcionado y eso la dejó hecha polvo. Mierda de diario. No pensaba escribir nada más en el futuro. Antes se cortaba la mano.

Capítulo 7

Sentada en el coche en silencio de vuelta a casa miró a Carl de reojo que miraba su móvil.
—Sobre el diario...

—Madura un poco, ¿quieres? —Se le cortó el aliento por su tono despectivo. —Te comportas como una cría. —Impasible vio como palidecía antes de sonreír irónico. —¿Ahora te vas a poner a llorar? ¡Crece de una vez, Roslyn! ¿Has escrito algo en un diario en un ataque de furia? ¡Yo he visto como un hijo llenaba de balazos a su padre por no darle para su dosis! ¿Temes decepcionar a papá? ¡Es parte del crecimiento! Los padres no quieren ver volar a sus hijos. ¡Has hecho toda tu vida lo que le ha dado la gana! ¡Pues ya es hora de decepcionarle un poco, joder! ¡Tienes que aprender a tomar tus propias decisiones porque es tu vida!

Asombrada por lo que le había dicho ni fue capaz de replicarle. Estaba realmente cabreado. —¿Por qué te enfadas?

—¿Enfadado? No estoy enfadado —dijo con burla—. Es que me jode ver como desperdicias tu vida. Hace una hora vi como dejabas a todos con la palabra en la boca. Eres preciosa e inteligente. —Se sonrojó de gusto. —Podrías sustituir a tu padre mañana mismo y dejar que manipule tu vida de una manera que me saca de mis casillas.

—¡Solo quiere protegerme!

—¿Protegerte de qué?

Ella apretó los labios. Y desviando la mirada dijo sin pensar —De personas como tú.

Carl se tensó cogiéndola por el cabello provocando que le mirara. —¿De personas como yo? Nena, puede que tu padre quiera mantenerte alejada de mí, pero su princesita está deseando que me meta entre sus bragas —dijo dejándola sin respiración. Él sonrió acariciando con su otra

mano su mejilla—. No es cierto, preciosa. Te mueres porque te folle desde que me conociste. — Su mano acarició su cuello y se estremeció. —¿Qué pasa nena, que ese gilipollas no sabe lo que te pone? —Se apartó mirándola con burla dejándola helada. —Debe ser más gilipollas de lo que pensaba, porque eres tan fácil de excitar que es de risa.

Muy tensa susurró —¿Qué te propones?

—No tengo ni idea de lo que hablas.

—¿Quieres insultarme? ¿Burlarte de mí? ¿Qué te propones?

Carl se tensó. —No juegues conmigo, nena. Porque como lo hagas me voy a cabrear.

Le miró sin comprender y él apretó los labios. —Hemos llegado.

—No he jugado contigo.

—La persona que ha hablado en esa junta no tiene nada que ver con la persona que he conocido en el piso de tu padre. En la junta has sido dura, decidida y en casa de tu padre te has comportado como una niña inmadura. ¿Dos personalidades en el mismo cuerpo? Lo dudo. ¿Quién eres, Roslyn?

Ella se tensó. —No sé de lo que me hablas.

—¿No? Me parece que voy a descubrir muchas cosas en mi investigación. —Abrió la puerta del coche y salió sin volver a mirarla. Roslyn confundida se arrastró por el asiento e ignoró su mano para salir del coche sintiéndose humillada. Salió con la cabeza bien alta. —Eso nena, la ejecutiva ha vuelto. Avísame cuando llegue la insegura, me cae muy bien.

—Lo que pasa es que eres un neandertal al que le van las damiselas en apuros.

—Sí, definitivamente me cae mejor. —Entraron en el ascensor pulsando el botón.

—¿Sabes qué? Tú también tienes dos personalidades.

—¿No me digas?

—Sí, el gilipollas mamón que va de duro motero y que se cree el perfecto agente del FBI.

Y la otra...

—Estoy impaciente por oírla.

Le miró a los ojos disimulando que estaba hirviendo de furia. —Tu otra personalidad teme que le hagan daño. Se siente atraído por mí, pero se dice dónde voy yo con esa pija multimillonaria que tiene todo lo que pueda desear. Si me acuesto con ella me quedaré pillado y puede que me dé la patada porque no encajo para nada en su mundo. Pero yo no te critico por esos cambios de personalidad. Te aprecio como eres. No te juzgo —dijo con mala leche.

Carl gruñó entrecerrando los ojos. —Muy graciosa.

—Gracias. —Salió del ascensor escuchándole gruñir. —¡Es que es muy fácil llegar en un momento muy delicado de mi vida y criticar mi comportamiento cuando no me conoces una mierda! —dijo dejando salir lo que tenía dentro—. ¡Un chiflado ha entrado en mi casa y ha intentado secuestrarme! ¡He visto un hombre muerto! ¿Y qué si me gustaría acostarme contigo? ¡Tengo derecho a liberarme de tanta tensión y tengo entendido que el sexo libera mucho! —Empezó a subir las escaleras. —Ahora voy a ducharme. No es otra personalidad, esto lo hago todos los días por si te interesa. —Se detuvo cuando llegó al piso de arriba y le miró. —¡Por cierto, eres imbécil y eso te ocurre en tus dos personalidades! —Entró en su habitación dando un portazo.

Carl gruñó volviéndose para encontrarse a la doncella, que reprimiendo la risa simulaba limpiar el polvo.

Roslyn apoyada en su puerta gimió tapándose la cara con las manos. —Estupendo. Tiene una opinión de ti bastante buena. Si tu intención era acostarte con él y que te diera el pen, vas por buen camino.

Suspiró enderezándose y dando un paso cuando la puerta se abrió empujándola sobre la moqueta de morros. Gimió sujetándose en las palmas de las manos y mirando sobre su hombro. Carl la miró irónico. —Perdona, pero no sabía que estabas tras la puerta.

—¿No me digas? —Le había pegado un porrazo de primera. Sería cabrito, pensó sentándose en el suelo. —¿Querías algo?

—Quería avisarte de que voy a salir a seguir una pista. No te muevas de casa.

—¿Una pista? —Le miró esperanzada con sus preciosos ojos verdes. —¿Te han dicho dónde está?

—Algo así —respondió muy serio—. No salgas. Ya he dado instrucciones de que no abran a nadie. —Cogió el pomo de la puerta con intención de cerrar.

—¡Carl!

Él suspiró mirándola y Roslyn se arrodilló. —No me gusta defraudarle. Es lo único que tengo —dijo sinceramente—. ¿No te ocurría con tus padres? —Vio como apretaba los labios antes de cerrar la puerta, dejándola con la palabra en la boca. Jadeó indignada. ¿Pero quién se creía que era? Furiosa se levantó y se quitó la chaqueta con ganas de gritar. La besaba, la reñía, le decía que era preciosa e inteligente para volver a echarle la bronca... ¡Ese hombre no tenía dos personalidades, es que estaba mal de la cabeza!

Se estaba quitando el chaleco murmurando que no había quien entendiera a los hombres cuando la puerta se abrió de nuevo y con el chaleco en la mano vio como Carl se acercaba decidido con una mirada que le aceleró la sangre. Sin aliento vio cómo se ponía ante ella con los brazos en jarras y siseaba —No voy a acostarme contigo. —Sin entender una sola palabra porque solo podía mirar esos ojos negros con la cabeza separando los labios. Carl gruñó mirando su grueso labio inferior. —Por mucho que lo estés deseando no voy a ceder. Soy responsable de este caso y mi obligación es protegerte, no proporcionarte orgasmos.

—Orgasmos —susurró sintiendo que su corazón salía por la boca sin darse cuenta de que dejaba caer el chaleco al suelo.

—¿Qué te propones? —gritó sobresaltándola—. ¿Quieres el pen? ¿Es eso?

—Bueno, si me lo das... ¿Has hecho copias?

—¡Roslyn!

Ella entrecerró los ojos. —¿Estás inseguro?

—¿Qué estupideces dices?

—¿Crees que no te deseo realmente?

—¡Claro que me deseas! —gritó en su cara.

—¿Entonces a qué vienen esas preguntas?

La miró como si quisiera matarla. —Podría perder mi trabajo por esto.

—Yo no diré nada. —Dio un paso hasta él y levantó la mano para rozar su camisa, pero antes de que tocara la tela él se había alejado saliendo de la habitación y dando un portazo.

Con la mano en la misma posición parpadeó mirando la puerta cerrada y gritó —¡Eso no ha tenido gracia, Carl! ¡Me estás cabreando!

—¡No salgas de casa!

Chilló de rabia volviéndose y le dio una patada al chaleco golpeándose el dedo gordo del pie con la pata de la cama. Entonces gritó de veras cogiéndose el pie y saltando a la pata coja de un lado a otro. Al ver la sangre entre sus dedos perdió todo el color de la cara mareándose y cayendo hacia atrás se golpeó la cabeza con la columna de la cama. Sentada en el suelo espatarrada se palpó la cabeza notando que le iba a salir un buen chichón y susurró —Mierda de día. Con lo bien que había empezado.

Carl con los codos apoyados en las rodillas se apretó las manos antes de levantar la cabeza y mirar a sus amigos, que sentados en el sofá le observaban con la boca abierta. —¿Qué? ¿No tenéis nada que decir?

Mathew y Mary no salían de su asombro y se miraron de reojo antes de carraspear

removiéndose incómodos en su asiento. —¿Qué pasa? Somos amigos. ¡Y necesito consejo, joder!
¡Soltadlo de una vez!

—Debe ser una mujer de bandera —dijo Mathew impresionado.

—¡Cariño! —protestó Mary dándole un codazo—. ¿No ves que está enamorado? ¡Ha sido un flechazo!

Carl puso los ojos en blanco. —Tío, ¿por qué no le dices a tu mujer que haga algo por ahí?
¿No está llorando la niña?

—Está en casa de mi madre —replicó ella—. Te fastidias. Me quedo.

Gruñó mirando a su amigo. —Cielo, esto es un asunto de trabajo.

—Esta es mi casa. No ha venido como tu subalterno, ha venido como amigo, así que necesitáis un punto de vista femenino.

Mathew gruñó. —Tío, lo siento.

Jadeó ofendida. —¡Venga ya! Si luego me lo vas a contar.

—¿No me digas? —siseó Carl.

—Bah, no le cuento ni la mitad. —Su mujer gruñó, pero él le cogió la mano apaciguándola. —Así que la princesita te tira los tejos.

—Desde que llegué me come con los ojos. No se corta un pelo. Y eso que decía que iba a casarse con otro. ¡Joder, si hasta había preparado la fuga! ¡Y luego me suelta que es virgen!

—A ese tío no le quiere —dijo Mary.

—¡Claro que no le quiere!

Sus amigos se miraron reprimiendo la risa mientras seguía hablando. —¡Esta noche no he pegado ojo, joder! ¡Yo que hasta me he dormido en un tiroteo! Teníais que haberla visto esta mañana en la sala de juntas. Los dejó a todos con la boca abierta. Es la tía más inteligente que me he topado. —Entrecerró los ojos. —Lo que me extraña es que con lo lista que es no haya

convencido a su padre para trabajar antes. Pero es que su padre también es raro de cojones. La tiene como en una burbuja. ¡Si hasta le compró el edificio de enfrente para cuando se independizara! ¿Qué padre hace algo así?

—Alguien muy protector.

Mathew entrecerró los ojos. —Cielo, ¿no vendían el apartamento de enfrente?

Mary se llevó la mano al pecho entendiendo. —Es una idea buenísima. Mientras tanto podríamos alquilarlo.

Carl no se lo podía creer. —¿En serio haríais una cosa así?

Ambos se sonrojaron ligeramente, pero Mary levantó la barbilla. —Cuando tengas hijos sabrás lo que es.

—Volviendo al tema. No puedes acostarte con tu testigo.

—Víctima, cariño.

—Eso —dijo Mathew—. No.

—Eso es lo que quería oír.

Iba a levantarse, pero Mary le hizo un gesto con la mano deteniéndole. —Pero...

—Cielo, no te metas. Es un tema de la agencia.

—¿No os da pena? —preguntó indignada—. ¡Es una mujer de veinticinco años que es virgen! Ha estado comprometida diez años con un tipo al que no quería y está medio comprometida con un gilipollas.

—Con ese no se casa —dijo Mathew—. Ya se encargará su padre.

—¡Claro que no se va a casar con él!

Mary levantó sus cejas rubias. —Deberías mostrarle como es la vida real. Hacerla salir de su burbuja para que viva un poco.

—¿Debería?

—¡No! —protestó Mathew—. ¡Claro que no! ¡No es asunto tuyo! ¡En cuanto encuentres a ese tal Kevin volverás a tu vida y ella a la suya!

Carl frunció el ceño. —Cierto.

—¡Vamos, es una cría que se ha preparado toda su vida para dirigir una empresa! ¡Por eso ves dos personalidades en ella! ¡La dura mujer de negocios y la niña cuando está en casa porque no le han permitido madurar en el resto de las facetas de su vida! ¡Tienes que ayudarla!

—Ayudarla.

—¿Y si se enamora de ella? —preguntó su marido—. ¿Y si ella se enamora de él?

—¡No voy a enamorarme de ella! ¡Por Dios, si es opuesta a todo lo que me gusta! Aunque que ella se enamore de mí lo veo muy posible, la verdad. Y tampoco quiero romperle el corazón. —Mary le miró como si fuera gilipollas. —¡Perdona por decir lo que pienso!

—¡Espero que te arranque el corazón por mentiroso! ¡Estás colado por ella!

—Mathew, ¿tu mujer se está poniendo histérica?

—Sí, un poco.

—¿Puedes controlarla, por favor? ¡Bastante tengo con la que tengo en casa!

—¡Ja! —Mary se levantó señalándole. —¡Ya la consideras tu mujer!

—Era un decir.

—¡Sí solo hay que verte! ¿Esa ropa te la ha comprado ella?

—¡No tenía ropa! Y hostia, estos zapatos son la leche.

Mathew estiró el cuello e hizo una mueca. —¿Italianos?

—Ni idea, pero es lo más cómodo que me he puesto nunca.

Mary se echó a reír. —Estás perdido. En unos minutos has dicho que es hermosa, inteligente, tiene buen gusto y la deseas. Chico, si eso no es estar colado por alguien no sé lo que es.

—Es ser objetivo. Soy agente del FBI, sé diferenciar.

—Lo que pasa es que estás cagado por si te enamoras —dijo Mathew divertido.

Carl gruñó. —Pero me has ordenado que no, ¿verdad?

Mathew entrecerró los ojos. —Eres el mejor infiltrado del FBI. —Carl se tensó. — Siempre has seguido tus reglas para llegar a tu objetivo. Me acabo de dar cuenta de que no puedo decirte cómo hacer tu trabajo y mucho menos cómo actuar con tu futura mujer.

Mary se echó a reír a carcajadas y ambos chocaron sus manos. —Muy graciosos. ¡Sí, me parto de la risa con vosotros, joder! Menudos amigos estáis hechos.

—Disfruta un poco, Carl. Y de paso hazla disfrutar a ella.

—Voy a ver si encuentro a ese mamón de Kevin —dijo entre dientes.

—¿Alguna pista?

—Llevo toda la tarde buscándolo por toda la ciudad. ¡Parece que se lo ha tragado la tierra, joder!

—¿Necesitas ayuda? ¿Más agentes?

—Tengo a toda la policía de Nueva York y a los hombres de Chávez buscándolo. Desde que se ha dado la orden de busca y captura su rostro está en todas las patrullas de la ciudad. No es cuestión de agentes. Está escondido en algún piso o en casa de algún conocido con el que no hemos dado. Y seguirá así hasta que nos de otro susto.

Mathew apretó los labios levantándose. —No puedes fallar en esto. Lo sabes. Te juegas mucho.

—Lo sé.

—Tu carrera está pendiente de un hilo. Encuentra a ese cabrón.

—Eso pienso hacer.

Fue hasta la puerta y Mary dijo —¿Por qué no le llevas unas flores?

—Cada día me caes peor —dijo saliendo por la puerta.

—¿Bombones? ¡Ya lo sé, escríbele un poema! —Carl se la quedó mirando pensativo y Mary perdió la sonrisa poco a poco. —¿Carl? Era broma.

Carl forzó una sonrisa. —Lo sé.

Salió del piso dejándoles con un mal sabor de boca y Mary se giró hacia su marido. —¿Qué he dicho?

—Cielo, son el día y la noche. Sé que eres una romántica, pero eso nunca va a funcionar. Son de mundos distintos. Y eso que has dicho de la poesía se lo ha dejado claro. Son opuestos en todo.

Mary apretó los labios. —Dicen que los polos opuestos se atraen.

—Puede, pero en la vida real al menos tienes que vivir en la misma onda y entre ellos eso no va a pasar. ¿O crees que ella soportaría que se pasara seis meses infiltrado?

Su mujer le abrazó por la cintura. —Pues es una pena porque desde que le conozco es la primera mujer por la que muestra interés.

Mathew apretó los labios asintiendo antes de besar a su esposa en la coronilla. —Sí que es una pena.

Capítulo 8

Sentada en el sofá con los brazos cruzados miraba hacia la puerta del hall con el pie apoyado sobre la mesa de centro. Se había saltado la cena. Se había pasado casi todo el día fuera. ¿Le habría pillado? Se mordió el labio inferior de la impaciencia porque si le cogía se alejaría de ella. Robert sentado en la mesa del comedor miró a su hija de reojo. —¿Hija, quieres revisar estos contratos para entretenerte?

Se volvió apoyando el brazo en el respaldo del sofá. —Papá, ¿no los ha revisado Patricia?

—No debes dejar algo tan importante en manos de otros. Ellos los redactan, pero debes revisarlos.

Se levantó cojeando y se sentó a su lado. Al menos así se entendería. Robert sonrió pasándole dos carpetas. Después de leer la primera hoja su padre preguntó —¿Lo has encontrado?

—No lo tiene en su habitación, papá.

—Así que lo lleva con él.

—Pues sí. —Pasó la hoja y leyó la cláusula. Negó con la cabeza y estiró la mano para coger el lápiz. —Aquí hay una falta de ortografía.

Robert chasqueó la lengua. —Bien visto, hija. ¿Y qué piensas hacer?

—La cena.

Su padre levantó la vista hacia ella. —¿Perdón?

—Tendrá que cenar cuando llegue. El doctor me ha quitado la uña y me ha dado unas gotitas para dormir por si me duele. —Sonrió maliciosa. —Esas van para su cerveza.

—Tienes una mente privilegiada.

—Gracias, papá. —Volvió la hoja.

—¿Y sobre lo otro?

—¿Lo otro?

—¿Vas avanzando? Mira que a Kevin no tardarán en pillarle. Tienes que enamorarle para que quiera quedarse a tu lado.

Miró fijamente a su padre. —¿Estás seguro de esto?

—Claro que sí. Es un hombre de verdad, no como esos idiotas que te rodean. Me gusta. No tiene pelos en la lengua. Tengo la sensación de que cuando entregue su corazón será para siempre. Y tú ya estás enamorada de él.

Roslyn se sonrojó. —Bueno, enamorada...

Robert la miró con cariño. —Cielo, cuando te besó al salir del coche le hubieras regalado la luna. Tenías una cara de enamorada que no podías con ella.

—¿De veras? —preguntó sorprendida—. Es que besa muy bien. —Sonrió al verle reír. —Yo lo intento, pero no se deja, papá.

Le cogió la mano con cariño. —Insiste y ya verás como no puede decir que no. He visto cómo te mira y te aseguro que no le eres en absoluto indiferente.

En ese momento se abrió la puerta y ambos miraron hacia allí. Roslyn sonrió al ver que Carl cerraba la puerta mirándola con cara de cabreo. O sea, como siempre.

—Hola, ¿tenemos noticias?

Él gruñó quitándose la cazadora de cuero que llevaba mostrando la pistolera. Se había cambiado de ropa y volvía a ser el motero de siempre, así que había pasado por casa. —Ese cabrón está escondido como una rata.

—Oh...

Contenta porque tardaría en irse se levantó y él parpadeó mirando su pie vendado. —¿Qué

coño te ha pasado?

—Un golpecito de nada. ¿Tienes hambre? ¿Quieres cenar?

—Me he comido una hamburguesa.

Padre e hija se miraron de reojo. —Pero seguro que quiere una cerveza. ¿Verdad, Carl?

Él miró su reloj. —¿No deberíais ir a la cama? Es tarde.

Roslyn se mordió el labio inferior sentándose de nuevo. —Tengo que revisar estos contratos.

—¿Ahora?

—Hija puedes dejarlos para mañana.

—No, no tengo sueño. Prefiero hacerlo ahora.

—Pues yo me retiro. Ha sido un día largo.

Robert se levantó y la besó en la mejilla. —No te quedes hasta muy tarde.

—No, papá.

—Mañana tengo una sorpresa para ti.

Los ojos de Roslyn brillaron. —¿Sorpresa? Me encantan tus sorpresas.

Él le guiñó un ojo. —Lo sé. Buenas noches, cielo.

—Buenas noches, papá. Que descanses.

—Buenas noches, Carl.

Él asintió mirando el perfil de Roslyn que ya estaba simulando estar concentrada en los contratos, pero por ella podrían estar en griego porque solo estaba pendiente de él que no le quitaba ojo. Cuando su padre se fue le escuchó suspirar acercándose. —Nena, deberías acostarte si mañana quieres ir a trabajar.

—Claro que voy a ir a trabajar. —Giró la cabeza para mirarle porque parecía preocupado.

—¿La investigación va mal?

Suspiró sentándose donde había estado su padre. —No va. Estamos en punto muerto.

Roslyn forzó una sonrisa queriendo pegar saltos de la alegría porque eso significaba más tiempo a su lado. —Seguro que le encuentras. Solo necesitas tiempo para pillarle.

—Tiempo —dijo entre dientes. Miró los papeles murmurando —. Me cago en la leche.

—¿Que?

—¿Vas a leer todo esto?

Apoyó la espalda en el respaldo de la silla mirándole fijamente. —¿Quieres hablar?

La miró sorprendido. —¿Qué dices?

—Me da la sensación de que quieres contarme algo y estás dando rodeos.

Carl entrecerró esos ojos grises que la volvían loca y apretó las mandíbulas tensándose.
—He hablado con mi superior.

Dejó caer el lápiz preocupándose. —¿Tienes que irte? ¿Te han dado otra misión?

—No, nena. Desgraciadamente tengo que seguir pringando en esta mierda de caso.

Roslyn agachó los párpados dolida porque esa mierda de caso trataba de su vida. —Siento que esto sea un inconveniente para ti.

—Esto podría llevarlo cualquiera —dijo con desprecio.

—Claro, y tú estás acostumbrado a casos de altos vuelos.

—Exacto.

Sintió ganas de gritar por su indiferencia, pero se mordió la lengua —¿Y qué te ha dicho tu superior?

—Me ha recordado que me mantenga alejado de ti para no jugarme el puesto.

Roslyn parpadeó mirando su serio rostro y lo pensó un par de veces. Reprimió la sonrisa

antes de coger el contrato continuando con su trabajo. —¿Qué? ¿De qué te ríes?

—¿Has ido a chivarte a tu jefe? —Casi se le escapa la risa, pero apretó los labios con fuerza intentando contenerse.

—¡Muy graciosa! ¡He ido a informarle!

—Oh... —Pasó la hoja. —Así que te has chivado.

La miró como si quisiera matarla y ya no se pudo contener. Se echó a reír a carcajadas. —Cielo, sería algo entre nosotros. No hacía falta que se lo contaras al director como si estuviéramos en el instituto.

Él golpeó la mesa sobresaltándola y perdió la risa de golpe viendo en sus ojos que estaba furioso. —Carl...

—Para ti todo esto es muy gracioso, ¿no? ¡Pero yo me juego mi vida! —Se levantó fuera de sí. —Aléjate de mí, ¿me oyes? ¡No hablaremos de nada más que no sea de trabajo! ¡No me interesas y no lo harás jamás! ¡Así que déjate de miraditas y de insinuaciones! ¡Tú dedícate a camelarte a tu padre para conseguir lo que quieres y yo haré mi trabajo!

Sus preciosos ojos verdes se oscurecieron y se levantó lentamente sin dejar de mirarle a los ojos intentando ocultar que había herido su orgullo. —Yo no fui quien te besé. —Carl se tensó. —Siento haberte importunado. No me imaginaba que alguien tan curtido como tú en lo que es la vida, pudiera sentirse tan ofendido por mis atenciones. Te pido disculpas. —Se alejó de él yendo hacia las escaleras. —Tienes razón. Es mejor que me acueste. Además, han sido unos días un poco raros.

Carl apretó los puños viendo como entraba en su habitación y cerraba lentamente la puerta.

Roslyn sentándose en su cama se sintió humillada. Como si fuera una pedigüeña que reclamaba su afecto o sus atenciones y no podía negar que había herido su orgullo. Jamás se había insinuado a un hombre en toda su vida, pero estaba convencida de que él se sentía atraído por ella. Eso la había animado a continuar. Se mordió el interior de la mejilla sin saber lo que sentía en ese

momento. La decepción era abrumadora. Nunca había creído que pudiera tener un futuro a su lado. ¿Quién iba a querer esa vida a su lado? Él tenía un trabajo emocionante que era obvio que le encantaba. Era libre, solo había que verle. Y su mundo puede que fuera muy lujoso, pero era muy pequeño lleno de ojos que observaban todo lo que hacía y lo demostraba que no podía comerse ni una hamburguesa sin que le sacaran una foto. Sonrió con tristeza sin darse cuenta de que una lágrima corría por su mejilla. Su padre quería a alguien que la amara de verdad para compartir su vida, pero estaba claro que ese hombre no iba a ser Carl y había sido una estupidez pensarlo siquiera. Puede que ella tuviera razón desde el principio y su marido perfecto fuera Steven. Alguien con sus mismos intereses. Sin amor, sin pasión, pero alguien que compartiera su vida, un compañero de viaje. Porque en ese momento la aterraba pasar el resto de su vida sola como su padre, frustrado porque no encontraba esa compañera que tanto ansiaba. Roslyn se miró las manos. Puede que fuera una ilusión, pero durante esos dos días esa ilusión la había hecho feliz.

Tumbada en su cama mirando el techo escuchó como vibraba su móvil. Frunció el ceño sentándose en la cama y alargó la mano para cogerlo de la mesilla de noche. Se le cortó el aliento al ver quien era. Se levantó a toda prisa corriendo hasta la habitación de Carl y juró por lo bajo al hacerse daño en el dedo. Abrió la puerta de golpe para encontrárselo despierto mirando el techo con el brazo tras la cabeza. Se sentó en la cama de un brinco. —Nena, ¿qué pasa?

—Es él. —Le mostró el teléfono. —¡Es Kevin!

Carl se levantó de la cama mostrando que solo llevaba los calzoncillos y se acercó. — Tranquilízate, ¿vale? Tienes que entretenerle para que localicen la llamada.

Pálida asintió. —Le entretengo.

—Sí, todo lo que puedas. Pon el altavoz. Quiero oír lo que dice.

Su padre apareció en la puerta aún vestido y apretó los labios. —Contesta, hija. Puedes

hacerlo.

Tomó aire mirando su móvil y pulsó el botón verde con miedo a que colgara. Pulsó el botón del altavoz a toda prisa. —¿Diga?

—¿Roslyn? ¿Eres tú? —La voz llorosa de Kevin le puso los pelos de punta.

Miró a los ojos a Carl que asintió. —Sí, soy yo.

—¿Por qué me haces esto? Yo solo quería...

Al ver que no continuaba y se ponía a sollozar preguntó —¿Qué querías, Kevin?

—Yo te quiero. No sé cómo ha pasado esto.

—No entiendo lo que está pasando. Siempre has sido mi amigo.

—¡Amigo! ¡Yo no quiero ser tu amigo! —gritó al otro lado de la línea. Carl le hizo un gesto con la mano para que le calmara.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿Por qué no diste la cara?

—¡Porque tu padre jamás me hubiera dado el visto bueno! ¡Tiene que dominarlo todo! — Robert apretó los labios escuchándole reír al otro lado de la línea. —¡Te controla como si fueras una muñeca! ¡No tienes voz ni voto nunca! ¿Recuerdas cuando querías ir a Stanford? ¡No quería que te fueras de Nueva York! ¡Tuvimos que convencerle que era la mejor universidad y aun así te enviaba el avión todo los fines de semana para que regresaras a casa! ¡Nunca dejaría que me acercara a ti! ¡Diría que soy muy mayor para ti! ¡Qué no soy suficiente! ¡Y si lo soy!

Vio de reojo como su padre intentaba contenerse. —¿Lo eres? Sabes lo que diría papá sobre lo que has hecho. Si te entregas...

—¿Entregarme? ¿Cómo voy a entregarme? ¡He matado a un hombre!

Carl fue hasta su pantalón y le mostró el pen. Roslyn asintió. —¿Para qué querías el diario?

—Para saber lo que pensabas de mí. —De repente se echó a reír como un loco

horrorizándola. Había perdido totalmente la cabeza. —Una vez me dijiste que lo escribías de vez en cuando, ¿lo recuerdas? Para desahogarte. Me moría por saber lo que ponías de mí y es maravilloso, cielo. Me quieres. Solo tienes buenos pensamientos hacia mí y eso me ha demostrado que todo ha valido la pena.

—Pero querías algo más. Por eso quisiste entrar en mi casa de nuevo.

—Claro que sí, mi amor. Te quería a ti.

—No me mientas, Kevin. Sabías que estaba en casa de mi padre.

—¿Crees que miento? —preguntó ofendido—. ¡No miento!

—Dime qué querías o voy a colgar.

A Carl se le cortó el aliento esperando su respuesta. —¿No lo entiendes? No te enfades conmigo. —Carl asintió animándola.

—¡No entiendo lo que pasa, Kevin! —dijo levantando la voz buscando una respuesta—. ¿Qué buscabas en mi casa?

—Eso fue culpa de tu padre.

Se le cortó el aliento mirando a Robert que se tensó. —¿De mi padre?

—Sabía que no nos dejaría. Necesitaba las grabaciones de México.

Suspiró del alivio porque durante un momento temió que le implicara en algo. —¿Para qué?

—¡Para presionarle! ¡Tenía que dejarnos en paz cuando nos fuéramos juntos! Sabía que las tenías.

Entrecerró los ojos. —¿Cómo lo sabías? ¿Antes de leer el diario?

—Claro que sí. Tú y yo no tenemos secretos, mi amor. —Se echó a reír. —Esa costumbre que tienes de espiar a la gente... Pero te conozco muy bien y sé que solo lo haces para protegerte.

—Me has espiado.

—¿Recuerdas cuando se estaba haciendo la obra de tu piso? Yo era el encargado de hablar con el jefe de obra. De hablar contigo sobre lo que querías. Esas fueron las mejores semanas de mi vida porque te veía todos los días. —Perdió el color de la cara mirando a Carl que estaba furioso. —No fue difícil decir al jefe de obra que quería un sistema de videovigilancia oculto. Por temas de seguridad. Mi vida, es maravilloso levantarse a tu lado. —Los ojos de Roslyn se llenaron de lágrimas. Lo había visto todo de ella. —Como te duchas... Tienes una piel preciosa, pero eso ya lo sabía, mi amor. ¿Recuerdas el crucero en las Bahamas? Como disfruté de esos instantes. Nunca has estado más hermosa que tumbada bajo el sol... No sabes lo que he disfrutado recordando ese momento. ¿Pero sabes de lo que más disfruto? De verte dormir. Eres tan hermosa que quitas el aliento. —Sin darse cuenta de que lloraba sintió náuseas y Carl la cogió por el brazo sentándola en la cama pues estaba temblando. Le hizo un gesto para que siguiera hablando, pero no se sentía capaz. —¿Roslyn?

Tragó saliva y Carl se acuclilló ante ella sujetando sus muslos. —Estoy aquí —dijo casi sin voz.

Escuchó como suspiraba. —¿Estás enfadada?

Carl negó con la cabeza. —No —dijo rápidamente—. Sorprendida.

Él se echó a reír de nuevo. —Por eso te conozco tan bien y sé que somos el uno para el otro. Ven conmigo, cielo. Yo no puedo ir a buscarte como me gustaría.

Carl alargó la mano cogiendo su móvil de encima de su mesilla.

—¿Ir? ¿A dónde? —preguntó nerviosa viendo que miraba un mensaje. Le hizo un gesto para que continuara—. ¿Dónde estás?

Él se acercó a su oído y susurró —Ya van a por él. Saben dónde está.

Suspiró del alivio. —Dime dónde puedo verte.

—Vendrás, ¿verdad? —preguntó ilusionado.

—Quiero hablar contigo. Todo esto ha sido una sorpresa para mí.

—¿Sorpresa? ¿Cómo que una sorpresa? ¡Te he enviado regalos! ¿Me estás diciendo que no quieres estar conmigo? ¿Después de todo lo que he hecho por ti? —gritó furioso.

—No he dicho eso.

—Te conozco muy bien. ¡Eres una puta desagradecida!

—Kevin, ¿qué dices? —preguntó impresionada porque de repente estaba totalmente fuera de sí—. ¿No entiendes que quiera hablar de esto?

—¡Entiendo que eres una zorra! ¿Intentas engañarme? ¿Es eso?

Carl apretó los labios mirando su móvil de nuevo y de repente le arrebató el teléfono. Asombrada vio como se lo ponía al oído. —Kevin.

—¿Quién coño eres tú?

—¿Quién soy? Soy la persona que va a hacer que pases el resto de tu vida encerrado pegándote de cabezazos contra la pared acolchada, capullo chiflado.

—¡Quiero hablar con Roslyn! —exigió fuera de sí.

—A Roslyn no vas a volver a verla jamás. De eso me encargo yo.

—¡Quiero hablar con Roslyn, que se ponga!

Impresionada porque parecía desesperado, se echó a llorar angustiada y su padre se acercó de inmediato sentándose a su lado y abrazándola por los hombros. —Escúchame bien, gilipollas. Olvídate de ella desde este instante. ¡Lo único que sabrás de Roslyn, es lo que ponga en el periódico y eso si te dejan leerlo en el psiquiátrico al que irás el resto de tu vida! —gritó furioso—. Vuelve a intentar acercarte a ella y te voy a arrancar las pelotas, mirón de mierda. ¿Te excita ver mujeres dormidas? ¡El sueño eterno vas a conocer como vuelvas a acercarte a ella a mil millas! ¡Haré que te encierren en el otro extremo del país! ¿Me oyes?

La risa al otro lado de la línea le tensó aún más. —Es mía.

—¡Nunca será tuya! —gritó al teléfono—. Espera que te ponga las manos encima. ¡Se te va

a quitar esa idea de la cabeza tan rápido que no recordarás haberla conocido nunca!

El sonido del teléfono indicando que había cortado la dejó sin aliento. —¿Qué has hecho?

—No te preocupes, nena.

—¿Qué has hecho? ¡No habían llegado! —gritó histérica.

—Cielo, le cogerán. —Su padre la abrazó a él y Roslyn se echó a llorar. —Le cogerán, ya verás.

Carl mirándola de reojo se puso el teléfono al oído. —Dime. —Sonrió cortándole el aliento. —¿Le habéis leído sus derechos? No quiero defectos de forma que puedan tirarme el caso.

—¿Le han cogido?

Él apartó el teléfono sonriendo. —Sí, nena. Ya te has librado de él.

Sintió un alivio enorme y su padre la besó en la frente. Roslyn se quedó mirando el vacío. —Hasta que no ha llamado todo esto me parecía irreal. Hasta que no lo he escuchado de su boca...

—Nena, es una manera que tiene tu mente de defenderse.

—Por Dios, ha muerto un hombre... Me ha secuestrado... y apenas una hora después de ver ese hombre muerto me preocupaba por mi diario...

Robert apretó los labios preocupado. —Hija...

Carl se acuclilló ante ella y la cogió por las mejillas con una mano. —Escúchame bien, Roslyn. —La miró a los ojos que estaban llenos de lágrimas pensando que algo no estaba bien en ella. —No es culpa tuya. Y nadie puede culparte por no estar pensando en ello a todas horas torturándote.

—Hasta que no le he escuchado, no me he dado cuenta de lo que podía haberme hecho —sollozó angustiada—. Algo no está bien en mí.

—Te sentías protegida, eso es todo. No eras consciente del peligro. —Le apartó los rizos de la frente con la otra mano. —Nena, todo está bien.

—¿Seguro? ¿No le soltaréis?

—No, preciosa. A partir de ahora estarás segura. —Se levantó besando su frente y Roslyn cerró los ojos disfrutando de su contacto. Cuando se incorporó ella abrazó a su padre mientras Carl se vestía.

Cuando se puso la cazadora apretó los labios al ver que no dejaba de llorar. —Robert, llama al médico.

—Mantenme informado.

Carl le miró fijamente antes de mirar a Roslyn que estaba destrozada. —Que le den algo para dormir. Te llamaré.

Se volvió para irse y Roslyn preguntó —¿Volveré a verte? —Al girarse, los ojos enrojecidos de Roslyn le miraban fijamente y ella sintió un nudo en la boca del estómago porque tenía la sensación de que ya no se verían más.

—Si no vuelvo no debes preocuparte. Me aseguraré de que todo está en orden.

Sintió que su corazón se retorció por sus palabras, pero solo pudo sonreír con tristeza porque era evidente que quería salir huyendo y no verla nunca más. —Entonces si no tengo oportunidad de decírtelo después, quiero darte las gracias.

Carl apretó los labios. —Es mi trabajo.

Salió de la habitación dejándola sin aliento y Roslyn cerró los ojos intentando ocultar su dolor. Las lágrimas traspasaron sus pestañas corriendo por sus mejillas y su padre la besó en la sien. —Voy a llamar al doctor Cristian. —Sollozó cubriéndose la cara con las manos y Robert suspiró. —Cielo, no nos equivocamos. Él es quien está equivocado. Le importas. Le importas mucho.

—¿Cómo lo sabes? —Sorbió por la nariz antes de mirarle.

Su padre alargó la mano cogiendo el pen de encima de la mesa y Roslyn sintió que su corazón se detenía. —Puede que no se dé cuenta, pero le importas y mucho. Es una pena que no os dé una oportunidad.

Alargó la mano cogiéndolo. —Sí que es una pena.

Capítulo 9

Dos meses después

Roslyn entró en su apartamento corriendo y tiró el abrigo al sofá con su maletín antes de correr hacia su despacho donde su ordenador estaba encendido. Impaciente se puso los cascos para empezar a escuchar la grabación de la noche anterior. Emocionada empezó donde lo había dejado. Se había acostado a la una porque tenía que trabajar al día siguiente. Escuchó como seguía en la fiesta y como una mujer se presentaba. Se llamaba Bridget. Era rubia seguro.

—No te había visto nunca —decía melosa.

—Vengo de las Vegas.

—¿Y trabajas para Carlos?

—Yo no trabajo para nadie —dijo fríamente.

—¡Ese es mi chico! —exclamó Roslyn sonriendo.

—Se nota que eres un tío duro. Como a mí me gustan.

Jadeó indignada. —¡Serás descarada!

—Es una pena que no me vayan las pelirrojas.

—¿Cómo que es pelirroja? ¡Seguro que es teñida!

—Tú te lo pierdes.

—Desaparece. Tengo trabajo.

—¡Eso, que está ahí para algo!

—Serás gilipollas.

Le escuchó chasquear la lengua y supuso que la descarada se alejaba. Qué bueno era ese micro. Mucho mejor que los anteriores. Incluso con la música se escuchaba perfectamente.

—Lewis, tenemos que ir a Brooklyn a buscar algo.

—¡Ajá! ¡Os va a enchironar! —exclamó ella encantada.

Les escuchó alejarse de la música y caminar por la acera. Miró el reloj y vio que eran las tres y media de la mañana. Frunció el ceño. Qué hora tan rara para ir a buscar droga. Aunque claro, a esa hora no habría mucha policía por ahí. —¿Has apostado en el boxeo? —preguntó David divertido. Eso la mosqueó porque en esas semanas nunca le había hablado en ese tono afable.

—Prefiero el fútbol.

—Cielo, no te confíes que ese es una rata —dijo preocupada.

—Ayer me gané dos mil setecientos pavos apostando por Hamilton.

—Tiene un buen derechazo.

Escuchó que se cerraba la puerta de un coche y como se encendía un motor. —¿No te gusta Bridget? Se ha tirado a todo lo habido y por haber.

—Ese es el problema. Demasiado fácil.

—¿Estás casado?

—Estás muy inquisitivo esta noche —dijo muy tenso.

A Roslyn se le heló la sangre. Ahí pasaba algo. —Es curiosidad, supongo. Llevamos semanas trabajando juntos.

—Tú no me has contado tu vida y yo no pienso contarte la mía.

—¿Vas de duro por la vida?

—David, no me jodas. ¿Qué coño te pasa?

—Es que uno de la fiesta me ha contado algo.

—¿Un chivatazo para una apuesta? Yo paso de perder la pasta.

—No. Me han dicho que tienes cara de agente del FBI. ¿A que es divertido?

Roslyn perdió todo el color de la cara esperando su respuesta. —No tiene gracia.

—Claro que no la tiene. ¿Por eso sabes a quién vamos a ver? A Carlos. Quiere hablar contigo.

—Tienes muchas pelotas para soltarme eso y esperar que no te parta esa cara de cerdo que tienes. Sé que no te caigo bien, pero esto es llevarlo al límite, ¿no crees? ¿Si quieres deshacerte de mí por qué no me pegas un tiro? ¿O no tienes huevos?

Se le cortó el aliento por el valor que tenía y muerta de miedo se apretó las manos.

—Debería habértelo pegado cuando llegaste. Tengo olfato para los mentirosos y tú lo eres.

—Eres un mierda. Pero tranquilo que esto lo resuelvo con Carlos. Igual el que te llevas una sorpresa eres tú y de paso un tiro por mamón.

—No te mato ahora mismo porque Carlos quiere ver ese careto antes de que te cosan a puñaladas, hijo de puta.

Roslyn se llevó la mano al cuello con el corazón a mil antes de escucharle —Eres muy valiente porque sabes que Carlos te cubre el culo. Como es tu primo...

—Cierra la boca.

—¿Ya no quieres conocerme mejor? —preguntó de manera que helaba la sangre—. Yo no moriré esta noche. Pero igual tú sí. A partir de hoy vas a tener que mirar sobre tu hombro cada vez que salgas a la calle, cabrón.

Roslyn separó los labios sorprendida porque David no dijo palabra. Vio por el gráfico del sonido que había en la pantalla que en los siguientes minutos no había conversación, así que pinchó con el ratón un segundo antes de que empezaran a hablar de nuevo.

—Aquí lo tienes, primo.

—Te he dicho mil veces que no me llames así —reconoció la voz ronca de Carlos de inmediato y enderezó la espalda—. Al menos tienes cojones para presentarte ante mí.

—Yo no tengo nada que ocultar. No sé lo que te ha dicho ese gilipollas, pero miente.

—Le han dado un chivatazo. Que eres del FBI.

—Sí, claro. ¿Me ves a mí cobrando esa mierda de sueldo cuando contigo lo gano solo en un día?

—Sí que pagan bien en el otro lado de la ley —susurró Roslyn impresionada por su sangre fría.

—Además, ¿ves algún agente por aquí? Si fuera uno de sus hombres tendría un micro o algo así. ¿Quieres registrarme?

—¿Ves como eres un gilipollas? —preguntó Carlos furioso—. ¡Siempre metes la pata!

—¡Te digo que es un agente! ¡Déjame registrarle!

Escuchó como se abría una puerta de manera chirriante y unos pasos acercándose. —¿Qué pasa aquí?

—¿Quién es éste? —preguntó Carl. Notó en su voz que se había tensado.

—Te importa una mierda quien soy. —Su voz estaba más cerca. —¿Éste es el infiltrado?

—Sí, jefe.

—Mátale.

Roslyn se tapó la boca para no gritar. —Pero jefe... No creo que Lewis lo sea.

—¿Y vas a correr el riesgo? Mátale.

El sonido del disparo la sobresaltó y Roslyn gritó levantándose de la silla. Sintiendo que el corazón se le salía por la boca escuchó decir al jefe —Des hazte de él.

Al darse cuenta de que hablaban de Carl gritó llevándose las manos al vientre. La doncella

entró en el despacho. —Señorita, señorita, ¿qué le ocurre?

Roslyn intentaba escuchar, pero solo se oyó un quejido. —Como pesa el cabrón.

—Tíralo en el pozo de la fábrica. Allí no lo encontrarán.

—Joder, ¿tengo que ir hasta el Soho otra vez? ¿No puedo tirarle al río?

—¡Cierra la boca y haz lo que te digo! Jefe, sobre el cargamento llega mañana a las once de la noche. Entra en una de las dársenas de carga. Contenedor seis mil doscientos.

Escuchó como se alejaban. —¿Has sobornado a los de la aduana?

—Sí, jefe. Están preparados.

—No quiero fallos.

Escuchó como David gemía cargando con Carl y una lágrima corrió por su mejilla sin poder creerse todavía que le hubieran matado. —Maldito cabrón. Como pesas...

—Señorita, ¿qué ocurre? ¿Por qué llora? —Al ver que no le hacía caso salió del despacho a toda prisa mientras ella miraba la hora de la pantalla. Las cuatro y veinte de la mañana. Tenía que hacer algo. Histérica pensó a quien llamar y corrió a toda prisa hasta el salón para buscar su maletín cuando vio que su doncella hablaba con alguien por teléfono. —¿Quién es?

—Su padre, señor...

Le arrebató el teléfono a toda prisa. —¡Papá! ¡Le han matado! —Se echó a llorar hiperventilando.

—Hija, ¿qué ocurre?

—¡Han matado a Carl!

—Señorita siéntese. Se va a desmayar.

—¡Déjame! ¡Papá tienes que llamar a alguien! ¡Le han tirado a un pozo! ¡Le han disparado!

—Voy para allá. Estoy en la cena con los Smithson.

—¡Date prisa! ¡Llama a alguien, papá! ¡Tienen que encontrarle!

Su padre colgó y medio mareada miró a su alrededor. Muerta de miedo corrió hacia el despacho de nuevo casi chocándose con el marco de la puerta y se puso los cascos buscando en la pantalla conversaciones en la siguiente hora, pero lo único que escuchó fue a ese salvaje protestando mientras cargaba con Carl. Al escuchar un fuerte golpe cerró los ojos y sintiendo que su corazón se resquebrajaba en mil pedazos se quedó en silencio escuchando mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Vio una fluctuación en la onda del sonido veinte minutos después y al pinchar escuchó una sirena de la policía. Sollozó buscando más fluctuaciones y vio una ligera a las siete de la mañana. Ni respiró escuchando el sonido. Era un pequeño roce. Impaciente lo volvió a poner subiendo el volumen. Su corazón se detuvo al escuchar el roce y también creyó escuchar un suspiro.

Su padre entró en el despacho y la miró con pena. —Hija...

—¿Le han encontrado? ¿Está bien? ¡Dime algo! —gritó tirando los cascos.

—El agente especial al mando encargado de su investigación viene para acá. Le ha llamado y no le ha contestado al móvil. No sabe nada desde ayer e informa todos los días. He tenido que contarle lo del reloj.

—¿Crees que me importa? —Con ganas de gritar se llevó las manos a la cabeza apartando sus rizos. —Dios, no puede haber muerto.

Su padre la abrazó. —Eso no está en tus manos, cielo.

—Tenía que haber hecho las cosas distintas. ¡Si estuviera a mi lado esto no habría pasado!
—Se echó a llorar y su padre intentó consolarla hasta que escucharon el sonido del timbre. Robert se tensó. —Ya están aquí. Prepárate para contarle todo.

Roslyn asintió apartándose y se pasó la mano por debajo de la nariz intentando controlarse cuando un hombre rubio algo más bajo, pero igual de corpulento que Carl apareció en su puerta.
—¿Señorita Carrington? Soy el agente especial Mathew Stuart.

—Le han tirado a un pozo en una fábrica del Soho —dijo de los nervios—. Ahí está la

grabación. —Se apretó las manos viendo como rodeaba el escritorio.

—¿Dónde tenía el micro? —preguntó muy serio cogiendo los cascos.

—En el reloj. Se lo envié como presente en agradecimiento por... ¡Bueno, lo que pasó! — Sus ojos se llenaron de lágrimas de nuevo. —Ni vino a despedirse y creí que no se lo pondría. Pero lo hizo. No se lo ha quitado nunca en este tiempo... —Sollozó viendo cómo se ponía los cascos como si no la hubiera escuchado y su padre la abrazó por los hombros.

Vio como movía el ratón totalmente concentrado y esperó impaciente a que lo escuchara. De repente se quitó los cascos sacando su móvil del bolsillo interior del traje que llevaba. Se puso el teléfono al oído. —Llámales a todos. Carl ha desaparecido y pueden haberle matado. Necesito a toda la unidad operativa en media hora. Envíame a Henry a la Quinta Avenida. Tiene que revisar una grabación. ¡Esto es prioritario! ¡Date prisa! —Colgó el teléfono y la miró a los ojos. —Cada segundo va en contra de él.

—Han pasado muchas horas.

—Hasta que no encuentre su cadáver, buscaré a un agente herido. Mis hombres harán lo posible para encontrarle.

—Esta noche llega el cargamento. —Roslyn dio un paso hacia él. —Estoy segura de que Carl no querría que todo se fuera a la mierda. Tenéis que pillarles.

—No te preocupes por eso. Esos cabrones van a pagar. Ahora déjanos hacer nuestro trabajo. —Fue hasta la puerta, pero antes de salir se volvió para mirarla a los ojos. —Por cierto, ignorando el hecho de que todo esto es muy raro y que es un delito, gracias.

—Cualquier cosa que necesiten, lo que sea... No duden en pedirla —dijo su padre.

—En este momento solo quiero que lleguen mis hombres. Tengo que encontrar esa fábrica cuanto antes.

Media hora después su casa estaba llena de gente. Tres agentes analizaban la grabación desde distintos ordenadores y antes de una hora habían localizado la fábrica en ruinas a nombre de una sociedad del sospechoso mientras otro grupo dirigido por Mathew concretaban el operativo para sorprender el alijo en el puerto. Uno de los expertos llegó a la conclusión de que a las siete de la mañana aún estaba vivo y para Roslyn fue un auténtico alivio. Sentada en el sofá con los nervios destrozados intentaba enterarse de lo que ocurría. Su padre se sentó a su lado y le cogió la mano. —Van a dividirse en dos grupos.

Asintió porque ya lo había deducido. —No tenía que haber dejado que se fuera. Tenía que haber insistido.

—Hija, fue decisión suya. Su trabajo debe ser importante para él.

Roslyn agachó la mirada mirando sus manos unidas y la apretó necesitando sentirle. —¿Cómo puedo quererle tanto si no le conozco?

—Conoces lo importante. No te tortures más, cielo. Ya no tiene sentido.

Se echó a llorar. —Tienes razón. ¿Para qué?

Mathew abrochándose el chaleco antibalas se acercó a ellos. —Nos vamos. Tres expertos y un psicólogo se quedarán para seguir analizando las grabaciones. Siento la molestia, pero aún pueden encontrar algo importante y si se trasladan ahora perderán tiempo.

—No es molestia. Lo que necesiten...

Mathew cogió una camiseta que le pasó un agente y se la puso sin quitarle la vista de encima a Roslyn que estaba hundida. —A él le importabas, ¿sabes?

Sorprendida levantó la mirada. —¿Te lo dijo él?

—Me pidió consejo. Le conozco muy bien y si lo hizo es porque le alterabas lo suficiente como para ponérselos por corbata. Le gustabas mucho.

Intentó no llorar. —Como dice mi padre eso ahora ya no tiene importancia. —Se levantó y fue hasta su habitación recordando la primera vez que vio a Carl aquel día en casa de su padre.

Desearía regresar a ese día. Daría todo lo que tenía por volver a ese momento.

Sentada en el asiento de la ventana vio como amanecía agotada emocionalmente. Se dijo mil tonterías, pero nada de lo que ella hubiera podido hacer tenía sentido porque él la había rechazado de plano. Ni le había dado una oportunidad y se lo había dejado bien claro, así que torturarse de esa manera era absurdo. Aunque eso no impedía que doliera. Durante todo ese tiempo en que no se habían visto, devoraba cada sonido de su voz hambrienta por saber si estaba bien o si en algún momento hablaba de ella. No lo había hecho nunca. En cuanto se había terminado la investigación, se había olvidado de ella y era lógico teniendo en cuenta que jamás había habido nada entre ellos. Una lágrima cayó por su mejilla viendo que empezaba a llover.

La puerta se abrió de golpe y su padre la miró a los ojos. —Le han llevado al Presbyterian. —Ella le miró sin entender. —Aún está vivo, cielo. Muy grave, pero vivo.

Separó los labios de la sorpresa y se levantó lentamente. —¿Está vivo? —susurró impresionada.

—Tiene dos disparos en el pecho, pero aún vive.

Sintiendo una alegría inmensa a toda prisa fue hasta él. —Quiero a los mejores, padre.

—Tendrá lo que necesites. Ya he llamado al hospital para que le operen los mejores. Han dicho que se pondrán en contacto con los más expertos que se encuentren en la ciudad.

Asintió saliendo de la habitación. —Hija... —Le miró sin dejar de caminar hacia el salón. —Cuando he dicho muy grave quería decir... crítico.

Sus ojos se oscurecieron de la preocupación, pero dijo serena —Me lo he imaginado, papá. Él se ha esforzado por mantenerse vivo. Ahora es cosa nuestra encontrar a los mejores especialistas que le hagan salir adelante.

Robert sonrió. —Vamos allá.

La horas se hacían eternas en la habitación privada que ocupaban los Carrington. Estaban agotados porque la noche anterior no habían pegado ojo. Su padre cabeceaba sentado en una silla al lado de la ventana donde ya estaba oscureciendo. Eran solo las cinco de la tarde y a ella le parecía que habían pasado días desde que había escuchado la grabación. Preocupada porque no tenían noticias se levantó de la cama para pasear por la habitación. —¿Por qué tardan tanto en informar?

—Hija, tardaron dos horas en estabilizarle para que pudiera entrar en el quirófano y te advertió el cirujano que tenía la bala en una zona de difícil acceso. No querrán dañarle la columna.

—Más le vale que no.

Robert sonrió al ver su enfado. —Enseguida vendrá alguien a infor...

En ese momento se abrió la puerta y Mathew entró con su mujer a la que ya conocía de esa mañana. —¿Se sabe ya algo? —preguntó Mary preocupada.

—Aún no. —Se giró hacia Mathew. —¿Les has cogido? ¿A todos?

El amigo de Carl apretó los labios. —Nadie quiere hablar sobre quien es el jefe. Le temen demasiado.

Roslyn entrecerró los ojos. —Ya le pillaré Carl cuando se reponga.

—Estoy seguro. —Sacó algo del bolsillo y los ojos de Roslyn se empañaron al ver el reloj que ella le había regalado. —Me lo ha dado una enfermera. Es lo único personal que tiene aparte de su documentación falsa. Normas de los infiltrados, ya sabes.

Emocionada cogió el reloj. Miró la esfera plateada con la correa en cuero negro. Mucho más moderno que los anteriores que había regalado porque si no sabría que no se lo pondría. Acarició la esfera limpiando una pequeña gota de sangre que seguro que a Mathew se le había

pasado por alto y lo volvió para leer el grabado. Había pensado mucho en que ponerle para que fuera algo entre los dos sin revelarle a nadie su identidad o procedencia. Así que al final se decidió por lo último que le había preguntado porque era la única manera de decirle que se moría porque volviera a su lado: “*¿Volveré a verte?*”

Cuando lo grabó sabía que si le devolvía el reloj era que quería olvidarla para siempre, pero se lo había puesto y no se lo había quitado en todas esas semanas.

Mathew sonrió. —Al parecer os vais a volver a ver.

Roslyn negó con la cabeza y su padre la miró sorprendido. —Pero hija...

—No voy a presionarle y menos después de algo así, papá. Tiene que venir por voluntad propia no porque yo insista. En cuanto sepa que está bien y que se recuperará me iré del hospital.

Mary la miró impresionada y su marido cogió su mano como si necesitara sentirla. Se alejó de ellos yendo hasta la ventana y miró el reloj acariciándolo, sintiendo que la unía más a él. Tomó aire mirando las luces de la ciudad. Llamaron a la puerta y todos se volvieron impacientes para ver a un hombre vestido de verde y que parecía salido del quirófano. Su rostro no mostraba nada y Roslyn contuvo la respiración. —Soy el doctor Kennedy. Soy el jefe de residentes del hospital y he participado en la operación con el doctor Battlefield.

—¿Cómo está? —preguntó su padre porque nadie se atrevía.

—La operación ha sido todo un éxito.

Roslyn cerró los ojos del alivio. —Como saben el doctor Battlefield es uno de los mejores cirujanos del país y les puedo asegurar que ha sido un honor participar en la operación, porque he visto cómo se realizaba un milagro y no exagero ni un ápice.

Ella dio un paso hacia él. —¿Pero se repondrá?

—Si todo va bien no hay razón para que no lo haga. Pero será el doctor Battlefield quien les informe detalladamente del proceso de recuperación. En este momento está cerrando y me ha enviado a mí para que les tranquilice. Está estable y la operación no podía haber ido mejor.

Mary sorbió por la nariz mientras su marido la abrazaba del alivio y miró a su padre por encima de la cabeza de su esposa dándole las gracias con esos ojos azules que hasta ese momento habían estado cargados de preocupación. Robert no le dio importancia mirando a su hija que con una mano en el pecho dio un paso hacia él. —¿Cuándo podremos verle?

—El doctor les informará.

Forzó una sonrisa porque hasta que no le viera no se quedaría tranquila. —Gracias, doctor.

En cuanto les dejó solos Mathew dijo —No sé cómo agradecerlos...

—No tienes nada que agradecer. Carl forma parte de esta familia desde que entró en mi casa diciéndome que cerrara el pico y le dejara hacer su trabajo.

Los Stuart sonrieron. —Sí, él es así. —Mathew miró la espalda de Roslyn que estaba en la ventana de nuevo. Su cabello estaba despeinado y sus rizos no estaban impecables como debían acostumbrar. Su ropa estaba arrugada pero aún así era increíblemente preciosa. Había que estar loco para rechazar a una mujer tan hermosa y que estaba tan enamorada de él. Estaba claro que debía hablar con su amigo seriamente.

Capítulo 10

Carl se tocó el pecho reprimiendo un gemido de dolor al intentar acomodarse en la cama. Joder, le dolía el culo de estar tumbado. La puerta de su habitación se abrió y sonrió a su amigo que entraba en ese momento. —Vaya, vaya. ¿Haciendo pellas en hora de oficina?

—Cierra el pico. —Divertido cerró la puerta y se acercó. —¿Cómo estás?

—Jodido, pero vivo.

Mathew asintió sentándose a su lado en la cama y Carl al ver que perdía la sonrisa le miró fijamente. —¿Qué pasa? ¿No le encontráis?

—No. Te he puesto seguridad, aunque no creo que vayan a por ti porque les pillamos a todos con las manos en la masa, pero más vale prevenir que lamentar.

—Ese cabrón no tiene escrúpulos. Es un hijo de puta que no duda en matar para quitarse del medio a cualquiera que pueda perjudicarlo. Y yo lo he hecho. Enviaré a alguien a por mí.

—No debes preocuparte por eso.

Carl entrecerró los ojos. —¿Qué ocurre, Matt? ¿Tienes problemas en casa? ¿La niña está bien?

Su amigo sonrió. —En casa todo está bien, aunque Mary está algo inquieta por lo que te ha pasado. Me llama a menudo temiendo que me ocurra lo mismo. Nunca lo ha visto tan de cerca.

—Es lógico. Se le pasará con el tiempo. ¿Entonces qué te ocurre? —Le miró con desconfianza. —¿El médico te ha dicho algo que yo no sepa?

—No. Te recuperarás bien. Y como sabes sientes las piernas, así que todo va como tiene que ir.

—Joder, ¿entonces qué coño pasa?

—No me has preguntado cómo te encontré.

Carl no entendió la pregunta. —¿Cómo me encontraste? Por el móvil, ¿no? Por la localización del móvil.

Mathew apretó los labios. —No, amigo. No tenías el móvil cuando te encontramos en el pozo.

—¿Entonces? —Entrecerró los ojos. —¿Cómo sabías donde estaba?

Mathew tomó aire antes de mirarle fijamente. —No te cabrees.

—¿Quieres soltarlo de una vez? ¡Joder, qué misterioso estás!

—Roslyn me avisó. —Su amigo no movió el gesto. Seguramente porque no le comprendía.

—Roslyn Carrington o más bien su padre nos avisó de que te habían disparado.

Carl entrecerró los ojos aún más. —¿Y cómo lo sabía ella?

Mathew hizo una mueca. —Pues...

—¡Joder! ¡El puto reloj! —exclamó con asombro.

Su amigo reprimió la risa. —Tío, tienes que hablar con tu chica porque esto de espiar a los que le rodean se le está yendo de las manos. —Rió por lo bajo. —Aunque sea útil.

—¡Me ha espiado dos meses! ¡Ahora entiendo como tenía esas grabaciones! ¡Regala relojes!

—Práctico.

—¡Se le va la cabeza!

Mathew sonrió. —Está enamorada. Quería saber de ti. Al parecer no te despediste.

—¡Sí que lo hice!

—Pues no volviste. —Carl bufó desviando la mirada como si no quisiera escucharle. —Es una mujer preciosa y tenías razón, es muy inteligente.

—¿La has visto?

—He pasado horas con ella aquí en el hospital.

Carl no disimuló su sorpresa. —¿Aquí?

—Hasta que no te subieron a la habitación no salió del hospital. Estuvo seis días en una habitación pendiente de cada cosa que te hacían. Los Carrington fueron los que te proporcionaron ese médico que al parecer es un genio y consiguió salvarte primero la vida y después no dañar la médula al extraer la bala. Contrataron a tres enfermeras especialistas en cuidados intensivos para que estuvieran exclusivamente pendientes de tus constantes hasta que te despertaste.

—¿Me estás vacilando?

—No. ¿Crees que esta habitación la paga nuestro seguro médico?

Carl se tensó. —Haz que me trasladen.

—Deja el orgullo a un lado, ¿quieres? Robert está muy agradecido y esto no es nada para él. Acéptalo y no montes escándalos.

—¡Haz que me trasladen! ¡No quiero aprovecharme de su dinero!

—Ya, pero es que se supone que no debía decirte nada. No tenías que enterarte. Me lo pidió Roslyn antes de irse del hospital.

—¿Y por qué coño me lo dices? —Carl no salía de su asombro.

—Porque a Mary le gusta. Y a mí.

—¿Es que le gusta a cualquiera! —le gritó a la cara.

—Y tenía que informarte porque estás en tu derecho de ponerle una denuncia por invadir tu intimidad.

Carl gruñó tocándose el pecho. —Podría hacerlo. —Gruñó de nuevo. —Joder, lo que habrá escuchado.

—¿Te has acostado con otra? Si me entero de que alguien me escucha en un momento así...

—Su amigo carraspeó removiéndose incómodo. —¿Carl?

—¡No! ¡Estaba en una misión!

—Como si no te tiraras a todo lo que pillas en las misiones —dijo su amigo divertido.

Carl le fulminó con la mirada. —Pues esta vez me he centrado más. ¡Y mira de lo que me ha servido! ¡Cómo encuentre a ese chivato de mierda, me lo cargo! —Se quedaron en silencio unos minutos y Carl le miró de reojo. —¿Por qué no se quedó a verme cuando desperté?

—No quiere presionarte. —Con ganas de reír porque se moría por saber de ella se levantó.

—¿Presionarme? No podría presionarme.

—Pues no quería que te sintieras obligado porque te había ayudado. Estás vivo gracias a ella.

—¡Porque me espío!

—Exacto.

Impotente le miró furioso. —Es que no sé si cabrearme o...

—¿O besarla?

—¡No quiero besarla!

—No, claro que no. Quieres mucho más, pero te intimida.

—¡La hostia, esto es lo que me faltaba por oír! ¿Es que has perdido la cabeza?

—Sino no me hubieras pedido permiso para acostarte con ella.

—¡Yo no te pedí permiso! —gritó fuera de sí.

Intentó no reírse. —Si tú lo dices...

—¡Era un consejo de amigo!

—Pues te aconsejé mal. Aunque no la conocía en persona y hay que ser de piedra para

resistirte a esa mujer.

—¿Qué pasa? ¿Te gusta? —preguntó agresivo.

—Le gustaría a cualquiera, tío. Bueno, tengo que irme. Algunos trabajamos.

Mosqueado vio como abría la puerta. —Si necesitas algo llámame. —Iba a salir cuando se detuvo. —Por cierto... Como ella me dio su número de móvil por si necesitabas algo, ¿quieres que te lo envíe por mensaje? Por si quieres echarle la bronca y desahogarte.

—Si me haces el favor... —siseó con ganas de matar a alguien.

Su amigo se echó a reír. —No seas duro con ella.

—¡Envíamelo de una vez!

Le guiñó un ojo saliendo de la habitación y Carl suspiró dejándose caer sobre las almohadas antes de gruñir de dolor. Esa mujer... Gruñó volviendo la mirada hacia el móvil que estaba encima de la mesilla. ¿Por qué no le enviaba el número de una vez?

—¡Más rápido! —gritó su entrenador mientras ella saltaba a la comba a un ritmo frenético —. ¿Qué te pasa hoy? ¡Más rápido!

Aquel tirano iba a hacer que se le saliera el corazón por la boca. Intentó acelerar el ritmo, pero no levantó la punta del pie a tiempo y se le enredó la cuerda. Suspiró apoyando las manos en las rodillas intentando tomar aire mientras las gotas de sudor recorrían su frente.

—¿Qué? ¿Un descansito? ¡Mueve el culo!

Le fulminó con sus preciosos ojos verdes. —¡Qué te den!

—¡Sí, muy fina, señorita Carrington! ¡O te espabilas o me largo!

Ni hablar. Era el mejor entrenador de la ciudad. Se incorporó reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban y empezó a saltar de nuevo cuando escuchó el sonido de su móvil a lo lejos.

Claude dio un paso hacia ella amenazante y Roslyn forzó una sonrisa. —No voy a ir a cogerlo.

—Más te vale. ¡Salta!

Soportó sus gritos y sus exigencias los diez minutos más que faltaban para que terminara la clase. Tirada en el suelo intentando recuperar el aliento la miró desde arriba y Claude levantó una ceja. —Mañana a las siete de la mañana.

Sorprendida levantó la cabeza. —¿Me pasas a las siete? —Sonrió de oreja a oreja porque sabía que era difícilísimo conseguir ese horario. —¡Gracias!

—No me des las gracias. Me levanto muy fresco. No te quejes si luego no puedes ir a trabajar.

—Bah, trabajo sentada.

Claude se echó a reír de la que salía con su bolsa de deporte. El sonido de su móvil la hizo gemir y se giró apoyándose en las rodillas. Cómo le dolía el trasero. Se lo iba a dejar duro como una piedra. Consiguió levantarse y salió del gimnasio para entrar en su habitación. Estaba encima de la cómoda y al ver un teléfono que no conocía frunció el ceño colgando. Se habrían equivocado. Se quitó la camiseta de deporte y entró en el baño para darse una buena ducha cuando el teléfono volvió a sonar. Bufando regresó a la habitación para ver que era el mismo número. Suspiró descolgando. —¿Diga?

—¡Al fin! ¿Qué pasa que no me coges el teléfono?

Frunció el ceño por su tono. —Perdone, pero creo que se ha equivocado de número. ¡Y no me grite! ¡Y por la que le grite, debo exigirle que deje de gritarla! ¡Grosero! —Colgó el teléfono y siseó —Será posible. —Indignada regresó al baño y se quitó las zapatillas de deporte. —La gente no tiene modales. —Tiró de la cinturilla de su pantalón hacia abajo y se lo estaba sacando por los tobillos cuando el teléfono sonó de nuevo. Roslyn entrecerró los ojos. —No puede ser verdad.

En ropa interior caminó como si fuera a la batalla para ver el mismo número en la pantalla del teléfono. —¡Increíble! —Descolgó furiosa. —Oiga, ¿está sordo? Se ha equivocado de

teléfono.

—Hola nena...

Su corazón dio un vuelco sin poder creerse que fuera él. —¿Carl? —Asombrada se sentó en la cama. —¿Cómo estás?

—No lo sé. Dímelo tú —respondió con ironía.

Dejó caer los hombros. —Lo sabes.

—¡Pues sí que lo sé! ¿En el reloj, nena? —Roslyn hizo una mueca. —¡Cuando me lo dijeron no me lo podía creer! ¡Mejor dicho, sí me lo podía creer porque te conozco! Preciosa, tienes una costumbre muy...

—¿Fea?

—Delictiva —dijo con voz lacerante—. Te podría demandar, ¿sabes?

—Te salvé la vida —replicó indignada.

—¡Eso es lo que te libra!

Sonrió sin poder evitarlo. —¿Te duele?

—Me acaban de poner la medicación.

Se quedó en silencio y Roslyn se mordió el labio inferior inquieta por si quería colgar. —
¿Me llamas para darme las gracias?

—No.

—Ah...

—Yo no pedí nada.

—No, claro que no. Estabas medio muerto.

—¿Me lo estás echando en cara?

—¿Cómo iba a hacer yo eso? —Incómoda porque estaba segura de que la llamaba para

darle las gracias, pero su orgullo le impedía hacerlo, añadió rápidamente —Así que no te duele.

—Nena, un día te vas a meter en un lío de primera. Tienes que dejar de regalar relojes.

—Me hacen descuento en la joyería.

—Estoy seguro de eso.

Roslyn sonrió porque sabía que le había hecho gracia. —¿Te gustó?

—Sí... Me gustó mucho.

—Pero no me llamaste.

—Esto no va a ningún sitio.

Se mordió el labio inferior sintiendo que se le retorcía el corazón. No pensaba darle ninguna oportunidad. Alejó el teléfono del oído y sin ser capaz de hablar colgó sintiendo que se le rompía el alma. Con los ojos llenos de lágrimas reprimió un sollozo levantándose. El teléfono volvió a sonar y miró la pantalla viendo que era él, pero no contestó. Era mejor cortar por lo sano. Lo había intentado dos veces y ya no podía arrastrarse más. Carl sabía de sobra lo que sentía y si no quería estar a su lado, ella debía respetarlo.

Entró en casa de su padre y le preguntó a la doncella —¿Está listo?

—Acaba de llegar, señorita. Se está duchando. —Cogió su abrigo de visón y admiró su vestido dorado estilo años veinte con escote palabra de honor y su maravilloso cabello recogido en la nuca en un primoroso e intrincado moño. —Está preciosa, señorita.

Sonrió. —¿Qué vas a hacer esta Nochevieja, Mary?

—Voy a una fiestecita a casa de mi hermana. —Le guiñó un ojo. —Lo pasaremos bien.

—Estoy segura de ello. Apuesto a que será mucho más divertida que a la que iremos nosotros. Siempre es lo mismo. —Caminó hasta el ventanal y admiró la ciudad iluminada.

—¿Desea beber algo mientras espera?

—Sí, una copita de champán para haber si me animo. —Últimamente no la animaba nada.

Pero al menos se pondría a tono.

Mary sonrió yendo hacia la cocina. —Enseguida.

Aburrida miró a su alrededor y sonrió viendo una foto suya con su padre en su último viaje en el yate. Cogió el precioso marco de plata. Parecía feliz al lado de su padre sentada ante una mesa primorosamente decorada sonriendo a la cámara. Pero claro esa foto fue antes de conocer a Carl. Al pensar en él perdió la sonrisa poniendo la foto de nuevo sobre el aparador. Se volvió exasperada y gritó —¡Papá, como no te des prisa me voy a casa! —Y para sí dijo —Que lo estoy deseando.

—¡Ya voy! —gritó desde arriba.

Llamaron a la puerta y miró hacia la cocina con el ceño fruncido. Estiró el cuello hacia el comedor, pero no aparecía nadie así que suspiró caminando hacia el hall. Hastiada abrió la puerta quedándose en shock al ver a Carl vestido de smoking al otro lado. Él tuvo la misma reacción mirándola de arriba abajo. —Hostia. —Sus ojos volvieron a subir hasta que llegaron a los suyos. —Estás preciosa, nena.

Se sonrojó de gusto y entonces recordó que no tenía ni idea de que hacía allí. Puso una mano en la cintura. —¿Qué haces aquí?

Carl entrecerró los ojos. —¿Estás mosqueada?

—¿Yo? Qué va. —Levantó la barbilla. —¿Qué haces aquí?

—Tu padre me ha invitado. ¿Ahora puedo pasar?

—¿Mi padre te ha invitado? ¿A qué?

—A una fiesta.

No se lo podía creer. Tenía que ser una broma pesada. Tomó aire por la nariz

enderezándose antes de volverse y entrar en el salón. Carl chasqueó la lengua entrando en la casa y cerrando la puerta. Cuando llegó al salón, vio como cogía una copa de champán de la bandeja que una doncella ponía sobre la mesa de centro y que se la bebía en dos tragos. —Nena, eso pega mucho.

—¿No me digas? —siseó cogiendo la copa que estaba al lado y bebiéndose un buen trago —. Salud.

—¿El señor quiere beber algo?

Carl cogió la copa que ella acababa de dejar en la bandeja y sacó la botella de champán sirviéndose él mismo. —Esto me vale, gracias.

Molesta se sentó en el sofá mientras Mary salía del salón. Cruzó sus preciosas piernas y se sintió observada, pero se negaba a mirarle. —Roslyn... Sé que estás enfadada.

—¿Yo? —Le miró asombrada. —Claro que no.

Confundido entrecerró los ojos. —Pues lo disimulas muy bien. No cogiéndome el teléfono, por ejemplo.

Se encogió de hombros. —Es que ya nos lo hemos dicho todo.

Él gruñó antes de beber de su copa. Cuando tragó a Roslyn se le secó la boca al ver como su nuez subía y bajaba por su garganta. También se dio cuenta de que se había cortado el cabello y eso sí que la sorprendió. Carl la miró a los ojos y se sonrojó ligeramente porque la hubiera sorprendido observándole. Apartó la mirada y bebió de su copa. Le escuchó suspirar y asombrada vio que se sentaba a su lado. Demasiado cerca para su gusto. —No nos lo hemos dicho todo.

Incómoda se apartó unos centímetros como si nada. —¿No me digas? —Miró hacia la escalera. —¡Papá! ¡Hablo en serio!

—¡Ya voy!

—Nena, sobre lo del reloj...

—No regalaré más, ¿de acuerdo? De hecho no he regalado más. —Y por lo bajo añadió —
Total para lo que me sirven.

—¿Qué has dicho? —Se estremeció al sentir su aliento y volvió el rostro hacia él perdiendo el hilo de sus pensamientos. Carl sonrió haciendo que su corazón se detuviera y él se acercó algo más mirando sus labios. —No te he oído —susurró con voz ronca.

—No he regalado más. —Miró sus labios sin darse cuenta medio hipnotizada y cuando fue consciente de lo que estaba haciendo se puso como un tomate levantándose de golpe y gritando —
¡Papá! ¡Te veo allí!

—Espera hija, que... —El portazo le hizo salir corriendo pues ya llevaba vestido de smoking desde hacía una hora y desde la barandilla miró asombrado a Carl que también parecía que no se lo creía. —¿Qué coño has hecho?

—Nada. ¡No he hecho nada! —Mosqueado se levantó. —¡Me ha esquivado! ¡Y no es por nada suegro, pero a mí no me suelen esquivar! ¿No me la estará pegando?

—¿Pero qué dices? Si solo trabaja. ¡Ni sale de compras ni queda con sus amigas!

Le señaló con el dedo. —Aquí pasa algo. ¡Te lo digo yo!

—¡Sí, que está harta de tus rechazos!

Carl entrecerró los ojos. —Como haya otro tío...

—¡No digas tonterías! —Bajó las escaleras a toda prisa. —Vamos a ver si la pillamos aún.

Capítulo 11

Llegaron a la fiesta que estaba a rebosar de gente. Robert sonriendo fue dando la mano a sus conocidos y lo iba presentando como su buen amigo Carl. Sin estar muy atento miró a su alrededor dando la mano a unos y a otros buscando a Roslyn, pero no la veía por ningún sitio. — Robert, no está aquí.

Su suegro estiró el cuello. —Claro que sí. ¿Cómo no iba a venir? —Miró a un lado y a otro.

—¿Crees que con el vestido que lleva es difícil de ver? —En ese momento se apartó una mujer bastante robusta y vio a Roslyn apoyada en la pared del fondo con una copa de champán en la mano y hablando con un tipo que le daba la espalda. El tipo apoyó la mano en la pared acercándose aún más y Carl lo vio todo rojo cuando Roslyn sonrió a aquel tío de una manera que le retorció las tripas. —La madre que me pa... ¡Te lo dije! —Robert estaba asombrado y gimió cogiendo una copa de champán de una bandeja casi tirando el resto de las copas. —¿Quién es ese tío? ¿No será el gilipollas?

Su suegro se hizo el loco. —Está de espaldas y...

—¡Déjate de rollos!

Iba a dar un paso hacia ellos, pero Robert le detuvo cogiéndole por el brazo. —Intenta no romper la nariz a nadie.

—Muy gracioso. —Caminó hacia ellos y ver como Roslyn sonreía de nuevo a ese tipo le puso a mil. Aquel mamón tuvo la cara de acercarse a su oído y susurrarle algo que parecía de lo más íntimo por la cara de sorpresa que puso ella. Ese gilipollas estaba muerto. Le puso la mano en el hombro y él se volvió sorprendido. Carl se quedó de piedra al ver al tal Roy. —Perdón, ¿nos

conocemos?

—Sí, tienes mala memoria.

—Carl, estábamos hablando —dijo Roslyn indignada por la interrupción.

—¿No me digas?

—Roy... —Su padre le miró asombrado. —¿Qué haces aquí?

—Los Kennedy también me han invitado. —Les miró confuso. —¿Ocurre algo?

—No, claro que no. —Carl cogió de la mano a Roslyn tirando de ella hacia su cuerpo. Se le cortó el aliento al sentirle y confundida dejó que la cogiera por la cintura. —Que lo pases bien.

Tiró de ella alejándose y Roslyn jadeó indignada. —Carl, ¿qué haces?

Roy se interpuso. —Perdona, ¿pero qué haces?

—¿Qué hago? Llevarme a mi mujer. ¿Tienes algún problema?

Roslyn le miró asombrada y al darse cuenta de lo que había dicho sonrió como una tonta llevando su mano a la suya en su cadera. Carl la miró a los ojos. —¿Bailamos, preciosa?

Sonrió aún más y Carl le guiñó un ojo antes de llevarla hasta la pista de baile donde ese momento sonaba una canción de Celine Dion. La cogió por la cintura pegándola a él y Roslyn miró sus ojos. —Lo siento, nena.

—¿Qué sientes?

—Haberte hecho daño.

Emocionada subió sus manos por sus brazos hasta llegar a sus hombros sin poder creerse aún que estuviera allí y le abrazó cerrando los ojos al sentirle. Se movieron al ritmo de la música y Carl acarició su espalda sin darse cuenta de que el ritmo variaba. Necesitando sentirse siguieron abrazados y Roslyn se estremeció cuando sintió que besaba su cuello. —Dijiste que esto no iba a ningún sitio.

Él se apartó para mirar su rostro sin soltar su cintura. —No siempre tengo razón.

Le miró con picardía. —¿Entonces me estás dando la razón a mí?

Carl se echó a reír y fascinada le observó. Perdió la risa poco a poco. Sin aliento vio cómo se acercaba lentamente y rozaba suavemente su labio inferior. Roslyn cerró los ojos sintiendo que era su primer beso porque fue distinto a todo lo que había sentido antes. Su primer beso de amor. Separó sus labios y acarició su cuello esperándole y no la defraudó porque entró en su boca saboreándola como si la necesitara para vivir. Se entregó sin poder evitarlo porque era suya y respondió a sus caricias sabiendo que era el hombre de su vida y que lo sería siempre. Él acarició su espalda y la mano llegó a su cuello estremeciéndola. Se apartó para mirarle y sonrió. —Esta noche...

La miró intensamente pegándola a él. —Sí, nena... Será esta noche.

Se le cortó el aliento porque le prometía mil cosas. —¿Nos vamos?

Carl se echó a reír negando con la cabeza. —Disfrutemos de la fiesta. —La besó en la sien. —¿Tienes hambre?

—Buena idea. Hay que tener energías.

La risa de Carl la hizo feliz. Al fin era plenamente feliz.

La fiesta estaba de lo más animada y como la anfitriona seguía la tradición Italiana de la Nochevieja comieron unas cucharadas de lentejas que se suponía que daban prosperidad para el año nuevo. Se rieron al ver como su padre se inflaba a lentejas y casi se le saltaron las lágrimas porque sabía que no le gustaban nada. Algunos también iban a comer uvas con cada campanada, pero ellos decidieron no hacerlo mirándose a los ojos mientras hacían la cuenta atrás.

—Feliz año nuevo —susurraron a la vez mientras todo el mundo lo gritaba a su alrededor a la vez que el confeti y los globos llovían. Roslyn acarició su cuello cortándole el aliento antes de acercarse poniéndose de puntillas. Carl la atrajo a él atrapando su boca y cuando se apartó

dejándola temblando de deseo le dijo con voz ronca —Ahora sí que nos vamos.

Robert sonrió viendo cómo iban hacia la puerta y satisfecho levantó su copa. —Este va a ser un año fantástico. —Giró su cabeza hacia Roy que estaba apenas a un metro observando con inquina como se iban. Sonrió irónico acercándose y Roy cambió el gesto de inmediato. —Que ni se te pase por la cabeza.

Le miró sorprendido. —¿Perdón?

—He tardado en darme cuenta de que lo único que me interesa en la vida es que mi hija sea feliz. Aparte de hacer dinero, por supuesto. Ella no ha elegido esta vida como yo y no pienso dejar que sea desdichada simplemente por mi obsesión en ser cada día más rico.

—Robert no entiendo muy bien.

Se tensó mirándole a los ojos. —Me entiendes perfectamente. Eres como yo. Más ambicioso que yo incluso y recompensaré tu trabajo como he estado haciendo hasta ahora, pero defraudame y no tendrás donde correr. América se te quedará pequeña.

Roy enderezó la espalda bebiendo de su whisky. Cuando tragó se enfrentó a él. —¿Quieres que hablemos claro? Hablemos. Me he dejado la piel por la empresa y ahora se la vas a entregar a una chiquilla sin experiencia.

—¿Y creías que conquistándola ibas a llegar a mi sillón? —preguntó divertido.

—Tú lo hiciste.

Robert se tensó mirándole fríamente. —Mi matrimonio con la madre de Roslyn fue muy distinto a lo que insinúas. No tienes ni idea de lo que hablas.

—Te quedaste con Freud Oil, ¿no?

—Una empresa que estaba en las últimas. Se la compré a la madre y a la tía de Roslyn y la he convertido en lo que es.

Roy apretó los labios. —No sabía que se la habías comprado. Como estabais casados.

—En separación de bienes —siseó—. La próxima vez infórmate mejor. —Dio un paso hacia él amenazante. —Últimamente cometes muchos errores, ¿no crees? Encárgate de tu trabajo y déjame la presidencia a mí. Aún me quedan algunos años para dar guerra y Roslyn aprenderá lo que necesite. Esa chiquilla ya te ha dejado en evidencia una vez.

—Lo de los cargueros...

—¡Tú debías haberlo sabido! ¡Pero no buscaste más opciones creyéndote el dueño de la verdad! No vuelvas a confiarte. Tengo muchos planes para ti y no me gustaría tener que cambiarlos.

Roy entrecerró los ojos. —¿Qué estás pensando?

Bebió de su copa y sonrió irónico. —Será mucho trabajo para mi chica. Con ese compromiso frustrado he tenido que variar mis planes. Antes pensaba que todo podían llevarlo entre los dos, sobre todo porque su prometido es una máquina de trabajar. Pero ahora estará sola. Demasiado trabajo.

—Porque tú quieres.

—He dicho que te olvides. Para alguien que antes la ridiculizaba te veo muy interesado.

Roy apartó la vista y Robert le miró asombrado. —¿No me digas que has caído?

—No digas estupideces —dijo entre dientes antes de beberse su whisky de golpe.

Robert se echó a reír. —No me extraña, la verdad. No es porque sea mi hija, pero es realmente hermosa y la mujer más inteligente que conozco. Es lógico que al pasar tanto tiempo juntos últimamente os hayáis aproximado. Llegará muy lejos. Pero con él.

—Otra cosa que no entiendo. ¿Por qué le has elegido a él? —preguntó frustrado.

—Porque en cuanto les vi juntos, vi como brillaban los ojos de mi hija al mirarle. Jamás una mujer me ha mirado así. Le ama y es un amor tan puro que durará siempre. Tú nunca podrías hacerla feliz.

—¿Ese tío se pasará fuera de casa la mitad del año! ¡Joder, si casi se muere hace poco! ¡Vá a sufrir!

—Pues si es así y yo no estoy a su lado, confío en ti para que la apoyes. —Roy apartó la mirada. —Hijo, mírame. —Le miró a regañadientes. —No la amas. Has idealizado algo en tu cabeza que hace un año hubiera sido perfecto, pero Carl ha aparecido en su vida y esto no hay quien lo cambie. Acéptalo y céntrate en la empresa.

—Y volviendo al tema. ¿Cuáles son tus planes?

—Así me gusta. No pierdas de vista tu objetivo. Si todo sale como creo en un año dividiré el Holding en dos. Tú te encargarás de Carrington Oil y mi hija del resto de los negocios de la familia cuando yo me retire.

—¿Ella estará de acuerdo?

—Si todo sale como creo, estará de acuerdo. He observado que tiene ojo para las inversiones e ideas frescas para la constructora. Tú llevarás la otra parte.

—Y así tendrá más tiempo libre.

—Es joven y será madre. Tampoco quiero que se entregue tanto al trabajo que no pueda disfrutar de la vida.

Levantó las cejas. —¿Como yo?

Robert se echó a reír y le dio una palmada en el hombro. —Céntrate en hacer crecer el negocio y serás quien mande dentro de unos años. Y puede que no sean muchos.

Roy le miró muy serio. —¿Me ocultas algo?

—Estoy hecho un toro. Pero ya va siendo hora de que yo también disfrute de la vida. Aunque estaré observando, ya me conoces.

Su vicepresidente asintió. —Lo de los cargueros no volverá a pasar.

Sonrió divertido por su orgullo herido. —Lo sé. Roslyn nos ha dado una lección a todos,

¿verdad? La habíamos menospreciado. Seguro que eso no volverá a pasar.

Muy nerviosa miró sobre su hombro mientras intentaba meter la llave en la cerradura y Carl sonrió. —Nena, ¿se te ha olvidado cómo abrir la puerta?

—No me mires así. ¡Me pones nerviosa! —Juró por lo bajo porque la llave no entraba. —
No entra, Carl.

Él frunció el ceño. —Déjame a mí.

Se apartó tendiéndole las llaves y Carl intentó meterla, pero ni siquiera entraba. —Nena, ¿estamos en tu planta?

Asombrada miró a su alrededor y se puso como un tomate. —¡Si no me hubieras besado en el ascensor!

Se echó a reír cogiéndola por la cintura y pegándola a él. —Menos mal que no hay nadie.

—¡Sí que hay! —gritó una mujer al otro lado—. ¡Menudo escándalo, que no son horas!

Se echaron a reír y Carl tiró de ella hacia la escalera abriéndole la puerta. Las luces de emergencia les iluminaron y él atrapó su boca haciéndola gemir de placer mientras la pegaba a la pared. Sus manos llegaron a su trasero y amasó sus nalgas. Gimió al sentir su miembro endurecido y cuando él apartó su boca se miraron con deseo con las respiraciones agitadas. —Este es el mejor fin de año de mi vida —susurró ella.

—Pues la noche todavía no ha acabado, preciosa. —Tiró de su mano hacia las escaleras y subieron los peldaños sintiendo que su corazón se aceleraba aún más por la anticipación. Al llegar arriba Carl cogió el pomo de la puerta y tiró de él, pero apenas había abierto una rendija cuando cerró de nuevo. Roslyn iba a hablar cuando le tapó la boca y le indicó con la mirada que no dijera nada. Él se acercó y susurró —Nena, quítate los tacones.

Sin protestar dobló la pierna hacia atrás y se quitó las sandalias doradas cogiéndolas por las tiras para que no cayeran al suelo. —Ahora vas a bajar por la escalera hasta abajo y avisa a tu seguridad. No te separes de ellos.

No sabía lo que estaba pasando, pero no pensaba dejarle allí solo y desarmado. Le cogió de la mano angustiada, pero él susurró —Hazme caso.

Preocupada empezó a bajar los escalones y soltó su mano mientras él la observaba muy serio. Muy nerviosa empezó a bajar corriendo y dejó caer las sandalias en su prisa por llegar a los escoltas que se habían quedado en el hall porque Carl había subido con ella. Abrió la puerta y en cuanto la vieron se acercaron de inmediato sacando sus pistolas. —No sé qué ocurre. Me ha dicho que baje —dijo asustada.

Uno de ellos señaló al portero que levantó el teléfono de inmediato. —No se mueva de aquí. El portero está armado. Bill si ves algo raro...

—Sé lo que tengo que hacer—dijo desde el otro lado del mostrador antes de decir algo al teléfono.

Con las pistolas preparadas fueron hasta la escalera y Roslyn se apretó las manos angustiada. —No se preocupe, señorita Carrington. Sé que hacer en estos casos. —Demostrándolo sacó un pistolón que ni Harry el Sucio y ella dejó caer la mandíbula del asombro. —He ido a clases —dijo orgulloso.

De repente se escucharon disparos y ambos miraron hacia arriba. Roslyn palideció. —No puede ser —susurró asombrada antes de que Bill a toda prisa la cogiera por el brazo tirando de ella hasta el cuarto del portero. La dejó dentro antes de cerrar con fuerza y dar la llave. Roslyn se llevó las manos a la cabeza mientras sus ojos se llenaban de lágrimas y asustada metió la mano en el bolsillo de su abrigo de piel sacando el móvil a toda prisa. De los nervios casi ni veía la pantalla y respiró del alivio al ver el rostro de su padre. Se llevó el teléfono al oído e impaciente esperó, pero en la fiesta ni debía oírlo. —Vamos, vamos.

Cuando dejó de dar tono volvió a intentarlo. Estaba marcando por tercera vez y escuchó que se daba vuelta a la llave. Se le cortó el aliento cuando la puerta se abrió lentamente mostrando a Carl. Se echó a llorar del alivio y él muy serio caminó hasta ella abrazándola. —Ya pasó, nena. —La besó en la sien. —Todo está bien.

—¿Se ha escapado? ¿Cómo no nos han avisado de que se ha escapado del psiquiátrico? —preguntó histérica.

Carl apretó los labios y la cogió por los brazos para apartarla. —No ha sido Kevin. Vamos, te lo explicaré por el camino.

—¿Explicarme? —Sin comprender se dejó llevar y cuando la metieron en el nuevo cuatro por cuatro negro de su padre mientras él daba órdenes a su escolta, que se había multiplicado de repente, miró a su alrededor sin entender lo que ocurría. Al escuchar el sonido de ambulancias se le erizó la piel. —¿Hay heridos?

Carl entró en el coche cerrando la puerta y le gritó al chófer —¡Arranca!

—Carl, ¿qué ocurre? ¿Han herido a los escoltas?

—No, nena. —Subió el cristal de separación con el chófer y tomó su mano. —No tiene nada que ver con Kevin. Esto es por mi caso.

Se quedó de piedra. —¿Tu caso? Pero si no estás trabajando. Todavía estás de baja y...

—El tipo que mandó que me mataran todavía está libre y no debe gustarle que siga vivo.

Perdió el poco color que le quedaba. —Carl...

—No te preocupes. Lo solucionaré. No sé por qué han ido a tu piso, pero es sospechoso que te estuvieran esperando.

—Dios mío, ¿le has contado a alguien lo del reloj?

Él que miraba al frente giró la cabeza lentamente. —¿Qué has dicho?

—¡No podían saber que estábamos juntos! ¿Le has contado a alguien lo del reloj? Si lo

saben, creerán que soy una testigo, ¿no? Aparte de ti, claro. —Entrecerró los ojos. —¿Han intentado matarte de nuevo?

—Joder, nena... ¿Crees que si considerara que estaba en peligro me iba a acercarme a ti?

—Carl aquí hay algo raro. ¿Estás seguro de que son los mismos?

—¡Acabo de cargarme a uno con el que tomaba cervezas hace dos meses!

—Sí, pues son ellos. —Se quedaron en silencio unos minutos y ella jadeó llevándose la mano al pecho. —¡Mi padre!

—Ya he dado el aviso. Estará bien.

—¿Bien? —preguntó de los nervios —. ¡Carl, esto no está bien!

Él la cogió por el cuello atrapando su boca y cuando se apartó unió su frente a la suya. — No te preocupes, ¿vale? La única persona aparte de nosotros que sabe lo del reloj es Mathew y me ha demostrado mil veces que daría la vida por mí. Lo más probable es que me hayan pinchado el teléfono y por eso han dado contigo, porque he hablado con tu padre. Lo solucionaré.

Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te pondrás en peligro de nuevo.

—Le encontraré y acabaré con esto. —Besó su frente preocupado y susurró —Tengo que informar. Voy a llamar a Mathew.

Asintió y él se apartó sacando el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta del smoking. Pensando en lo que estaba ocurriendo prácticamente ni escuchó como relataba a su jefe lo que había pasado. Lo que sí escuchó es que le dijo que la llevaba a un piso franco hasta que todo estuviera solucionado y que un grupo fuera a su piso para hacerse cargo de la escena del crimen. Roslyn se mordió el labio inferior. Odiaba esas situaciones. Lo había pasado fatal con lo de Kevin y ahora ocurría aquello. Le miró de reojo. Pero él trabajaba en eso. Estaba acostumbrado a arriesgar la vida a diario. Era su pasión y no renunciaría a ello por estar a su lado. Lo que ella no sabía es si iba a soportarlo.

Cuando colgó Carl forzó una sonrisa cogiendo su mano. —Ya verás. Es una casa en New

Jersey que es muy cómoda.

—¿Ya has estado antes?

—Hace un par de años pasé dos días allí antes de un juicio. Me aburrí como nunca. —
Sonrió sin darse cuenta y él hizo lo mismo. —Así me gusta, nena. Me encanta esa sonrisa.

—Y a mí me encantas tú.

A Carl se le cortó el aliento y alargó la mano acariciando su mejilla. Roslyn cerró los ojos disfrutando de su contacto e inclinó la cabeza sin darse cuenta. —Eres tan hermosa que me robas el aliento.

Ella abrió los ojos. —Es lo más bonito que me han dicho nunca.

—Nena, yo no escribo poemas y esas cosas... No soy romántico.

—No necesito poemas si estás a mi lado.

Carl la abrazó. —Eres lo mejor que he tenido nunca.

Se aferró a él como si no quisiera perderle. —Estoy aquí.

—Confía en mí, nena. Te aseguro que saldremos de ésta.

—Lo sé. —Besó su cuello y sonrió empezando a excitarse de nuevo. —Espero que eso no signifique que voy a seguir siendo virgen otra noche más.

Carl carraspeó alejándose. —Es una noche muy importante para ti y...

—¡Venga ya! ¡Tengo veinticinco años! ¿No crees que he esperado bastante? Te los has cargado, ¿y qué? ¡Yo quiero lo mío! —Parpadeó al ver que él retenía la risa. —Ah, que era broma. Menos mal porque estoy muy excitada. —La miró como si le hubieran salido cuernos. —
¡Y tú también, no lo niegues! —Miró su entrepierna donde era evidente que estaba más tenso que de costumbre. —Según he leído las situaciones de estrés... —Él la cogió por la nuca devorando su boca y Roslyn gimió de la sorpresa antes de dejarse llevar. Ansiosa acarició su pecho y Carl la tumbó en el asiento llevando la mano a su muslo y acariciándolo por encima del vestido.

Embriagada respondió a su beso queriendo más, así que cuando sintió como tiraba de su vestido hacia arriba con pasión le dejó hacer gustosa. El roce de las yemas de sus dedos en el interior de su muslo la hizo gemir de placer y Carl apartó su boca para mirarla a los ojos. —Nena, si no quieres...

—Por favor...—Se le cortó el aliento cuando la acarició por encima de sus braguitas y arqueó su cuello hacia atrás ida de placer cuando las apartó a un lado para recorrer su sexo con el índice haciendo que temblara de necesidad. —¿Carl? —susurró sin darse cuenta.

—Ya voy, nena. —Abrió sus piernas haciéndole espacio y acarició su cuello cortándosele el aliento al sentir su sexo acariciando el suyo. La miró a los ojos y gruñó entrando lentamente en ella. Fue la sensación más maravillosa del mundo. Notarle en su interior hizo que le sintiera parte de ella y sin ser capaz de respirar siquiera clavó sus uñas en su cuello. Carl cerró los ojos como si sufriera. —Dios, estás tan estrecha que me abrasas.

Se sintió algo incómoda, pero por nada del mundo renunciaría a eso y cuando Carl abrió los ojos mirándola supo que había llegado el momento. Posesivo se acercó a sus labios y susurró —Ya no hay vuelta atrás, preciosa. Eres mía.

—Para siempre.

Carl la besó como si lo fuera de verdad antes de mover sus caderas con contundencia haciéndola gritar de placer. Él se apartó y sin darle tiempo para reponerse salió de ella para volver a llenarla. Al principio muy despacio, pero a medida que la necesidad aumentaba apuraba sus embestidas. Todo en ella se fue tensando y se inició una tortura tan exquisita que prometía una liberación que no terminaba de llegar y frustrada arañó su cuello. Carl gruñó cogiendo sus muñecas para ponerlas sobre su cabeza y la embistió con fuerza haciéndola gritar de placer antes de mover sus caderas de nuevo con contundencia provocando que todo su cuerpo explotara de placer. No había nada mejor en la vida que esa sensación.

Con las respiraciones agitadas no fueron capaces de moverse durante varios minutos. Carl

se recuperó primero y levantó la cabeza para ver la sonrisa en su rostro. —Pareces muy feliz.

Abrió los ojos. —En este momento no hay nadie más feliz que yo.

—Espero que sientas lo mismo en el futuro, cielo.

Capítulo 12

Se quedó de piedra viendo lo que él llamaba una casita. ¡Aquello era un cuchitril! ¡Claro que no la buscarían allí! ¡Porque allí no se quedarían ni las ratas! Al ver que Carl al pasar al lado del sofá y rozarlo sin querer provocaba que la pata venciera haciendo que toda la estancia se llenara de polvo, dejó caer la mandíbula. Él lo miró como si nada. —No te preocupes. No me lo descontarán.

—¿No me digas?

—No recordaba que estuviera tan...

—¿Asquerosa?

—Nena, vives en una jaula de oro. Cualquier cosa te parecerá asquerosa. —Se acercó a la escalera y al subir el primer escalón éste venció haciéndole jurar por lo bajo.

Roslyn se echó a reír por la cara que puso. —Cariño, yo no voy a quedarme aquí.

—Son solo un par de noches. Hasta que le pille.

—¿Si no sabes quién es! —Miró a su alrededor y chilló al ver una cucaracha subiendo por la pared. —¡Yo me largo!

—¡Roslyn! —Gruñó volviéndose y él sonrió porque su cabello se había soltado en parte de su recogido y ni se había dado cuenta. —Te quedarás aquí. Te quiero segura.

—Tengo un ejército a mi alrededor. No me va a pasar nada.

—¡Esta noche pudieron llegar a ti! ¡No me cuentes historias!

Roslyn entrecerró los ojos pensando en ello. —Tienes que averiguar...

—¿Ahora vas a decirme cómo hacer mi trabajo?

El tono de su voz indicaba que debía decirle que no, pero algo en su interior le hizo replicar —¡Cariño, si es necesario te diré cómo hacer tu trabajo! ¡Es parte de ser pareja, que cada uno mete las narices en las cosas del otro!

—¡Qué sabrás tú si no has tenido novio nunca!

Levantó la barbilla orgullosa. —Pero he leído mucho.

Carl se acercó y le cogió la mano. —Te vas a quedar aquí o coges un avión y te largas del país.

¿Irse ahora? ¡Ni de broma con lo que le había costado que se decidiera! Además, no sabía cuándo cogerían a ese cerdo y podían pasar meses. Pero vivir allí... Se mordió el labio inferior mirando a su alrededor. —¿No hay de estas casitas para vips?

—Si quieres llamo a la casa Blanca a ver si tienen habitaciones libres.

—Muy gracioso. Pero allí estaría segura.

—Nena, aquí estás segura.

—No tengo ropa.

—No te preocupes. Mañana lo soluciono. —La besó en los labios suavemente. —Ahora a dormir.

—¿Dormir? —No se quería ni imaginar cómo estaba el piso de arriba. Y ella sin zapatos. Como si leyera su pensamiento la cogió en brazos y ella sonrió. —Eso es muy romántico.

—Menos mal que tienes ese pellejo para no pasar frío —dijo como si nada—. Me acabo de dar cuenta de que no hay calefacción.

—¿Pellejo?

—Si los esquimales pueden sobrevivir con ellos a esa temperatura, tú estarás muy bien.

Parecía que intentaba convencerse y sonrió acariciando su nuca. La miró sorprendido. — Nena, que te acabo de desvirgar.

—Casi no he notado nada.

La miró ofendido. —Perdona, ¿qué has dicho?

Se echó a reír porque no era lo que había querido decir y Carl dio una patada en la puerta. Las bisagras se soltaron y la puerta cayó en el interior de la habitación levantando una polvareda increíble. Roslyn empezó a toser y cuando se calmó le miró levantando una ceja. Carl carraspeó. —Volviendo al tema. ¿Qué has dicho de que no habías notado? —Se echó a reír y besó su cuello provocando que gruñera. —Te aseguro que cuando me vaya por la mañana, habrás cambiado de opinión.

—Uhhh promesas, promesas, Stanton.

¡Doce días! ¡Doce días en aquel sitio cochambroso que se caía a pedazos! Cruzada de brazos mirando por la ventana vio que algo se movía a sus pies y lo machacó con la zapatilla de deporte cuatro números más grande de lo que necesitaba. Al menos se podía poner tres pares de calcetines, porque estaba helada. Estornudó y sacó un pañuelo de papel del bolsillo del visón. Aquel abrigo le había salvado la vida. Literalmente, porque allí hacía un frío que pelaba. Sonándose gimió al ver que empezaba a nevar. —Estupendo.

Cuando llamara Carl como hacía todas las noches sería firme. Y esta vez de verdad. O iba a buscarla o se largaba de allí caminando. ¡No sabía cómo lo hacía, pero siempre la convencía para que se quedara un día más y ya llevaba allí doce días! ¡Y sin sexo porque no le había visto el pelo de nuevo! —Éste está infiltrado otra vez y yo muriéndome del asco —siseó yendo hasta el sofá y dejándose caer. Ya ni le afectaba el polvo que despedía cada vez que se sentaba y eso que había intentado limpiar con lo que Carl le había comprado. Era una pena que no hubiera comprado un aspirador. Un plumero le había llevado. Y una escoba. Para no hacer ruido, decía. Es que era para cargárselo. Gimió al ver que el pantalón del chándal que le había comprado había estallado

en la costura por dentro de la rodilla. Estaba claro que las tallas no eran lo suyo. Y eso que ella usaba una talla pequeña pero aquel chándal debía ser de niña. Ah, y no llevaba bragas. ¿Para qué? Con la vida sexual tan intensa que tenía...

Se lo cargaba. Vaya si se lo cargaba. Sonó su móvil y a toda prisa lo sacó del bolsillo del abrigo para ver que era su padre. Descolgó de inmediato. —Papá sácame de aquí. Trae el helicóptero, el jet o lo que haga falta, pero sácame de aquí.

—Hija...

El tono de su padre la preocupó y se enderezó en su asiento. —¿Qué ocurre? ¿Le ha pasado algo a Carl?

—Le han detenido, hija.

Su corazón dio un vuelco de la impresión. —¿Qué dices?

—Le acusan de asesinato. Al parecer hubo una operación y se le ha ido la mano con el cabecilla. Se le ha ido mucho la mano.

—Dios mío... —Cerró los ojos pasándose la mano por ellos. —Que venga alguien a buscarme. Y que Patricia llame a los mejores.

—Ya están en ello. Menos mal que Carl dice que ya puedes salir. Que ya estás segura.

—¿Te ha llamado a ti en lugar de llamar a un abogado? ¿En lugar de llamarme a mí?

—Yo puedo encargarme de todo.

—¡Muy bonito! —dijo furiosa—. ¡Ya verás cuando le ponga la vista encima! —Estornudó de nuevo. —¡Pues ya que puedes encargarte de todo, avisa al doctor Cristian y que vaya a casa! ¡Tengo la gripe gracias a las locas ideas de mi novio!

—Estarán al llegar. —Preocupada se quedó en silencio durante unos segundos. —¿Hija?

—¿Pinta mal?

—Según Mathew pinta muy mal. Perdió los nervios ante testigos cuando le preguntó por ti.

Incluso Mathew estaba allí. Tuvieron que agarrarle entre cuatro porque estaba fuera de sí.

—Fuera de sí, ¿eh? —Sonrió maliciosa. —Padre llama a la doctora Shine.

—¿Una psiquiatra?

—Una psiquiatra reputada.

—Déjalo en mis manos.

Escuchó el sonido del helicóptero y se levantó en el acto. —Te veo en media hora.
Espérame en casa.

—Allí estaré.

Abrió la puerta de la casita y salió sin molestarse en cerrarla.

Sus tacones resonaron sobre el linóleo y su abogada le indicó con la mirada que se detuviera. Se escuchó una sirena y la puerta de barrotes se deslizó hacia la derecha. Aquello ponía los pelos de punta. Vestida con un traje de pantalón negro y un grueso abrigo de lana caminó al lado de su abogada. —Recuerde que esto es poco ortodoxo. He pedido un montón de favores para que pase.

—Julie, se te compensará como corresponde —dijo fríamente siguiendo al agente de prisiones—. Ahora déjame hablar con mi hombre, a solas.

La abogada asintió. Pasaron ante un cuarto que tenía una ventana de cristal enorme. Carl se levantó sorprendido al verla llegar y se le retorció el corazón al ver el mono gris que llevaba. Aquello era una locura. Abrió la puerta y antes de que le dijeran nada la cerró de nuevo. —
Nena...

Le abrazó con fuerza y Roslyn cerró los ojos. —Mi amor...

Él se apartó cogiéndola por los brazos. —Nena, no deberías estar aquí. Si se entera la

prensa...

—Nadie me ha seguido. Y Mathew se ha encargado de que no se enteren de lo que ocurrió en mi casa. Creen que ha sido un robo y que fueron sorprendidos por mi escolta. No saben lo que ocurrió en realidad. Con todos los robos que ha habido a famosos últimamente, se lo han tragado. Ahora cuéntame lo que ha ocurrido.

Él se apartó volviéndose y llevándose las manos a la cabeza. —No sé lo que ocurrió.

—Cielo, empieza por el principio. ¿Cómo diste con él?

—Fui a los locales que frecuentaba con ellos. Entonces la vi.

—¿La viste? ¿Una mujer?

—Sí. La noche que me dispararon me dijo que les conocía. Intenté camelármela.

—¡Está claro que necesitas otro reloj! —Jadeó llevándose la mano al pecho. —La pelirroja.

—Nena...

—¿Qué te dijo?

—Al principio desconfió.

—Algo lógico teniendo en cuenta que habían detenido a tus compinches.

—Exacto. Le dije que me había librado por los pelos y que había tenido suerte porque nadie me había delatado. Entonces fue cuando se echó a reír.

—Daba por hecho que no te delatarían.

—Exacto. Dijo que para ser novato había tenido mucha suerte. Yo le dije que era una mierda porque había perdido a mi contacto. Que como era nuevo, al ser Carlos detenido tendría que regresar a las Vegas y que me jodía porque me gustaba Nueva York. Esperaba hacerme una vida nueva aquí. Entonces Bridget me cogió por el brazo y me pidió que la invitara a una copa. Por supuesto le dije que sí. —Puso los brazos en jarras y tomó aire por la nariz. —Nena...

Perdió parte del color de la cara viendo la verdad en sus ojos. —Te acostaste con ella. Tenías que ganarte su confianza y te acostaste con ella.

Muy tenso contestó sin desviar la mirada —No exactamente. —Se le retorció el corazón y tuvo que sentarse porque no se sentía capaz de escuchar esa parte. —Nena... Solo la besé y la acaricié... Fue en el baño. ¡A veces tengo que hacer estas cosas!

—¡Déjalo! —Se llevó la mano a la boca. Ya pensaría en eso más tarde. Ahora tenía que sacarle de allí. —Continúa.

Carl se sentó ante ella. —Me dijo que hablara con Jonathan. Trabaja en el club. Es el portero. —Sin querer imaginarse lo que había pasado en ese baño asintió. —Él me conocía y llamó por teléfono a uno de sus contactos. Ramiro llegó apenas media hora después. Sabía que me estaba jugando el cuello, pero me salió bien. Al día siguiente estaba trabajando para él.

—¿Cómo llegaste al jefe?

—Estaba en una entrega y tuve suerte. El compañero que Ramiro me asignó era un bocazas. Me di cuenta enseguida. Drew alardeaba del dinero que ganaba y de los contactos que tenía. Entonces le pregunté como si nada si conocía a un trajeado que tenía muy mala hostia. No dudó de mí en ningún momento y me preguntó que si me refería al empresario. Yo le dije que no lo sabía, pero cada vez que llegaba Carlos se cagaba encima. Drew se echó a reír y me dijo que no era para menos. Que él mismo había visto como había matado a una de sus putas porque le había manchado el traje con la barra de labios al hacerle...

Ella levantó la mano pálida por la gente con la que se codeaba. —No hace falta que entres en tantos detalles.

Carl apretó los puños por encima de la mesa y Roslyn vio que tenía los nudillos morados. Sin poder evitarlo rodeó sus puños con sus delicadas manos y él abrió los puños cogiéndoselas como si necesitara sentirla. —Drew me dijo que él estaba cómodo así, pero que se notaba que yo era un tipo que tenía ambiciones porque sino no hubiera preguntado por el empresario. Que si

quería un día me lo presentaba.

—Le dijiste que sí.

—No. —La miró a los ojos. —Le dije que de momento quería asentarme y después ya vería. Que tampoco tenía mucho interés en conocerle porque ya ganaba bastante pasta.

—Querías que no desconfiara.

—Exacto. No tuve que esperar mucho porque apenas una semana después me dijo que íbamos a verle. Que teníamos que hacerle un favor.

—Ni se imaginaba que habías vuelto.

—Ni se le pasaba por la cabeza. Creía que había huido contigo. Cuando íbamos en el coche de camino, empezó a sangrarme la nariz y le dije que se detuviera en una gasolinera. Su coche era nuevo, así que sabía que se detendría enseguida.

—¿Cómo hiciste que te sangrara la nariz?

—Me corté el interior de la fosa nasal mientras estaba distraído con el tráfico. Lo he hecho antes no es difícil. —Ella apretó sus manos. —En cuanto entré en el baño, llamé a Mathew. Nos siguieron por el localizador del teléfono. Estábamos aparcando ante una fábrica cuando llegó la caballería. Le vi salir corriendo hacia un BMW y le seguí. Le empujé contra el capó. Cayó contra la gravilla y se volvió sonriendo. Te veo bien para estar muerto, eso fue lo que me dijo el muy cabrón. Porque estás tan muerto como esa zorrilla pelirroja que tanto te gusta. ¿Cómo está? —Miró sus manos como si estuviera avergonzado de lo que había hecho y a Roslyn se le retorció el corazón. —Ni sé lo que me pasó. Empecé a pegarle una y otra vez. —Levantó la vista lentamente hasta sus ojos y vio una frialdad que le cortó el aliento. —Pero no me arrepiento. Ese cabrón ordenó matarme y quería matarte a ti. Está bien bajo tierra.

Sabía que era duro para hacer lo que hacía, pero esa mirada le puso los pelos de punta. Apartó las manos sin darse cuenta y Carl apretó las manos en dos puños antes de agachar la cabeza. —Vete, nena. Mathew me echará una mano.

—Una mano. ¿Te echará una mano? ¿Y dispone de un millón de dólares que es lo que costará tu defensa? —Se levantó yendo hacia la puerta. —Ya están preparando tu defensa y te aconsejo que si quieres salir de ésta les hagas caso en todo. —Abrió la puerta girándose para mirarle. —Cuando salgas hablaremos.

—Nena...

—Hazles caso en todo, por favor. Ellos saben lo que hacen. Te van a hacer una evaluación psiquiátrica. Colabora, te lo ruego. —Supo que lo de la evaluación no le gustó un pelo, pero apretó los labios asintiendo y ella aliviada forzó una sonrisa. —Te estaré esperando.

—¿Seguro?

No fue capaz de responder y salió de allí a toda prisa escuchando un golpe en el interior del despacho. Al pasar ante el cristal le vio de espaldas a ella con las manos en la cabeza y vio que sus nudillos sangraban. Sus ojos se llenaron de lágrimas acercándose a la abogada. —Sácale de aquí cueste lo que cueste —dijo fríamente.

—Sí, señorita Carrington.

Salió de allí y evitó un estremecimiento cuando la puerta se cerró tras ella mientras una lágrima corría por su mejilla.

Llamaron a la puerta de su habitación en casa de su padre y ella giró la cabeza dejando el libro que tenía en la mano a su lado en el asiento de la ventana. —Adelante

Su padre entró en la habitación y sonrió acercándose a ella. —¿Ya has llegado? No son las seis.

—Es que me ha llamado Julie y quería hablar contigo sobre lo que me ha dicho.

Con un nudo en la garganta preguntó —¿Le han soltado?

Su padre sonrió. —Sí, hija. Han tardado algo más de lo que pensábamos, pero al final han retirado los cargos.

—¿Algo más? ¡Tres meses! —dijo indignada.

Su padre hizo una mueca. —Estará al llegar.

Apartó la mirada hacia la ventana. —No vendrá. No he ido a verle en tres meses.

—Seguro que lo comprende. La prensa te seguiría.

—No lo he hecho por la prensa.

Su padre se sentó a su lado. —¿Qué te preocupa?

Le miró a los ojos y vio su miedo. —Todo. Me preocupa todo. Que vuelva a esa vida que odio. Volver a pasar miedo por lo que le ocurra. No saber cuándo estará en casa o lo que está haciendo para convencer a alguien para que le cuente lo que necesita saber. Pero lo que más me preocupa, es que no piense en mí al hacerlo con tal de conseguir lo que quiere.

—Creo que sí pensó en ti. Pensó en que estabas en peligro y tenía que hacer lo que hiciera falta para conseguir llegar a ese cerdo. Fue sincero.

Sonrió con tristeza. —¿Por qué tiene que ser sincero conmigo cuando le miente a todo el mundo?

—Será porque confía en ti. ¿Preferirías que no te lo hubiera dicho?

—Sí. —Cerró los ojos. —No. No lo sé. —Confusa se pasó la mano por la frente. —No quiero esa vida para mis hijos.

Robert apretó los labios. —Lo entiendo porque te he protegido toda la vida. Tiene que haber una manera...

—No la hay, papá. ¿Crees que no he pensado en ello? Llevo tres malditos meses dándole vueltas.

—Quizás cuando hables con él se despejen tus dudas.

—No lo creo.

—Hola, nena.

Miró hacia la puerta sorprendida y se levantó mostrando los vaqueros y el jersey rosa que llevaba. Estaba más delgado y sin poder evitarlo se lo comió con los ojos. Ahí estaba el motero que había conocido hacía meses. Robert pasó al lado de Carl y le dio una palmada en el hombro diciendo —Me alegro de verte.

—Gracias —respondió sin dejar de mirarla con esos ojos grises que habían torturado sus pensamientos los últimos meses. Carl apretó los labios entrando en la habitación. Seguramente no era el recibimiento que se esperaba y se mordió el interior de la mejilla arrepentida, pero no podía evitarlo.

—¿Cómo estás?

Carl sonrió con tristeza. —Bien, gracias a ti. Al parecer me has salvado de nuevo.

—Antes me habías salvado tú, así que estamos en paz.

Dio un paso hacia ella, pero le miró incómoda así que se quedó frente a los pies de la cama observándola. —Lo siento, nena.

Forzó una sonrisa. —No tienes que sentirlo. No pasa nada.

—Me cuesta creer que no pase nada cuando estás ahí y no quieres que me acerque.

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. —Dijiste que no teníamos futuro y me he dado cuenta de que tienes razón.

—Roslyn no digas eso. —Se acercó a ella y apretó los puños al ver que se volvía. —
Nena...

—No quiero vivir con alguien que lleva la vida que tienes tú. Lo siento.

—Sabía que tenías esta vida cuando me dijiste que me querías. ¿Has dejado de quererme?
Sé que metí la pata, pero... —Roslyn no se movía para mirarle porque no se sentía capaz y cerró

los ojos deseando que desapareciera. Sintió como se acercaba a su espalda. —Nunca he tenido nada que me importara en la vida hasta que entré en el FBI, preciosa. Allí éramos una familia. Todos con un objetivo común y nos cubríamos las espaldas unos a otros. Mathew se convirtió en el hermano que nunca tuve y sentía que por primera vez pertenecía a algo. —Roslyn sintió como las lágrimas corrían por sus mejillas. —Pero te conocí y aunque sabía que no teníamos nada en común te noté mía. Mi mujer. La persona con la que me gustaría despertarme el resto de mis días y precisamente por eso salí corriendo. Porque no encajabas en mi vida. Pero hiciste algo que no me esperaba, cielo. Me cubriste las espaldas. Incluso sin saberlo estabas pendiente de mí y me ayudaste cuando más lo necesité. Ahí me di cuenta de que no podía haber nadie más que tú y solo pude dar gracias porque perdonaste mi estupidez. Pero te he vuelto a fallar y tú has demostrado que me amas sacándome del lío en que me había metido. —Se acercó más a ella y susurró a su oído —Una vez dijiste que eras mía y lo eres. Y haré lo que haga falta para no volver a ver esos preciosos ojos verdes empañados de dolor. Jamás he sentido remordimientos por mi trabajo y me he dado cuenta de que tengo prioridades. Eso lo has cambiado tú, preciosa. Siento no poder consentirte en esto. —La besó en la mejilla y Roslyn se estremeció sin entender una palabra. — Descansa y come un poco, preciosa. Te veo algo más delgada.

Parpadeó sorprendida y cuando se volvió ya no estaba en la habitación. ¿Ya estaba? ¡Le dejaba y decía que comiera un poco! Jadeó indignada frunciendo el ceño. Lo había aceptado muy bien, ¿o no? La verdad es que había sido un poco impreciso y Carl no era de los que daban rodeos. ¿Qué diablos había querido decir? ¿Le había dicho que no iba a consentirla en eso? ¿Y que era suya? También que tenía prioridades y lo importante que era su trabajo. Eran su familia. Gruñó de la impotencia. —¡Hombres! ¡Qué bien estabas sola!

Capítulo 13

Sentada tras su escritorio en el despacho que su padre le había asignado hacía meses sonrió mirando el marco de plata que su padre había colocado allí. Era una de las fotos de las últimas vacaciones que habían pasado juntos en el Caribe y recordó el día en que le dio la sorpresa al decirle que había decorado el despacho él mismo. Y lo había hecho estupendamente porque había elegido todo lo que a ella le gustaba, demostrando lo bien que la conocía. Eso le hizo pensar en que él le había animado a su relación con Carl y desgraciadamente en eso se había equivocado. Intentando concentrarse en el trabajo alargó la mano para coger el teléfono. —Lidia, ponme con Roy.

—Enseguida, Roslyn. ¿Puedo pasar un minuto? ¿O te desconcentro?

Cerró un expediente. —¿Es importante? Tengo mil cosas que leer.

—Yo creo que... sí. Y ya llevan esperando un rato.

Frunció el ceño porque Lidia no era de andarse por las ramas. —¿Llevan esperando? ¿Acaso tengo una reunión? —Movió el ratón para ver su agenda, pero tenía toda la tarde libre.

—Enseguida voy.

Chasqueó la lengua colgando el teléfono y se levantó para coger de su neverita un zumo. Se volvió abriendo el envase y bebió de la boca de cristal frunciendo el ceño cuando por la puerta pasó un gran ramo de rosas blancas portadas por su secretaria que ese día llevaba un vestido fucsia que dañaba a la vista y que era más corto de lo que le gustaría. Que engañada estaba el día de la entrevista, que iba tan modosita con un traje de chaqueta negro. Hizo una mueca. Era joven, que disfrutara de la vida ella que podía. Tragó frunciendo el ceño al ver como dejaba el jarrón sobre la mesa y se volvía apartando su melena rubio platino. —¿Son de mi padre? ¿Es una fecha

especial y no me lo has recordado?

Lidia sonrió emocionada. —No, son de un hombre muy romántico. —Acarició las hermosas rosas antes de coger un pequeño sobre que estaba entre ellas. —Tiene tarjeta.

—¿La has leído?

—Claro. Es mi obligación leer tu correspondencia.

Se acercó tendiéndole el sobre y bufó cogiéndolo. Fue hacia su escritorio y dejó el zumo abriendo el sobre y sacando la tarjeta. Parpadeó viendo que estaba en blanco. Se giró hacia su secretaria. —¿Qué tiene esto de romántico?

—¡Un admirador secreto! —exclamó emocionada.

Roslyn se llevó una mano al pecho. —¡No fastidies! —Su secretaria la miró sin comprender. —Es que me ha pasado antes y la cosa no acabó muy bien.

—¿De veras?

—¿No lees la prensa?

—¿Estás loca? ¿Y perder mi tiempo con noticias que mañana no valdrán nada? —Apartó de nuevo su melena de manera exagerada. Un día le daba un tirón de cuello que no se recuperaba. —Yo tengo vida.

—Lidia, bonita...

—¿Sí?

—¿Qué tal si te pones a trabajar?

Frunció el ceño. —Son casi las cinco. No fastidies, jefa. ¡No me dejes con la intriga! ¿Quién es? ¿Quién es?

Lo pensó seriamente y miró las rosas blancas. Su padre le regalaba un ramo cada año en su cumpleaños, pero no era su cumpleaños. Se cruzó de brazos. Esperaba que Kevin estuviera lo bastante medicado como para no hacer ese envío. Se acercó lo suficiente para ver la etiqueta de la

floristería. Estaba en el Midtown. Se le cortó el aliento. Carl vivía allí, pero no podían ser suyas. Él no era nada romántico. Eso no le pegaba en absoluto.

Su secretaria carraspeó y la miró fastidiada. —¡Estoy pensando!

—Debes tener una vida más intensa que la mía para no tener ni idea, hermosa.

—¿Pero qué dices? Si no salgo de casa desde hace meses.

—Ah, pues entonces es del trabajo.

—¿Tú crees? —Jadeó llevándose la mano al pecho de nuevo. —¿No serán de Roy?

Su secretaria puso una mano en su cintura. —¿Me estás pisando el terreno?

—¿Qué terreno? ¡Si ni te mira!

—¡Claro que me mira! ¡A mí me mira todo el mundo!

Dos golpes en la puerta las sobresaltaron y Lidia se sonrojó al ver a su padre observándolas divertido. —¿Algún problema?

—Claro que no, señor Carrington —respondió su secretaria antes de sonreír radiante—. Tenemos misterio a la vista. Le han enviado flores.

Su padre miró el ramo mientras ella ponía los ojos en blanco. Con esa secretaria no había quien tuviera secretos. —Vaya, vaya. ¿Son de Carl?

—¿Quién es Carl? —preguntó Lidia indignada—. Me ocultas cosas. Somos un equipo.

Robert rió por lo bajo porque su hija estaba a punto de soltar cuatro gritos. —¿Son suyas?

Se encogió de hombros. —No lo sé. La tarjeta está en blanco.

Su padre perdió la sonrisa de golpe. —¿No serán de ese pirado?

—No creo. Además, él me escribía poemas.

—¿De veras? —Los ojos verdes de Lidia se abrieron como platos. —¿Y qué te ponían?
¿Tienes alguno por ahí de recuerdo?

—¡A trabajar!

—Uy, cómo te pones. Tienes un carácter cuando te cabreas... —dijo yendo hacia la puerta, pero recordó a su padre y le sonrió de oreja a oreja—. ¿Desea tomar un café?

—No, gracias Lidia.

Le guiñó un ojo descarada y su padre rió por lo bajo mientras cerraba la puerta. —Menudo fichaje. Con ella no te aburres.

—Me distrae, papá. —Se volvió cruzándose de brazos mirando el jarrón. —No pueden ser de Carl.

—¿Por qué?

—Porque él no es romántico. Son palabras tuyas.

—Igual quiere pedirte perdón. —Cogió una rosa y se la tendió. Ella la olió y sonrió al percibir su aroma, aunque por mucho que le pidiera perdón nada cambiaba el hecho de que ella no podría vivir con un hombre que trabajaba en algo que siempre les tendría pendientes de un hilo. La cogió de su mano y cortó el tallo poniéndoselo en la solapa.

—¿Nos vamos de boda?

—Muy gracioso.

—¿Esta noche duermes en casa?

—Debería volver a la mía.

—Hija... Con todo lo que ha pasado, es lógico que quieras quedarte en la casa donde has vivido toda la vida. Allí te sientes segura.

Le miró preocupada. —¿Se lo has dicho?

—Jamás traicionaría tu confianza de esa manera, cielo.

—Papá, seamos francos. Si con eso consigues lo que quieres sí que lo harías.

Él acarició su mejilla. —No, cielo. Esto es cosa tuya. Ya no pienso entrometerme más.

En ese momento sonó su móvil y se apartó de su padre para cogerlo de encima de la mesa. Miró a su padre confundida. —Es Mathew. —Descolgó de inmediato. —Hola Mathew, ¿ocurre algo?

—¿Que si ocurre algo? —gritó dejándola atónita. Su padre se acercó para escuchar—. ¡Claro que ocurre algo! ¡Qué mi mejor hombre me acaba de presentar su renuncia!

Su corazón dio un vuelco al escucharle. —¿Qué?

—¡Y es irrevocable! ¿A qué se va a dedicar? ¿A ser tu florero? —Respiró hondo intentando tranquilizarse. —Mira, sé que no es culpa tuya. Es lógico después de todo lo que ha pasado que no quieras que se dedique a esto. ¡Pero es su vida, joder! ¡No sabe hacer otra cosa! ¡Es parte de él! ¡No puedes ser tan egoísta como para obligarle a que renuncie a su profesión y a algo que le apasiona!

Eso la cabreó. —¡No recuerdo que la agencia intentara salvarle el culo cuando estaba pendiente de una condena de treinta años de cárcel!

—Tenían que ser imparciales. La imagen del cuerpo estaba en juego. ¡Y si han hecho algo! ¡Le han ascendido!

Miró a su padre sorprendida. —¿Cómo ascendido?

—Jefe especial al mando. Tendrá su propio equipo. Nada de ser infiltrado de nuevo por la publicidad que se le dio al caso. Ya no puede hacerlo más.

Se mareó y tuvo que sentarse. —¿Su propio equipo?

—En Los Ángeles, Roslyn. Le destinaban allí.

Cerró los ojos. —Y él ha dicho que no.

—Que ni de broma se movía de Nueva York. Que su chica tenía mucho que aprender para llevar el negocio.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y su padre sonrió. —Hablaré con él.

Mathew suspiró del alivio. —No enviaré su renuncia de momento. Te doy una semana para que le convenzas, pero te advierto que no da su brazo a torcer.

—Te llamaré.

Colgó el teléfono y lo dejó encima de la mesa mientras una lágrima corría por su mejilla. —Si necesitabas que te demostrara que te ama, no podía haber escogido una manera mejor, cielo. Ahora la pregunta es si vas a permitirlo.

—Dios... Seguiría trabajando en eso y en los Ángeles además. —Levantó la vista hacia él. —Papá...

—Sigue tu corazón. Todo lo demás lo solucionaremos. —Se acercó y la besó en la frente. —No quiero verte igual de triste que estos últimos meses. Solo tenemos una vida y quiero que la vivas intensamente. Si tienes que seguirle, encontraremos la manera de que tú también tengas lo que quieres.

—Pero la empresa está aquí.

Robert apretó los labios enderezándose. —Es hora de que te hable de mis planes, cielo.

—¿Planes? —Confundida vio cómo se sentaba sobre su escritorio. —¿Has cambiado de opinión respecto a que yo lleve la empresa?

Él sonrió. —Déjame terminar y después gritas todo lo que quieras.

—¡Estupendo! ¡Esta tarde todo va de miedo!

Robert se echó a reír. —Creo que ha mejorado mucho respecto a esta mañana. Ahora escucha.

Inquieta ante su vestidor cogió el abrigo de piel y se lo tendió a la doncella. —¿No se lo lleva, señorita?

—Ninguno de los de piel.

—También hace algo de frío en invierno.

Levantó las cejas divertida antes de mirar su ropero que estaba a rebosar. —Seguramente no voy a utilizar la mitad de esta ropa. —Llamaron a la puerta. —Ve a abrir.

—Sí, señorita.

Cerrándose bien la bata se acercó a los cajones de la ropa interior y empezó a abrirlos. Sacó unas braguitas color champán e hizo una mueca. Eso se lo llevaba todo.

—Tu gusto por la lencería me vuelve loco, nena —susurró tras ella con voz ronca.

Sonrió mirándole sobre su hombro. —Tampoco has visto tanta.

—He visto la suficiente. —Se acercó para darle un beso, pero ella cerró el cajón alejándose de él. Gruñó viendo que iba hacia los pantalones y pasaba el dedo ante ellos uno por uno. Asombrado miró a su alrededor viendo las estanterías impecablemente colocadas llenas de prendas. —Joder, nena. ¿Cuánta ropa tienes?

—Ya empezamos —dijo por lo bajo.

La doncella apareció de nuevo. —¿Señorita?

—Me llevo todos los pantalones. —Puso los brazos en jarras. —Toda la lencería, camisones, batas, medias... —Se giró hacia los zapatos. —Y todos estos.

—Señorita, ¿se lo lleva todo? —preguntó divertida.

—¿Te lo llevas a dónde? —preguntó Carl con desconfianza.

—Me mudo.

—¿A casa de tu padre? Me han dicho que llevas allí dos meses.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Tu escolta.

Sonrió porque había hablado con su escolta y le hizo un gesto a la doncella para que les

dejara solos. Se fue discretamente y Carl sonrió acercándose. —Nena, no hace falta que te mudes. Ya estoy aquí.

—Me mudo con mi padre.

Carl perdió la sonrisa de golpe. —Te he dicho...

—Ya te he oído, pero así es más práctico. Estaremos juntos. No quiere perderme y ya es hora de que se dedique a otra cosa. Últimamente estaba algo hastiado. Lo noté hace un par de meses, pero pensaba que era una crisis o algo así. Pero no. Un cambio de vida nos vendrá muy bien.

—¿De qué coño estás hablando?

Sobresaltada se volvió con un jersey grueso en la mano mirándole con los ojos como platos. —No vuelvas a hacer eso. ¡Me has quitado diez años de vida! ¡Contigo no gano para sobresaltos!

Frustrado se pasó una mano por la nuca. —Lo siento nena, ¡pero es que no entiendo lo que está pasando!

—Estoy embarazada.

Carl dejó caer la mandíbula del asombro y se quedó tan quieto que parecía una estatua de sal. —¿Cielo? —Dejó el jersey sobre el aparador y se acercó a él. —¿Tengo que llamar al doctor Cristian? Mira que he intentado ser suave... —Abrazó su cuello pegándose a él. —¿Estás aquí? —Carl la miró a los ojos y ella sonrió. —Sí, ya estás de vuelta.

—Preciosa...

Vio el miedo en sus ojos y la enterneció que se asustara por ser padre. —Eres la persona más fuerte que conozco. Esto para ti será pan comido.

La pegó a él. —Joder nena, dime que tenemos una oportunidad.

—¿Me seguirás?

—Al fin del mundo.

Emocionada le miró a los ojos y susurró —Te he echado de menos y apenas hemos pasado tiempo juntos. ¿No es extraño?

—No, porque cuando quieres de verdad el tiempo no es importante, solo los momentos que compartimos. Y yo recuerdo todos y cada uno de los que he pasado a tu lado.

Acarició su nuca acercándose a sus labios. —Eso ha sido muy romántico.

—¿De veras? —Atrató su boca como si estuviera sediento y Roslyn sintió que el fuego la recorría. Fue como si la necesidad les apremiara y ansiosa tiró de su cazadora hacia atrás deseando tocarle. Él gruñó quitándosela a toda prisa sin dejar de besarla y Roslyn se abrió la bata deslizándola por los hombros para dejarla caer a sus pies mostrando su cuerpo desnudo. Carl acarició su trasero y ella apartó los labios suspirando de placer. Cuando él recorrió su cuello con sus labios, se inclinó hacia atrás sujetándose en sus hombros y cuando mordió ligeramente el lóbulo de su oreja se estremeció entre sus brazos. Era tan exquisito que gimió de placer cerrando los ojos y chilló de la sorpresa cuando la sujetó por la cintura sentándola sobre el aparador. Con la respiración jadeante se miraron a los ojos y Carl se quitó la camiseta mostrando su musculoso pecho. Alargó la mano necesitando tocarle y se lo acarició llegando a su cuello mientras Carl se desabrochaba el vaquero y lo dejaba caer. —Estás tan preciosa...

—Eso es que me quieres. —La cogió por el interior de las rodillas colocándose entre sus piernas y ella suspiró de placer cuando sus pieles se tocaron. Se miraron a los ojos. —Porque me quieres, ¿verdad?

—No hay nada en esta vida que me importe más que tú.

Acarició su cuello. —No puedo vivir sin ti.

Él besó sus labios demostrándole que era suya antes de entrar en su cuerpo de un solo empujón haciéndola gritar en su boca. Fue tan intenso que todo su cuerpo tembló entre sus brazos mientras sentía que ardía. Salió de ella tan lentamente que fue una tortura antes de hacerla temblar

de nuevo una y otra vez. Con cada empujón sentía que moría y cuando creyó que no resistiría más la envistió de nuevo haciéndola explotar de éxtasis.

Mareada de placer ni se dio cuenta de que la llevaba hasta la cama tumbándola suavemente. Las caricias en su vientre la hicieron sonreír.

—Todavía no me lo puedo creer. —Se agachó y la besó por debajo del ombligo. —¿Ya sabes lo que es?

Acarició su cabello. —No, cielo. En la siguiente revisión del mes que viene.

Se acercó a su rostro y besó sus labios suavemente. —Lo descubriremos juntos.

—Sí.

Carl sonrió. —¿Y dónde lo descubriremos? ¿Vais a trasladar la empresa?

—Sí, algo así.

—¿A Europa?

—No. En los Estados Unidos. —¿Debía decírselo ya? Mejor le daba una sorpresa. — Cariño, nos vamos mañana a las cinco. Deberías ir a tu apartamento a por tus cosas. Lo que quieras que se traslade... —Carl frunció el ceño. —Lo llevará una empresa de mudanzas.

—¿Por qué tanta prisa? ¿Todo va bien?

—Oh, claro que sí. Papá quiere cambiar de vida y yo me voy con él. Nos vamos con él.

—¿Y dónde vais a llevar la empresa que esté mejor que en Nueva York? Este es el centro del mundo.

—Pues nos vamos.

—Nena, tú me ocultas algo. ¡Voy a tener que regalarte un reloj!

—Muy gracioso. Por cierto, ¿quieres recuperar el que te regalé?

—¿No te había quitado el vicio? —Desvió la mirada haciéndose la loca. —¡No me lo puedo creer! —Se levantó de la cama como Dios le trajo al mundo. —¿A quién estás espiando

ahora?

—Esa palabra es un poco fuerte, ¿no?

—¡Roslyn!

—No creo que mi... afición haga daño a nadie. —Levantó la barbilla. —Todo lo contrario.

La señaló con el dedo como si quisiera pegarle cuatro gritos y ella sonrió de oreja a oreja. —Estoy embarazada. Cuidado con lo que dices que estoy muy sensible —Dio dos palmaditas sobre el colchón. —Ven, cielo... Vamos a recuperar estos meses perdidos.

Carl gruñó. —¡Un día nos vas a meter en un lío!

—Los líos son lo nuestro, amor. Vamos a encajar perfectamente. ¿A que es irónico cuando creíamos que no teníamos nada en común?

—¿A dónde nos mudamos? —Puso las manos en jarras y ella se lo comió con los ojos. Su mirada fue a parar a su sexo que estaba claro que se alegraba mucho de su atención. Sonrió radiante. —¡Roslyn!

—Cariño, llevo meses de sequía.

—¡Fíjate como yo!

Se sentó de golpe en la cama. —¿Estás seguro que quieres hablar de eso? —preguntó cabreada.

Él suspiró sentándose a su lado. —Preciosa, lo que hice...

—No quiero hablar de ello. ¿Es que no lo pillas? —le gritó a la cara—. ¡Ya me has cortado el rollo! —Se volvió para levantarse, pero él la cogió por el brazo tumbándola de golpe. Jadeó indignada y Carl sonrió de una manera que le cortó el aliento—¿De qué te ríes?

—Tenía que saber la verdad. No disfruté por tocarla y te aseguro que no me la tiré. Tenía que encontrarle, cielo. Nos jugábamos la vida. —Sus ojos se oscurecieron. —No voy a dejar que

algo te dañe si puedo evitarlo y haré lo que haga falta para que estés a salvo.

Su corazón se calentó y le abrazó con fuerza. —Nos vamos a los Ángeles.

Escuchó como se le cortaba el aliento y la apartó para mirar su rostro. —¿Qué has dicho?

Acarició su mejilla. —Roy se encargará de la petrolera mientras yo me encargo del resto de los negocios desde los Ángeles.

—Pero...

Tapó su boca. —Hace meses conocí a un agente del FBI que amaba su trabajo, tanto que el caso de un chiflado que tocaba las braguitas de una princesita le parecía absurdo. Ese agente no habría dejado su trabajo a no ser que tuviera una razón muy poderosa. Sería muy egoísta si permitieras que renunciaras a tu familia por mí, amor. El FBI es parte de ti y te quiero como eres. —Sonrió al ver la emoción en sus ojos. —Me muero por escucharte dirigir tu equipo. ¿Les pegarás muchos gritos? ¿Qué casos te asignarán? ¿Te doy el reloj ahora? Porque no sales a trabajar sin él. —Carl se echó a reír y se tumbó llevándosela con él. —Si quieres un nuevo modelo...

—¿Así estarás más tranquila?

—Que bien me conoces. —Besó sus labios. —Procura no pasar más tiempo en la cárcel, ¿quieres? Te hecho demasiado de menos.

—Haré lo que pueda —susurró acariciando su trasero.

Epílogo

Tamborileó los dedos sobre la superficie de la mesa y al mirar a su alrededor vio que varios comensales la observaban. Aquello era estupendo. Su primer aniversario de boda y plantada. Sacó su móvil del bolsito de terciopelo granate y se puso un casco en el oído activando la aplicación que tenía para escuchar a Carl. Frunció el ceño al escuchar un montón de voces como si estuviera en un bar. Incluso había música... ¿country? Algo raro cuando estaban investigando a unos raperos.

—Esta sí que es una sorpresa —susurró alguien a su oído sobresaltándola. Miró hacia atrás quitándose el casco del oído. Se quedó de piedra—. Estás preciosa, zanahoria.

No sabía por qué había soportado que la llamara así durante años. Miró sus ojos azules levantándose. —Steven... qué sorpresa.

—¿Sorpresa? —Rió sin gracia. —¡Sorpresa la que me llevé yo al ir a aquella puñetera playa y esperar por ti una maldita semana! ¡Y cuando regreso a Nueva York tu maldita seguridad privada y tu secretaria, siguiendo instrucciones de tu padre, no me dejaban ni llamarte ni acercarme a ti como si fuera un apestado, maldita sea! —Dio un paso amenazante. —¿Cambiaste tu número de móvil?

Mierda, se había olvidado de él. —Es que fueron unos meses muy, muy intensos.

—¿No me digas?

Roslyn levantó sus cejas pelirrojas. —Steven estás levantando la voz.

—¡No me importa, joder! ¡Exijo una explicación!

Pasó las manos por su vientre ahora plano pensando que aquel aniversario estaba yendo de

miedo, cuando él vio su anillo de casada y dejó caer la mandíbula. —No fastidies, tu padre te ha obligado a casarte con otro, ¿verdad?

—Cambié de opinión.

—¿Cambiaste de opinión? —gritó a los cuatro vientos haciendo que un mechón de su cabello rubio cayera sobre su frente. Al final sí que era tan gilipollas como decían todos—. ¿Y nuestros planes? Ibas a financiarme la campaña. ¡Íbamos a ser el matrimonio perfecto! ¡Creía que éramos amigos y me has dado la espalda como a una cucaracha!

Se sonrojó ligeramente porque en eso tenía razón. —Es que ocurrieron cosas que cambiaron mi vida.

—¿Cosas? ¿Qué cosas?

—Yo.

Ambos se volvieron hacia Carl, que vestido con un traje negro estaba tan guapo que quitaba el aliento. Aunque su cara indicaba que quería matar a alguien y que no estaba para fiestas. Solo para arrancarle la cabeza a Steven, que palideció en ese instante.

—Cariño... —Se acercó cogiendo su brazo. —¿Recuerdas a Steven? Tengo entendido que le conoces. Mira mi amor, lo bien que le ha quedado la nariz después de la reconstrucción.

Su marido dio un paso hacia Steven y siseó —Mira, gilipollas... Hoy puede que te libres porque es nuestro aniversario de boda y no pienso dejar que nada disguste a mi mujer. Pero como vuelvas a decir una palabra más, vas a perder todos esos dientes que a tu papaíto le han costado tanto dinero.

—¿Te has casado con él? —preguntó incrédulo—. ¿Con éste?

Roslyn gimió cuando su marido la cogió por la cintura apartándola porque Steven no era de pillar las directas a la primera, pero seguro que lo pilló cuando Carl le pegó un puñetazo que le tiró sobre la mesa de enfrente donde los dos comensales les miraron asombrados con los tenedores en la mano. Roslyn forzó una sonrisa. —¿Están buenos los raviolis?

Ambos asintieron mientras Steven gemía al otro lado de la mesa. Roslyn estiró el cuello y cuando se levantó se mordió el labio inferior porque le sangraba la nariz. Su marido le señaló. —¿Mi suegro no fue claro contigo? Tenía entendido que sí. Vuelve a acercarte a mi mujer y no podrán reconstruirte la nariz. —Cogió la mano de Roslyn, que a toda prisa recogió su bolso con la otra mano. —¿Debería partirte las piernas por jodernos el aniversario! —Asustado Steven se echó a correr y ambos se miraron. —Nena...

—Lo sé. Culpa mía. ¡Eh, pero alégrate, mi sentido del gusto mejoró mucho cuando te conocí!

Su marido se echó a reír antes de cogerla por la cintura y besarla. Cuando se apartó le miró enamorada. —Feliz aniversario.

—Feliz aniversario, preciosa.

—Creía que no vendrías. —Sonrió malicioso y ella jadeó. —¿Me has tendido una trampa? ¿Dónde está tu reloj?

—En el bolsillo de Ken. Se iba a una fiesta, creo.

—¡Espero que te lo devuelva! ¡Son muy caros! —Carl se echó a reír saliendo a la calle y no pudo menos que sonreír. —¿A dónde me llevas ahora? —preguntó cuando la metió en el cuatro por cuatro donde su escolta mantenía la puerta abierta—. ¿Nos vamos a casa?

—Ah, no. La niña se despertará dentro de dos horas y no quiero que nada te distraiga de esta noche. Tengo una suite reservada en el Beverly para tenerte solo para mí.

Se abrazó a él. —Mmm, esto promete, agente Stanton.

—No lo sabes bien, preciosa —dijo comiéndosela con los ojos.

Mirando esos ojos grises susurró —Que le hayas roto la nariz a Steven de nuevo, ¿crees que también nos dará suerte esta vez?

Carl rió por lo bajo. —No tiene nada que ver. Tengo la sensación de que nos hubiéramos conocido de cualquier otra manera.

—¿Eso crees?

—Claro que sí, cielo. Porque me niego a pensar en la posibilidad de que jamás hubieras estado en mi vida o que no hubiéramos tenido a esa preciosa niña de cabellos rojos.

Emocionada susurró —Te amo. Eres mi corazón.

—Lo mismo digo, preciosa. Eres quien impulsa mi latido y sin ti la vida no tendría sentido. Por eso no me dejes nunca por muy difícil que te lo ponga.

—Eso no pasaría jamás. ¿Sabes que cada día eres más romántico, Stanton?

La pegó a él rozando sus labios. —Ahora te demostraré todo lo que he cambiado, mi amor.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)

- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)

- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende
- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada

- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.
- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo

- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño

- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón

12. Lady Corianne

13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.